Pilar
Fraile
Días
de euforia
AlianzaLit

Pilar Fraile

Días de euforia

Alianza editorial

Pilar Fraile

Días de euforia

Alianza editorial

Índice

Crecimiento
María
Blasco
Angélica
María
Blasco y Diana
Angélica, Carlos, Diana y María
Carlos
María
Angélica, Diana y María

Decrecimiento
Diana y María
Angélica, Carlos y María
Carlos, Angélica y Diana
María

Créditos

«A la vista de la epidemia quizá deberíamos redefinir incluso la soberanía. Es soberano quien dispone de datos.»

BYUNG-CHUL HAN

Crecimiento

María

La culpa de todo la tienen los malditos gusanos. Si no hubieran aparecido, yo seguiría en WhiteAngel, Roger aún sería mi *match* y la sociedad en su conjunto sería más feliz.

No era más que un sueño. Pero por algún motivo no me lo podía quitar de la cabeza. Lo que me molestaba era ser incapaz de comprender la cadena de eventos. Le daba vueltas a las imágenes una y otra vez, pero no había manera de distinguir si éramos nosotros, Roger y yo, los que nos metíamos los gusanos en la boca y sentíamos su movimiento frenético en el paladar, antes de darles la primera dentellada, o eran ellos los que nos iban devorando.

Traté de olvidarme del tema. Roger decía que no tenía importancia, que era «basura cerebral». «Es como la información que se acumula en los equipos después de muchas horas de rodaje», dijo, «solo tienes que formatearte».

Se lo conté un jueves, lo recuerdo perfectamente porque los jueves teníamos nuestra sesión de sexo semanal, pero ese día, por culpa de los gusanos, cambiamos la actividad sexual por un paseo urbano.

La luz del fin del otoño era agradable y el aspecto de las calles impoluto. Todo parecía cuadrar con nuestros datos. Según el indicador de «grado de satisfacción del entorno», octubre es la época más placentera en la ciudad, a diferencia del verano, donde el noventa por ciento de los encuestados responden que les gustaría estar fuera, aunque solo el diez por ciento lo consiga. Nuestro objetivo era mejorar esas cifras.

Para eso trabajábamos, Roger y yo.

Big Data para la felicidad. Llevábamos casi un año manejando miles de bases de datos y, hasta ese momento, habíamos desarrollado siete nuevos algoritmos que los gestionaban. Éramos WhiteAngel y, como equipo, éramos invencibles.

Eso nos dijo Manuela en cuanto volcamos nuestros primeros resultados en el servidor. Nos llegó un mensaje en segundos. A veces me pregunto cómo lo hace, es la eficiencia personificada. Claro que no podría ser de otra forma, ella dirige a los siete equipos, nuestro WhiteAngel y los otros seis.

Mi mensaje decía: «Mary —Manuela sabe que María me suena anticuado. Nuestro antiguo jefe, Alois, era muy atento también, pero siempre se le olvidaban esos detalles que marcan la diferencia entre un buen jefe y uno magnífico—, estamos orgullosos de ti, este es un enorme paso para la humanidad, ¿te das cuenta? Ahora todo el mundo va a ser más feliz. WhiteAngel es invencible. Si yo fuera tú no sé si podría dormir esta noche. Abrazos y carantoñas».

Roger no me dejó leer el suyo. Claro que nuestro acuerdo no incluía que nos lo contáramos todo, solo especificaba una sesión de sexo semanal que equivale a la toma diaria de antidepresivos y no tiene efectos secundarios.

Nuestros perfiles lo dejaban claro: no queríamos pareja, nuestro trabajo era demasiado importante para andar distrayéndonos.

Fue una suerte que nuestros datos encajasen tan bien. Si no lo hubieran hecho, tendríamos que haber buscado otros *match* para la actividad sexual. Y eso nos habría obligado a concertar citas, cuadrar horarios laborales y dar explicaciones acerca del día a día —un encuentro sexual satisfactorio estable requiere de un mínimo conocimiento mutuo e intercambio de información personal—. Extenuante. Aunque también, claro, habríamos podido optar por los encuentros ocasionales, para estos no hace falta mucho tráfico de información entre los participantes. Pero requieren de, al menos, una búsqueda semanal, que es una absoluta pérdida de tiempo.

Una semana después de nuestro paseo otoñal nos dimos cuenta de que algunas de las bases de datos eran incompatibles con los algoritmos iniciales. Al final pudimos salvar solo cuatro de los once originales. No era como si hubiera que volver a empezar, pero casi.

Nuestra moral de equipo no estaba en su mejor momento.

De hecho, creo que estaba en cotas tan bajas como los primeros meses, cuando no conseguíamos dar con el primer algoritmo y teníamos miedo de no pasar el periodo de prueba y que WhiteAngel fuera el primer grupo en disolverse.

Nada nos hubiera venido mejor aquel jueves que nuestra sesión de sexo semanal. El paseo de la semana anterior nos había servido para comprobar que nuestros resultados funcionaban y que la ciudad estaba, de hecho, muy bonita en otoño —el amarillo de las hojas de los plátanos en los bulevares, las luces de los escaparates al atardecer en contraste con el cielo violáceo y los colores vivos de la ropa de la gente, porque ya nadie lleva colores oscuros en otoño, arrojaban un escenario armónico—, pero no nos había servido para aumentar nuestros niveles de dopamina y serotonina, que era de lo que se trataba.

Traté de convencerme de lo mucho que necesitábamos aquella sesión. Pero cada vez que pensaba en el sexo con Roger me venía a la mente la imagen de los gusanos. Eran muchos, millones quizá, moviéndose como un solo organismo, blancos o blanquecinos. Todo muy desagradable.

Durante aquellos ocho días lo había intentado todo para librarme de ellos: bloquearlos con otra imagen cada vez que aparecían —en mi caso, suelen funcionar las grandes extensiones de campo abierto—, respirar hondo llevando el aire al abdomen e intentar dejar la mente en blanco, contar hasta cien, doscientos, trescientos, mil. Nada. No se me iban de la cabeza.

Le dije a Roger que no iba a poder, que tenía una reunión familiar. No sé por qué le mentí. Nunca lo había hecho antes. Iba resuelta a contarle que no quería practicar sexo esa tarde, pero cuando me miró con esos ojos superazules fui incapaz de confesar que el sueño persistía.

No sé qué era peor: la imagen de los gusanos, que no era realmente una imagen, era más bien una sensación, como de estar siendo devorada por sus pequeñas bocas —¿tienen boca los gusanos?—, que ellos fueran devorados por mí —su baba bajándome por la garganta, ahogándome— o haberle mentido a Roger.

Las tres cosas resultaban muy desagradables.

Ya en casa, en mi falsa reunión familiar, pensé que quizá no sería mala idea llamar a mi padre. Cuando estaba a punto de marcar su número, mi cabeza, como de costumbre, empezó a funcionar sola y se imaginó la conversación:

—Hola pequeña.

—Cómo estás, papá.

—Bien, muy liado con los últimos pedidos.

Mi padre tiene un almacén de regalos. Es un negocio obsoleto que le da pérdidas, pero no hay manera de que lo cierre. Le he dicho mil veces que le sale más rentable prejubilarse y vender el local que obstinarse en tenerlo abierto y correr con todos los gastos. Él me mira y esboza esa sonrisa que solo me dedica cuando le hablo del negocio. Es una sonrisa que tiene desde que murió mamá. O a lo mejor la tenía antes, pero yo no me daba cuenta. Mamá era tan omnipresente que es difícil de decir cómo era papá antes de que ella muriese.

—Ah, vale, pues entonces no te molesto. Era solo para saber qué tal estabas.

—Vale vale, pequeña. ¿Y tú cómo estás? ¿Qué tal va esa vida de éxito?

Cuando papá habla de mi vida de éxito me da la impresión de que no lo dice en serio. Tiene, no sé cómo explicarlo, un tonillo. O quizá es el timbre de voz que se le ha quedado después de que falleciera mamá. El caso es que en cuanto lo escucho se me quitan las ganas de contarle nada.

Así que descarté la idea de llamar a papá.

A partir de nuestro segundo jueves sin sexo las cosas empezaron a ir de mal en peor. Resultó que nuestros algoritmos originales funcionaban. Nuestro error, al parecer, había sido una incorrecta exploración de los datos previos. Esto hubiera sido relativamente fácil de solucionar de no ser porque, para entonces, ya había más datos disponibles que no podíamos soslayar, porque eso hubiera ido en contra de nuestros principios. Así que tuvimos que empezar otra vez.

Supongo que no nos deberíamos de haber desanimado, porque la ciencia es así y, en realidad, nuestro fracaso nos acercaba mucho más a la verdad que un acierto falso, pero Roger estaba hundido. Traté de convencerle de que estábamos ante un nuevo reto y deberíamos estar contentos y él me dio la razón, porque mi lógica era impecable, pero no noté ningún entusiasmo en su comportamiento. De hecho, había dejado de hacer bromas y eso no había ocurrido ni en los primeros meses en los que no teníamos ni idea de qué iba a suceder.

Aunque éramos un equipo, cuando las cosas se ponían feas, Manuela escribía a Roger. No es que me molestara, pero creo que los fracasos, como los éxitos, eran de los dos. Estoy segura, y esto me lo repito para no cabrearme, porque sería muy irracional, de que Manuela tenía una razón poderosa para escribirle a él.

Roger no me reveló el contenido del mensaje y por un segundo me dieron ganas de jaquear su cuenta. Sabía lo suficiente de él como para hacerlo, sabía que cuando era pequeño tenía un perro al que adoraba y que lo sacrificaron el día que se graduó del instituto. Se llamaba Buf, que es como Roger solía llamarlo antes de que aprendiese a hablar. Sabía que le gustaba mucho la física y que soñaba con viajar a Andrómeda y establecer allí una colonia, como Tales de Mileto, uno de sus ídolos, pero cuando se hizo mayor dejó de soñar con hacerse astrofísico e ir a Andrómeda, porque había muy pocos puestos de trabajo y, además, no era un sueño muy

realista, así que se dedicó a la matemática pura. Hubiera apostado la mano derecha a que su contraseña era TalesAndromeda_17. Pero jaquearle la cuenta habría sido caer muy bajo, y, lo que es peor, podía hacer que me despidieran.

Manuela estaba contenta con nosotros; al parecer, no había nada de qué preocuparse. Sugirió que añadiéramos los nuevos datos y procediéramos con calma. La ciencia no tenía prisa.

Entonces, solucionado. Todo estaba bien. Íbamos a seguir buscando la verdad para hacer que la gente fuera más feliz.

Pero Roger seguía apagado. Era nuestra cuarta semana sin sexo. La semana anterior yo había puesto la excusa del dentista y estaba claro que Roger necesitaba sus endorfinas y su dopamina y su oxitocina, así que me acerqué a él. Normalmente trabajábamos en mesas contiguas, para poder ir chequeando nuestros progresos sin necesidad de movernos, pero desde hacía unos días él se había trasladado a la mesa que tenemos frente al ventanal, por si llegaba un tercer miembro.

Cuando se formó el WhiteAngel, Manuela nos dijo que nos faltaba un tercer miembro, que estaban en el proceso de selección, pero luego, cuando empezamos a arrojar resultados, consideró que funcionábamos muy bien solos y que no era necesario nadie más.

Fui hacia el ventanal y le dije:

—Roger.

No reaccionó, parecía absorto en la vista de la ciudad. Se había sentado, de hecho, de cara a la cristalera, y no mirando hacia nuestras mesas, como originalmente estaba diseñado ese puesto. Esto me había disgustado, pero qué podía hacer.

Como no decía nada, le toqué ligeramente el hombro. Su cuerpo estaba caliente. Era el mismo cuerpo que había estado acariciando y besando esos últimos meses. El mismo cuerpo atlético que me había proporcionado tanto placer. No podía entender por qué ya no me apetecía. La mente humana es un misterio. Menos mal que estamos en el camino de desentrañarla y hacer que cese toda esta incertidumbre.

Se sobresaltó un poco. Estaba como hipnotizado con el tráfico de la avenida que se veía desde la cristalera. Esas filas de luces blancas y rojas, como una bandera en perpetuo

movimiento, resultaban bonitas en ese momento del atardecer.

—Dime.

—Mira, he estado pensando.

—Mmm.

—No sé por qué no me siento con ganas de tener encuentros sexuales contigo. No es por ti, de verdad, tú eres un amante óptimo.

Roger se ruborizó un poco cuando dije esto y no entendí muy bien por qué. Es verdad que nunca habíamos verbalizado lo que nos parecía el otro como pareja sexual, pero se daba por hecho que encajábamos. Cuando se le pasó el rubor me miró interrogante, o quizá no era interrogación lo que había en sus ojos. Era difícil de descifrar. En ese tipo de situaciones es cuando envidio a esa gente a la que se le da tan bien desentrañar las expresiones faciales de los otros. Afortunadamente pronto vamos a tener *softwares* precisos de reconocimiento facial para ayudarnos en los encuentros sociales. Cuántos malentendidos vamos a evitar.

Pero mientras tanto tenía que arreglármelas, así que decidí que sí, que la mirada de Roger era de interrogación.

—He pensado que deberías buscar otro *match*.

La expresión de Roger cambió ligeramente. ¿Era sorpresa? ¿Era enfado? ¿Qué debía hacer?, ¿preguntarle? ¿No es inapropiado preguntar a alguien si está enfadado? ¿No haría eso que se enfadara más? Dios mío, qué difícil me resultaba todo. Me decidí por la sorpresa porque, por más que hacía balance, no encontraba ninguna razón lógica para que estuviera enfadado. Así que sí, tenía que ser sorpresa. Tampoco encontraba motivo para que se sorprendiera tanto, pero me parecía una reacción mucho más leve y acorde a las circunstancias. Al fin y al cabo, yo solo estaba pensado en el bien del equipo.

Roger, superando la emoción que lo tenía paralizado, contestó:

—¿Otro *match*?

—Sí, por lo menos hasta que yo me recupere.

No quería mencionar el asunto de los gusanos, porque eso me obligaba a dar unas explicaciones que no es que no quisiera

dar, es que no podía, porque ¿qué asunto era ese exactamente?

Empecé a sudar por las axilas y agradecí haberme puesto el doble de desodorante. Desde que había empezado a soñar con los gusanos mi olor corporal era más intenso. Me duchaba dos veces al día y me ponía extra de espray todas las mañanas y, aun así, ese olor acababa venciendo al final de la jornada. Era realmente molesto.

Me alejé un poco de él, para que no notara que ya estaba traspirando. Justo en ese instante se levantó y se dirigió a mí. Al ver que me movía se detuvo y dijo:

—Pero ¿qué?

¿Qué tenía yo que decir ante esto? ¿Cuál era su duda? Me puse a sudar de verdad. ¿Es que no me había entendido, es que no le parecía adecuado? ¡Por dios, lo bien que me hubiera venido algo de asistencia técnica!

—Sí, mira, tú te buscas otro *match*. Ya sé que es un engorro cuadrar horarios y todo eso, pero seguro que encuentras una rápido, al fin y al cabo eres un hombre joven y atractivo. —Roger me miró fijamente y yo seguía sin saber qué quería decir esa mirada, si era interrogante o desafiante. No había manera de saberlo, así que opté por interrogante. Era lo más lógico—. Un hombre de tu condición es el que lo tiene más fácil para encontrar un *match,* según los datos.

Roger me miró con sorpresa. Me vi en la obligación de decir algo para que esa situación —que tenía que haber sido una simple conversación entre colegas— se aclarara.

—Nuestro trabajo se está resintiendo y yo creo que es porque no tenemos buenos niveles de neurotransmisores. Lo mío no sé cómo lo vamos a solucionar, ya lo pensaré, pero lo tuyo tiene fácil arreglo. O sea: otro *match,* para subir los niveles.

Roger volvió sus ojos hacia mí y me dio la impresión de que algo dentro de su azul infinito se había apagado. Pero luego, de repente, una luz los iluminó y dijo:

—De acuerdo.

Yo me alegré mucho de que sus ojos claros volvieran a brillar y me volví a mi mesa.

Que Roger hubiera encontrado una sustituta debería haberme animado, pero, en lugar de eso, las escenas de él con su nuevo *match* se mezclaban en mi mente con las de los gusanos —su baba acariciando mi piel, mis fosas nasales—. Claro que la culpa la tenía yo por pedirle que me enseñara su perfil: era una rubia que habían contratado en la Datayou. Tenía los ojos muy claros, como los de Roger. Las escenas de los dos besándose no cesaban de dar vueltas en mi cabeza. Veía a Roger acariciándole los muslos a ella —eso era lo que más me gustaba a mí—; a ella acariciándole el pelo a él —esa era una de las cosas que más le gustaba a él—, luego todo se enturbiaba con la baba de los gusanos ascendiendo desde mis pies hasta mis rodillas, cubriéndome con su baba pegajosa y repugnante que, contra todo pronóstico, me hacía sentir bien.

Mis problemas, en vez de desaparecer, se habían multiplicado: por un lado estaba esa sensación de hundimiento, como si los gusanos me estuvieran arrastrando a su mundo baboso, subterráneo, por otro, las imágenes de la rubia y Roger y, para rematar, la falta de resultados.

El descenso en la productividad —nuestra gráfica estaba en el momento más bajo desde que empezamos—, la baba y las imágenes de la rubia empezaron a afectarme.

Uno de los problemas, sin embargo, se solucionó enseguida. Manuela colocó a la rubia en la antigua mesa de Roger. Nos mandó un mensaje a los tres: «Ya era hora de ocupar ese sitio vacío, tres mentes siempre piensan mejor que dos, espero que os divirtáis».

Así que ya no tenía que imaginármela, la tenía delante.

En persona era aún más guapa que en su perfil. Su piel relucía, no solo porque no llegaba a los treinta, sino porque la actividad sexual con Roger estaba resultándole de lo más provechosa. Cada vez que levantaba la cabeza y la veía recordaba que llevaba seis semanas sin sexo y que, probablemente, todo lo que me sucedía era porque mi cerebro estaba muerto de hambre, chillando por sus endorfinas y su dopamina.

Roger, sin embargo, estaba mucho más animado. Había vuelto a hacer bromas acerca de la droga como factor que mueve el mundo, sugería que la metiéramos en las estadísticas. La rubia se reía con una risa pura, cristalina como sus ojos, como los ojos de Roger, pero yo no lo lograba, mi cerebro estaba haciendo aguas.

Las escenas de los dos juntos me asaltaban en cuanto cerraba los ojos por la noche. Me los imaginaba en la cama de ella —a Roger no le gustaba el sexo en su casa, decía que no estaba organizada—. Era una blanca, la cama Gaspard con cajones en la base que le dan aspecto de aparador antiguo, porque la rubia era muy chic, y además era *junior,* así que con su sueldo lo mejor que podía permitirse era mobiliario de Ikea, de buena gama, pero de Ikea. Pensaba en esa decoración y casi sentía añoranza de mis años como *junior* en mi primera empresa, apenas llegaba para pagar el alquiler, pero había esa alegría del comienzo. Veía a la rubia sentada sobre él —era la

postura favorita de Roger— y él con los ojos en blanco —se le ponían así de manera involuntaria cuando algo le gustaba mucho—, sujetándose con una mano al cabecero de madera de listones de Ikea —ella había comprado ese porque era funcional y le daba a la habitación un aspecto ordenado y tranquilo— y con otra agarrándole el culo, porque el culo era lo que más le excitaba. Y entonces ella soltaría un gemido, y él se encendería más y los dos se fundirían en un derroche de dopamina, endorfinas y oxitocina que los mantendrá a tope toda la semana.

Roger y la rubia empezaron a arrojar resultados, yo seguía en dique seco. Habían dado con un algoritmo que tenía la capacidad de organizar los datos nuevos. Nuestra productividad subió, no recuperamos nuestros niveles óptimos, pero salimos del bache, habíamos llegado a estar a la cola de los siete equipos.

Manuela nos mandó un mensaje a los tres: «Bien hecho, chicos, no sé cómo lo habéis logrado pero vais por el buen camino. ¿Os imagináis la cantidad de problemas que vamos a resolver con esto? Rumbo a la felicidad».

Los resultados del nuevo algoritmo de Roger y la rubia eran sorprendentes: lo que proporcionaba más satisfacción no era poseer mucho dinero, ni muchos bienes, ni siquiera comprar sin reparar en gastos, sino la adquisición de experiencias. La posibilidad de revivirlas y contarlas era lo que hacía realmente feliz al sujeto.

No obstante, de acuerdo con los datos, las experiencias eran más difíciles de adquirir que los objetos. Hacer un viaje, por ejemplo —una de las que proporciona niveles más altos de alegría—, es complejo. Para que sea satisfactoria, el sujeto tiene que contar con otros factores: tiempo, capacidad de organización, un acompañante —parece que los viajes individuales, aunque beneficiosos, no lo son tanto como los compartidos—. Estas otras variables podrían hacer que la experiencia no resultara tan satisfactoria a largo plazo, ya que habría que incluir en el algoritmo, al menos: la posibilidad de que no se tenga la compañía adecuada, la posibilidad de que la compañía parezca adecuada y luego no lo sea, la posibilidad de

que algo salga mal en el viaje —aquí, las variables, desde una enfermedad fortuita hasta la insatisfacción con el alojamiento o el transporte, eran tan altas que no llegaba ni a imaginarlas —, aparte de la posibilidad de que el destino en sí resultara insatisfactorio por algún motivo; de nuevo, el abanico de opciones que se abría parecía casi infinito.

Si queríamos ser serios y científicos había que incluir todo en el análisis, ¿no? Yo siempre había querido ser seria, pero sobre todo científica, así que redacté un documento con todas las posibles variables que tendríamos que tener en cuenta a la hora de evaluar la relación entre la felicidad y la adquisición de experiencias, y se lo envié a Manuela en nombre del WhiteAngel.

En cuanto lo abrieron, Roger y la rubia se acercaron a mi mesa. Me había trasladado junto a la cristalera. La ciudad vista desde arriba era como un gran organismo, la avenida que conducía hasta nuestro edificio era su columna vertebral, el arbolado de los parques a lo lejos hacía las veces de pelaje, que se movía como si se estuviera desperezando. Las avenidas paralelas, con el traqueteo de coches y su incesante trasiego de personas atendiendo los pequeños asuntos de sus vidas, eran sus brazos y sus piernas. Desde nuestra ventana no se llegaba a apreciar bien la indumentaria, sólo se podía distinguir la mancha multicolor de los abrigos para combatir el frío del invierno, pero seguro que iban perfumados, con el pelo reluciente, con la esperanza de que aquel iba a ser su día de suerte, en el que darían al fin con la clave para solucionar todos sus problemas. Era bonito pensar que desde allí arriba estábamos trabajando para ellos, intentando que sus sueños se hicieran realidad.

—Te has pasado, tía —dijo Roger.

Al principio pensé que no iba en serio, que era otra de sus bromas. Incluso el día anterior había estado vacilando con incluir el porno en las estadísticas. La rubia había soltado una carcajada que me había hecho dudar. ¿Y si no era tan pura? ¿Y si le gustaba el sexo duro, y si bajo ese maquillaje transparente y esos ojos claros se ocultaba una ninfómana?

Podía suceder, cosas más raras se habían visto; de hecho, las

estadísticas acerca del tema —esas que no debíamos incluir en los algoritmos porque no estaban acorde con el código ético de la empresa— decían que a un quince por ciento de la población lo que le hacía feliz de verdad eran ciertas aberraciones sexuales.

Pero claro, no era razonable tenerlas en cuenta, porque ¿qué ocurría si lo que hacía feliz a la gente era, por ejemplo, la zoofilia?, ¿significaba eso que nosotros teníamos que promover esa conducta? No, había líneas rojas. «La población tiene que ser complacida, pero también educada, es parte de nuestra responsabilidad». Ese fue el discurso inicial tal y como lo recuerdo. Lo teníamos colgado en el escritorio, aunque no hubiera sido necesario porque, en realidad, esos datos nunca llegaban a nuestras manos. De todos modos, Roger se las apañaba para conseguirlos. A veces, cuando bebía, le gustaba alardear de que conocía al dedillo la *Deep Web* y que sabía no sé cuántos oscuros secretos que no me había contado.

Así que bien hubiera podido ser que la rubia angelical fuera adicta al sexo duro, o necrófila, o cualquier otra cosa. E incluso hubiera sido posible que eso le gustase a Roger. ¿Por qué no? Yo nunca le pregunté. Di por hecho que el encuentro sexual habitual sería satisfactorio para él.

—Tía, que te has pasado —repitió Roger.

En ese momento vi claro que estaba enfadado, no hubiera repetido la frase de no estarlo.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? ¿Es que te lo tengo que explicar?

La rubia también parecía algo cabreada, aunque con esos rasgos tan suaves —cejas delgadas, quizá depiladas, nariz diminuta, labios finos, barbilla redonda y pequeña—, era difícil de decir.

Barajé mi posible respuesta y al final me decidí por una frase lo más neutral posible, con el tono más sereno del que era capaz:

—Me gustaría que me lo explicaras, si eres tan amable.

Roger me miró con una expresión, creo, de furia, aunque también hubiera podido ser que de repente le doliese algo. Pero nunca le había oído quejarse de ninguna enfermedad, así

que debía de ser furia.

—¿Que te lo explique? Pero qué hay que explicar. ¿Qué pretendías mandando ese informe a Manuela, que nos echen a los tres?

No sabía muy bien qué responder, Roger siempre había sido mejor que yo en leer las intenciones de la gente, por eso me parecía absurdo tener que explicárselo, pero como veía que seguía esperando que dijera algo, repuse:

—No, claro que no, ¿por qué iba a querer que nos echaran? Este es el trabajo de mi vida. Ya lo sabes.

—¿Y entonces qué pretendías? La verdad es que no me había hecho esa pregunta, ¿pretendía algo? No acababa de entender qué era lo que Roger quería que le dijese. Recorrí la secuencia de eventos: repasé el algoritmo, su funcionamiento, pensé acerca de los posibles fallos y acerca de mis indicaciones.

—Pretendía mejorar nuestro trabajo —dije—. Ver los fallos e intentar propuestas de mejora. Como siempre.

—¿Como siempre?

Roger movió la cabeza como negando. No sé si quería decir que no era como siempre o que mis propuestas de mejora no le gustaban.

Nuestros buzones sonaron. Era Manuela, que nos escribía a los tres:

«Querido equipo WhiteAngel: vuestros resultados están siendo reanalizados y tendremos en cuenta vuestras sugerencias, pero recordad que la ciencia avanza lentamente. No podemos resolverlo todo de golpe, ¿verdad? Paso a paso chicos, paso a paso».

A mí me pareció un mensaje de ánimo, amable, como solían ser los mensajes de Manuela. Pero Roger no era de la misma opinión:

—¿Ves lo que has conseguido? —bramó dirigiéndome su mirada asesina, esa que reservaba para los camareros poco amables y los repartidores de pizza—. A ver cómo solucionamos ahora este desastre.

Blasco

Desde que encontré a Laila mi único deseo es que lleguen las siete de la tarde para conectarme.

Hasta aquel día me conformaba con visitar xxx.com de vez en cuando y abrir una ventana al azar sin preocuparme de lo que hubiera detrás. Observar unos pechos que se insinuaban bajo una camiseta de algodón, la curva casi infantil de un ombligo asomando por encima del botón de unos *shorts* vaqueros, era suficiente estímulo para mí.

La calidad de la imagen de los vídeos no era buena. Parecían tomados con un teléfono, pero eso le daba a la experiencia un toque de realismo que la hacía muy efectiva.

Las chicas normalmente se recostaban en sus camas a ver la tele u ojear una revista, a veces se peinaban o se miraban al espejo. En ocasiones se pintaban los labios. Luego se abrían uno de los botones de la camisa o se bajaban un tirante y, justo en ese momento, su ventana se cerraba.

Para seguir viéndolas había que pagar un suplemento. Pero yo simplemente volvía a la página de inicio, pinchaba sobre otra ventana y observaba a la siguiente.

Era una afición como cualquiera, me decía. Hay quien va a restaurantes caros, paga por masajes o por conciertos de música experimental, y yo me dedicaba a observar esas habitaciones en las que siempre había algún detalle rosa, un osito de peluche o una colcha, y casi siempre, en las paredes, carteles con ciudades de Norteamérica: San Francisco, Nueva York, Seattle.

Me veía a mí mismo como un detective que buscaba indicios. ¿Quiénes eran las chicas? Parecían las típicas jovencitas mimadas de clase media. Sus habitaciones eran como cualquier cuarto de chalet unifamiliar del extrarradio, con su armario empotrado, sus estanterías de obra y su ventana, por la que se insinuaban las ramas de los árboles del jardín. Aunque esas ventanas siempre estaban cubiertas por visillos o cortinas y la imagen que parecía vislumbrarse del

exterior bien podía ser un trampantojo o una proyección.

De vez en cuando dirigían su mirada directamente a la cámara. Ese era, para mí, el momento estelar, sus ojos relucían con el brillo intenso de quien aún no ha renunciado a nada, cuando la inocencia y la estupidez son aún indistinguibles, y eso me volvía loco.

Cuando Laila apareció llevaba ya semanas enganchado a la página intentando huir de la monotonía letal en la que se había transformado mi vida.

Me dedicaba a la búsqueda de posibilidades de inversión para antiguos clientes mientras Diana, mi mujer, rentabilizaba el conjunto de operaciones de la agencia. Apenas nos rozábamos en todo el día. A las seis bajábamos al *parking* de la empresa y cogíamos el coche.

La conducción era el único privilegio masculino que yo conservaba. A Diana le daba cierto miedo, y prefería evitarlo. Así que durante veinte minutos al día parecíamos un matrimonio convencional: el marido conduciendo a casa a su amante esposa.

Cuando llegábamos, cada uno se duchaba en su baño y se ponía ropa cómoda. Yo me quedaba en el estudio con mi ordenador y ella en el salón ojeando catálogos de viaje. A veces hacíamos la cena, pero habitualmente calentábamos algún plato precocinado o pedíamos pizza.

Se suele decir que la convivencia desgasta a las parejas y tonterías por el estilo, pero, para mí, nuestra situación tenía un claro culpable. Si Latoya no hubiera contraído cáncer no habríamos caído en la ciénaga en la que nos encontrábamos.

Latoya decía que estaba agradecida a su enfermedad. Y lo decía sin atisbo de ironía, no por hacernos sentir bien, por aliviar nuestra culpa porque le hubiera tocado a ella y no a los demás. Lo decía de verdad, con el corazón en la mano, bajando humildemente sus párpados orientales.

Cuando entraba en los restaurantes donde el grupo de amigos cenábamos los fines de semana, se mascaba la expectación. Esa cercanía con la muerte los volvía locos, no se cansaban de escuchar los efectos secundarios del tratamiento, las revelaciones que ella había tenido a lo largo del proceso, lo

mucho que valoraba cada pequeño detalle de su vida: el sabor del café por las mañanas, la brisa en la nuca: se había quedado sin pelo.

La colmaban de atenciones: «¿Puedes comer esto?, ¿prefieres que nos vayamos pronto?, ¿te molesta el ruido?». Parece que en algunas personas uno de los efectos secundarios de la quimioterapia es que les molestan, hasta el límite de no poder soportarlo, cosas de las que antes ni se percataban.

Ella decía que no a todo con una sonrisa abierta. Antes de tener la enfermedad no sonreía muy a menudo. Me preguntaba si su tratamiento no incluía también algún tipo de opiáceo del que la buena de Latoya no estaba al tanto. De hecho, hasta hacía apenas unos meses nadie le había prestado mucha atención, porque todos los ojos estaban puestos en mi mujer.

Diana se las ingeniaba para ser la más elegante, la única que tenía un cargo directivo de verdad y que estaba por encima de su marido en una empresa. Y el marido, o sea, yo, la a-d-o-r-a-b-a.

Era el tótem perfecto, las mujeres del grupo la envidiaban, así que no dejaban de criticarla, a sus espaldas, claro, y entre los hombres despertaba el deseo más feroz, el de ser dominado.

Toda esa envidia alimentaba nuestro lecho conyugal y nos mantenía, si no felices, por lo menos con el ánimo alto. Fue nuestra época dorada.

Cuando la atención por Latoya empezó a decaer, yo acaricié la esperanza de que todo volviera a ser como antes, pero entonces Efe hizo su gran anuncio.

Habíamos quedado para cenar en una pulpería, que no era algo muy habitual, porque solía haber otras opciones más apetecibles, más nuevas, más veganas, más thai, más crudívoras o más desestructuradas.

Efe tomó la palabra. Se había pasado con el alcohol. No es que los demás no bebiéramos, pero no nos saltábamos cierto límite. Éramos modélicos.

—No os lo hemos querido decir hasta ahora, pero ya es un hecho. Nos vamos a vivir al extranjero.

El grupo tardó en reaccionar, estaban enfrascados en las conversaciones habituales. Latoya comentaba alguna de las revelaciones que había tenido en los meses de terapia. Siempre usaba esa palabra, como si las sesiones de quimio y radio hubieran sido simples visitas al psicólogo, perfectamente indoloras. Carlos hablaba de la fluctuación de los precios del trigo en Etiopía, de las posibilidades de negocio o de sus locales de moda preferidos.

Carlos no solía venir a las reuniones. Aunque nadie lo decía, nuestros encuentros eran de parejas y él, hasta donde sabíamos, había sido incapaz de mantener una relación más de una semana. Era una pequeña anomalía en nuestro grupo compacto que cumplía la doble función de hacernos sentir bien por acogerlo y de recordarnos lo afortunados que éramos.

Lo que nadie podía explicarse es qué interés podía tener él en cenar con nosotros en vez de irse por ahí en busca de alguna presa. Pero parecía que se divertía, o quizá simplemente lo hiciera por complacer a Diana. Así eran sus cachorros, ejercía sobre ellos un poder absoluto. La miraban esperanzados, seguros de ser el elegido, el que se convertiría en su mano derecha. Ninguno había comprendido hasta el momento que Diana no tenía ninguna intención de designar a

nadie, estaba perfectamente satisfecha con su corte ambulante y señalar una cabeza visible podía poner su puesto en riesgo. Pero eran incapaces de aceptar este hecho, porque cuando los entrevistaban para *assistant manager* se les prometían ascensos, y eso era suficiente para mantener viva su esperanza.

Fue Latoya, creo, la que preguntó:

—Pero ¿cómo que os vais?

—Sí —siguió Efe—, no nos queda más remedio. O nos mudamos o perdemos el trabajo.

La avalancha no se hizo esperar: «Cuándo, a dónde, por cuánto tiempo, ¿y los niños?».

Cada respuesta despertaba más expectación: «Tiempo indefinido, no sabemos si vamos a volver, los niños tendrán que adaptarse, no somos los primeros a los que les pasa».

En la voz de Efe no se notaba amargura. Era casi como si les hubiera tocado la lotería. El espíritu deportivo con el que se tomaban el asunto no pasó desapercibido. Durante varias semanas, el tema de las «deslocalizaciones» dominó el ambiente: la aventura de vivir en un país insospechado —normalmente del golfo Pérsico, aunque también sabíamos de otra gente, los menos, que estaban siendo destinados a países europeos, o incluso a Estados Unidos—, la atracción del exotismo, las dificultades lingüísticas que finalmente se convertirían en una cosa positiva, qué mejor que hablar varias lenguas, sobre todo, para los niños.

Diana, que había sopesado la posibilidad de escoger un destino exótico para las vacaciones navideñas, fue olvidándose del asunto. Había sido un plan de escape que, durante un breve lapso, había suscitado cierta expectación. Pero ahora nada provocaba tanta admiración como los «deslocalizados» y ella lo sabía.

Porque habíamos sentenciado que los «deslocalizados» adquirirían una nueva identidad, nada más y nada menos, un nuevo «yo». ¿Quién no querría adquirir un nuevo «yo»? Esa sí era la máxima aventura.

Diana intentó subirse al nuevo carro. No dejaba de comentar, en cuanto tenía ocasión, la valentía de Efe y su esposa. Pero sus esfuerzos cayeron en saco roto.

Las frases que Diana había repetido cada vez que mencionaba la idea del viaje, como «salir de la rutina» o «vivir experiencias verdaderas», empezaron a sonar antiguas y, tan pronto como eso sucedió, ella se olvidó del asunto.

Cuando los catálogos de viajes desaparecieron de casa, mi mujer y yo nos enfrentamos al más desolador de los vacíos.

Ella fue al médico por unas migrañas que empezaron a asaltarla por las noches. Le recetaron unas pastillas que se tomaba de dos en dos, convencida de que eran para el dolor. Nunca supe muy bien si simplemente prefería esa versión de los hechos o es que el médico no se había molestado en explicarle que su migraña no era más que una de las manifestaciones de la angustia, que estaba, seguramente, cansado de ver y, por otra parte, no tenía ni idea de cómo tratar.

Las pastillas la mantenían en pie pero, fuera de nuestras maratonianas jornadas laborales, para las que parecía estar programada, no quedaba en mi mujer ni un ápice de entusiasmo. Resultaba difícil de creer que la persona que por el día dirigía todo el departamento de inversiones de una gran empresa y hacía que todo el mundo bailase al son que ella tocaba fuera incapaz de nada más una vez llegaba a casa. Sus movimientos se limitaban a ponerse el pijama y mirar algún programa de televisión.

Así estábamos, como dos cuerpos arrojados a la vida para girar el uno alrededor del otro, sin posibilidad de que sus órbitas se tocaran, cuando apareció Laila.

Fue como un fogonazo. Llevaba una camiseta que le llegaba por encima de las rodillas con un letrero a la altura del pecho que decía: *College Girl*.

No es más guapa que las otras, de hecho, su nariz es quizá demasiado larga, sus labios extremadamente finos, pero todo en ella resulta hipnótico.

Normalmente se sienta en la cama, recostada sobre un par de almohadas, y lee. No se sube la camiseta, ni deja ver su ombligo, ni se recuesta para mostrar los pechos.

El día que la encontré estaba leyendo *Moby Dick,* luego pasó a *La caída de la casa Usher.* Ahora está con *Crepúsculo.*

Lo lee todo con la misma voracidad, casi se pueden adivinar en su rostro las escenas que va imaginando: la búsqueda heroica y, hasta cierto punto, tonta, del monstruo marino, la oscuridad de Poe, la tensión sexual de los adolescentes.

Me fascina su facilidad para adaptarse y su gusto por ser mirada. Tiene ese descaro en el rostro de quien cree tenerlo todo bajo control. Es el premio gordo y lo sabe. Supongo que por eso xxx.com me la sugirió entre las «personas perfectas para ti».

Desde que la vi por primera vez han pasado dos semanas, en las que me he contentado con ver qué ocurre hasta que su ventana se cierra. Pero me muero por saber qué sucedería si decidiera quedarme un rato más, aumentar un poco la tarifa y seguir.

Con las otras no sentía ninguna curiosidad, se quitarían la camiseta y se quedarían en sujetador. Mostrarían con descuido sus pechos pequeños y erguidos, porque sus sujetadores serían de tela transparente, como de ala de mosca. Luego volverían a desconectarse. A partir de la tercera tarifa se quitarían el pantalón o la falda, dejarían sus muslos al descubierto, quizá se darían la vuelta, pero no mucho, solo de lado, para que se viera el lateral del glúteo. Eso sería bastante para algunos, se habrían corrido antes de la tercera desconexión. Pero otros querrían más y seguirían, entonces ellas se quitarían el sujetador y dejarían ver los pechos un instante, después se tumbarían boca abajo y los taparían con su propio cuerpo. Su desnudo incompleto bastaría a algunos. Pero los que habían tenido suficiente con la primera desconexión, al cabo de unos días, tendrían que pagar por la segunda, los que se habían conformado con la segunda tendrían que ir a por la tercera y así hasta llegar a la última, en la que ellas mostrarían su cuerpo entero, no mucho, solo lo suficiente para que ellos soñasen con recorrerlo, acariciarlo, hundir su boca en todos sus rincones. Esto tampoco sería suficiente al cabo de un tiempo y entonces pagarían por más. Primero ellas desnudas deslizando la mano por sus pechos, luego ellas acariciando su vientre, después todo su cuerpo expuesto y la mano en el sexo. Y, finalmente, esto tampoco bastaría.

Pero Laila, ¿qué hará ella?

La pregunta me consume, especialmente hoy que ha sido un día duro. En octubre, nadie sabe por qué, es como si descendiera la fe en el sistema de inversión. El cliente al que he estado asesorando se ha negado a comprar ningún producto y, mientras soltaba sus negativas, se ha reído con una naturalidad que yo he perdido hace tiempo, porque no me atrevo a hacer nada que pudiera ser considerado sospechoso. Él, sin embargo, ha aparecido con unos vaqueros desgastados y

cómodos mientras yo me acababa de anudar correctamente la corbata verde de la empresa, que cada vez me agobia más, porque, a pesar de que el frío ya ha tomado la ciudad, el aire de las bombas de la oficina sale ardiendo y nos asfixia.

Laila lleva una blusa sin mangas, de color gris, un tanto deslucida, y unos pantalones vaqueros cortos que dejan ver sus muslos. Como de costumbre, se dedica a leer, está cómodamente recostada sobre sus almohadas. Da la sensación de carecer por completo de preocupaciones.

Sus ojos son lo único que se mueve, de un lado a otro, recorriendo las líneas de *El extranjero*. Con cada movimiento puedo sentir cómo se adentra en el calor del verano norteafricano, cómo recorre con Meursault el camino hasta el asilo donde yace el cuerpo de la madre, cómo se incomoda por la temperatura sofocante del entierro y cómo a la mañana siguiente se encamina a la playa. Al llegar a este punto, seguramente cuando Meursault ya está en el lugar de baño, se desconecta.

Casi sin pensar le doy al botón de «seguir con el visionado» y, nada más hacerlo, me pongo a temblar. Tengo una aguda sensación de abismo y pienso que sería mejor cerrar el ordenador, pero no lo hago.

Laila reaparece en la pantalla. Va vestida igual.

Me da un acceso de rabia. ¿Para eso he pagado?, ¿para ver lo mismo? Espero. Ella sigue leyendo. Seguramente ahora ya está Meursault con Marie Cardona, quizá rozándole los senos, quizá ya nadando con ella, sujetándola por la cintura. De pronto algo parece cambiar, su respiración se agita, lanza algo parecido a un suspiro o a un leve gemido.

Espero a ver qué sucede, conteniendo el aliento, y, súbitamente, la ventana se cierra.

Angélica

Ya nadie habla de Hester.

Hace tres años, cuando llegué a La Planta, la gente hacía comentarios. Los del laboratorio insistían en que Hester tenía un sistema muy organizado de petición de pruebas. La recepcionista dejó caer varias veces que siempre cumplía con el tiempo previsto de cada consulta. Todo ese afán por recordarme que mi predecesora era mejor que yo en todos los sentidos hubiera molestado a cualquier persona normal. Pero los comentarios no conseguían hacer en mí ninguna mella, me sonaban como un eco, el eco de la vida que luchaba por autoafirmarse, por pertenecer, por luchar contra la muerte.

Algunas semanas después de que yo ocupase su puesto, otro inseminador, Fabio, me confundió con ella. Estaba saliendo del baño cuando noté que alguien me ponía la mano en el hombro y decía: «¿Hester?».

En cuanto me di la vuelta, bajó los ojos y dijo avergonzado, con un leve tartamudeo: «Perdona, Angélica», y echó a andar en dirección contraria tan rápido como pudo. Tiempo después me explicó que Hester y yo teníamos una talla muy parecida y que, a no ser porque mi pelo era más oscuro y corto, por detrás parecíamos la misma persona.

Ese dato no hizo sino acrecentar mi interés. Traté de descubrir qué había sido de Hester, pero cuando les preguntaba a mis compañeros aprovechando la pausa del café o alguna caña esporádica cuando la clínica cerraba, se encogían de hombros o decían que no sabían nada.

Yo no acababa de entender cómo, habiendo sido, supuestamente, una persona apreciada, nadie seguía en contacto con ella.

Probé a buscarla en redes sociales, pero fue en vano, todas las posibles candidatas que localicé con el nombre de Hester García eran del tipo adolescentes que enseñan sus encantos.

Pero tampoco encontré ningún registro de ella en la *web,* era como si nunca hubiera existido. Me había resignado a que Hester fuera un misterio más sin resolver y se fundiera con toda la masa de preguntas sin respuesta en las que parecía haberse convertido mi vida, cuando encontré su cuaderno.

Estaba reorganizando mi despacho para hacerle un poco de hueco a Lisa cuando apareció. Desde la dirección habían dejado claro que me ponían una ayudante —tras innumerables *e-mails* exponiendo que estaba desbordada y que mi trabajo podía resentirse si seguíamos así—, pero que teníamos que apañarnos con mi oficina. Lo único que nos proporcionaron fue una mesa, una silla y un ordenador para que Lisa pudiera centrase en las entrevistas y en las consultas de correo electrónico que yo no tenía tiempo de atender.

Para poder colocar la mesa nueva hubo que mover mi escritorio y poner los armarios detrás de la puerta, con lo cual no quedaba holgura para abrirla del todo y las sillas de los pacientes quedaban un poco encajonadas.

Teníamos que sacar algún mueble, así que me hice con dos bolsas grandes de basura y empecé a vaciar los armarios. La clínica ya había cerrado al público y por los pasillos se oía al personal de la limpieza que arrastraba sus carros arriba y abajo. De vez en cuando la risa de las limpiadoras llenaba el aire. Durante las horas de trabajo nadie se reía, como mucho sonreíamos, y hablábamos en tono bajo, a veces conteníamos el llanto cuando las cosas salían mal, así que aquellas risas sonaban extrañas, como el rugido de un animal desconocido en una noche de acampada.

En los cajones superiores había folletos desactualizados de La Planta que les entregábamos a los pacientes en la primera visita. Los arrojé a una de las bolsas sin pensarlo mucho y seguí mirando. En los intermedios había agendas viejas con el logotipo de la empresa —una silueta de una embarazada que me recordaba a la boa de *El principito*— y también material de oficina, folios amarillentos y algunos rotuladores de colores y típex que se habían quedado secos. Me deshice de todo.

En el último cajón encontré un buen taco de cuadernos con el antiguo lema de la empresa: «La Planta, la fábrica de la

felicidad». Eran material de promoción pasado de moda: el color de la tapa del cuaderno, verde o rojo, era demasiado estridente y la tipografía, informal, aniñada, no ayudaba. Daba un poco de pena tirarlos, pero lo cierto es que nadie usaba ya papel y no veía a quién se los podíamos colocar, así que los metí en la segunda bolsa y me dispuse a llamar a una de las limpiadoras.

Pero entonces vi algo escrito en uno de los cuadernos que se había quedado abierto. Eran líneas con números y letras:

«1-34-I E-5 I-2A. F».

Lo cogí, me lo metí en el bolso y avisé para que despejasen la oficina.

Antes de meterme en la cama le eché un ojo al cuaderno. La repetición a lo largo de las páginas de incontables líneas con letras y números azarosos tenía mala pinta, lo más probable era que Hester hubiera sucumbido a algún tipo de enfermedad mental. Quizá algo relacionado con el autismo o la esquizofrenia, había visto cosas parecidas en mi época de residente en la planta de psiquiatría. Eso podía explicar su carácter estricto, rayano en la obsesión. Si le había dado un brote era posible que estuviera ingresada en una clínica o apartada del mundo en casa de algún familiar. Y eso podría explicar también por qué no había rastro de ella, tal vez sus familiares lo habían borrado o simplemente ella se hacía llamar por un nombre que no era el suyo, para que no se la relacionara con su historial médico.

Dejé el cuaderno de Hester en la mesilla de mi habitación, junto con *El origen de las especies* y la crema antiarrugas que nunca me echaba. Me había propuesto dedicarme al libro de Darwin por las noches, antes de acostarme, porque era una de mis lecturas pendientes desde la carrera. La voz del catedrático de genética molecular me perseguía: «No sabréis nada de evolución hasta que hayáis leído *El origen*». Durante años había desoído su consejo, pero por aquellos días empecé a obsesionarme con la idea de que tal vez Darwin pudiera orientarme en la zozobra en la que se había convertido mi vida.

El problema era que llegaba a casa tan agotada que no lograba pasar de la introducción. Normalmente me quedaba en esa frase en la que Darwin decía: «Mi obra está ahora (1859) casi terminada; pero como el completarla me llevará aún muchos años y mi salud dista de ser robusta, he sido instado para que publicase este resumen». Cuando llegaba aquí me detenía y me preguntaba a qué tipo de persona puede parecerle que un texto de casi quinientas páginas es un resumen y, acto seguido, me dormía, a menudo con el libro abierto encima del pecho.

Igual que *El origen de las especies,* el cuaderno de Hester siguió cogiendo polvo en mi mesilla hasta que los acontecimientos me hicieron volver sobre él.

Fue un tiempo después de la llegada de Lisa cuando empecé a tener la sensación de que en el trabajo las cosas no iban como hubiera podido esperarse. Al principio no le di importancia, porque prácticamente todo lo que sucedía me parecía extraño, como si el orden de las cosas estuviera trastocado y no hubiera más que eventos azarosos que, considerados en su conjunto, carecieran por completo de sentido. Así que el hecho de que cada vez tuviéramos menos embarazos no parecía tampoco nada del otro mundo. Además, todo eran suposiciones mías, derivadas exclusivamente de los casos que supervisaba personalmente, porque la base de datos de La Planta era inaccesible.

Ni siquiera los inseminadores podíamos consultar los registros generales, solo los de los casos abiertos y únicamente en el momento de la consulta. Luego se cerraban. Se debía a la protección de datos, o eso nos habían explicado en el *training*.

Dos semanas antes de la reunión anual estaba tan agobiada que decidí compartir mis impresiones con Lisa. Ella se limitó a comentar que no había nada que soportara mi teoría y que seguramente solo estaba cansada, luego me sonrió como las madres a los niños pequeños cuando han cometido una pequeña falta y se rehízo el peinado. Venía todos los días con sus rizos perfectos y el maquillaje impoluto. En cierto sentido envidiaba su aspecto pulcro, esos rizos oscuros y brillantes con

sus curvas totalmente simétricas daban la impresión de que ella tuviera acceso a un sentido del orden de la existencia inaccesible para mí.

Yo tenía que luchar todas las mañanas para estar presentable. Me levantaba como si hubiera salido de la selva, mi pelo, ni rizado ni liso, se abultaba y se llenaba de enredones y, la mayor parte de los días, optaba por lavármelo de nuevo para poder dominarlo un poco. Aun así, nunca conseguía el aspecto que deseaba. Era como si todas las facetas de mi ser se rebelasen contra el orden, cierto o no, que los otros transitaban con total normalidad.

Cuanto más se avecinaba la reunión anual, más agitada estaba. Los comentarios de Lisa no conseguían tranquilizarme. Si nuestros resultados se hacían públicos íbamos a tener problemas. Imposible que a la jefa de zona se le escapase que nuestra estadística era impresentable.

La perspectiva de un posible despido era lo único que me devolvía al mundo de los vivos; sin familia a la que volver, sin pareja a la que recurrir, la amenaza del paro se me presentaba como la caída total en el abismo. Repasé los protocolos una y mil veces para intentar descubrir en qué parte del procedimiento nos estábamos equivocando, pero no conseguía dar con nada.

Empecé a dormir mal, y una de esas noches de insomnio, a una semana de la reunión, caí en la cuenta de que el cuaderno de Hester era un registro de casos:

«1-34 años-Inseminación Externa-5 Intentos-2 Abortos. *Failure*».

En total, Hester había anotado 1140 casos. De ellos, el ochenta por ciento no habían llegado a buen puerto. La curva de fracaso era ascendente. Se pasaba del sesenta y tres por ciento, si se consideraban los primeros cien casos, al casi noventa si se consideraban los cien más recientes. Esas cifras eran mucho peores que nuestras cifras oficiales.

Empecé a anotar nuestros casos en el cuaderno de Hester. Hasta la reunión anual pude anotar doce más. La curva seguía en descenso.

La Planta alquiló una sala de conferencias en el centro, cerca del restaurante donde íbamos a cenar. Me puse el vestido de terciopelo negro y mis medias de cristal irrompibles que me hacían las piernas más delgadas. En otra época de mi vida me había preocupado mucho por ese tipo de cosas, así que contaba con un arsenal de modelos y complementos para cada ocasión que usaba por inercia. Si hubiera tenido que ir a comprarme un traje, probablemente no hubiera acudido a la reunión so pretexto de estar enferma. Solo de pensar en acercarme a las tiendas de ropa me entraban sudores fríos. Me engominé el pelo y me hice una coleta baja superapretada; era un recurso extremo, pero no es que tuviera muchas más opciones. La visita a la peluquería, con su olor a renovación y fe en los productos cosméticos y la charla de las peluqueras, quedaba totalmente fuera de cuestión.

Mis compañeros guardaban estrictamente las normas del decoro: trajes oscuros y satenes negros para ellas y pantalones de *sport* y camisas del mismo corte para ellos. Festivo pero sobrio, apropiado para la comunidad científica y para la temperatura de finales de septiembre.

Me senté al lado de Lisa, que tenía casi el mismo aspecto de todos los días, a excepción de la melena, que, en lugar de levemente recogida en la zona de la nuca, llevaba totalmente suelta sin que eso restara un ápice a su aspecto impoluto. Sus zapatos eran de tacón medio, en vez del tacón bajo de los días laborables. Sentí lástima por ella: no imaginaba lo que se nos venía encima.

Cuando las luces de la gradería se apagaron salió la jefa de zona, que iba un poco excesiva, con un vestido floreado y un chal, casi como de boda. Empezó su discurso con la frase de rigor: «Nuestra función es salvar vidas, tenemos el mejor trabajo del mundo». Todos aplaudimos, un aplauso calmado pero entusiasta. Acto seguido se encendió la pantalla en la que se solían proyectar los datos, los planes de futuro de la empresa y los puntos «calientes». Tragué saliva.

Pero, para mi sorpresa, el chaparrón no llegó. La jefa de zona estaba «encantada con nuestro trabajo, las cifras de éxito en la consecución de embarazos no dejaban lugar a dudas, el

volumen de negocio había aumentado tanto que iban a abrirse dos nuevas clínicas en ciudades periféricas. Estábamos de enhorabuena».

La charla terminó con el cierre acostumbrado: «Sois los tripulantes del Apolo 11. Sois los portadores de la esperanza. Disfrutad de la fiesta».

El baño del restaurante era más grande que mi propia casa. Forrado de mármol negro, parecía un gran mausoleo. Las paredes, los lavamanos, los suelos, todo relucía bajo los halógenos con ese brillo mate de las superficies de piedra pulida. Solo los grifos, los toalleros y el marco de los espejos, que eran dorados, rompían el impacto hipnótico del mármol.

A pesar del ambientador floral y del aroma a suavizante de las toallas, apiladas junto a los lavabos en dos montoncitos en forma de pirámide, se notaba el olorcillo agrio del vómito. Estaba claro que no era yo la única en pasarse con la ginebra. Me repasé el pintalabios y me mojé la nuca. Las notas de Hester me daban vueltas en la cabeza.

El apoyo de Lisa en ese momento me habría venido bien, pero se había ido después del postre. En cuanto podía se escabullía de las reuniones. No le gustaban las fiestas y, sobre todo, no le gustaba la gente bebida, «no iba con su tono vital», solía decir.

Me miré al espejo, sonreí y me repetí que me había estado engañando, que mis sospechas eran infundadas, efecto del cansancio, que juega malas pasadas, eso era todo. Uno tiende a distorsionar las cosas o a ver problemas donde no los hay.

Intenté fijar mi atención en Lisa, siempre serena, como una luz a la que agarrarse. Pensé en la suerte que tenía de poder trabajar con ella, y luego respiré y salí a la pista de baile, dispuesta a dar un paso hacia delante en mi vida y olvidar la maraña de dudas y sospechas en la que me había estado hundiendo.

La sala se había llenado de hombres con trajes de chaqueta llamativamente caros. Nada parecidos a los nuestros. Trataban de moverse, pero sus cuerpos no respondían, como si bailar fuera una función que tuvieran deshabilitada. Algunos se

acercaban a las chicas que merodeaban por allí. Eran tan guapas que daban ganas de tocarlas para comprobar que estuvieran vivas, que no fueran una alucinación. Las bellezas, seguramente contratadas para animar el ambiente, tenían un gesto de aburrimiento y desconsuelo.

Otros se acercaban a mis compañeras, que tampoco parecían hacerles mucho caso. Los chicos de los trajes llamativamente caros no tenían suerte.

Uno de ellos vino hacia mí, no llevaba chaqueta y se había arremangado la camisa, que estaba un poco sucia en la pechera, quizá de una copa derramada; tenía los ojos desorbitados, por el alcohol y por la coca.

—Estas tías están un poco zumbadas ¿no? —dijo señalando a un grupo de empleadas de La Planta.

—¿Cómo? —contesté.

—Sí, que están un poco zumbadas. Llevan un rollo, no sé, como de salvadoras de vidas o algo. Dicen unas cosas muy raras. Me llamo Carlos, por cierto.

Y de pronto ese lenguaje destructivo e inocente me pareció la primera cosa real que escuchaba en meses.

Han pasado ya varias semanas desde la fiesta anual y, para mi sorpresa, la temida llamada de la jefa de zona no se ha producido. Estaba convencida de que nos iba a citar a Lisa y a mí para pedirnos explicaciones, que lo de la fiesta había sido un paripé, pero no ha pasado nada.

Procuro olvidarme de las estadísticas y del cuaderno de Hester, trato de convencerme de que ambas estamos equivocadas. ¿No es posible que mi percepción de los hechos esté descabalada por algún motivo que se me escapa y que a Hester le pasara lo mismo? No es una hipótesis muy científica, pero tiro con ella porque me he propuesto acabar con esta deriva vital que no puede llevarme a ningún sitio bueno.

Me centro en Carlos, que vive totalmente ajeno a mis preocupaciones y no para de hacer planes. Esta noche me ha invitado a cenar a un restaurante japonés que ha salido el sábado en el suplemento *Life&Leisure.*

Cuando llega el *sushi,* Carlos le hace una reverencia:

—Es el mejor de la ciudad —dice. Y arruga la nariz al comerlo.

En realidad, a ninguno de los dos nos gusta el *sushi,* ni las algas deshidratadas, ni el *gohan.*

—Huele un poco a pis —susurra Carlos cuando traen la sopa de miso.

Y todo eso, que la comida sepa mal, que los camareros sean jóvenes y guapos, que el resto de comensales hablen en voz baja, hagan gestos de leve indignación pero nunca sonrían, nadie lo hace en los locales de moda, que el menú sea desorbitadamente caro, todo eso es lo que hace que nos sintamos en el cielo.

El viaje termina en mi cama, cuando Carlos se derrama en el preservativo sin poder reprimir un gemido y me abraza.

—Eres única —dice mientras me acaricia el pelo.

Y su frase, seguramente bien intencionada, suena hueca.

Yo debería corresponderle con algo, decirle que sí, que él

también es especial, dejarme llevar por la corriente de su cuerpo cálido y su abrazo. Acariciar su pelo color miel, que siempre lleva reluciente. Pero no me salen las palabras. Me levanto y tiro el preservativo a la basura del baño. Ese semen sí que es material de primera, como el cuerpo suave y dúctil de Carlos, no como el que nos vemos obligadas a usar en el laboratorio que viene de donantes mayores, defectuosos, maridos entrados en años, en su mayoría.

Con un material como este sí que obtendríamos éxitos, pienso. Y puedo sentir cómo de nuevo mi ansia lo devora todo: Carlos y su amor, lo que él llama amor, Carlos y la posibilidad de llevar una vida acorde con los principios básicos que a todo el mundo parecen funcionarle.

A pesar de que he intentado evitarlo por todos los medios, acabo otra vez revisando el cuaderno de Hester y anotando los casos nuevos.

Intento restarle importancia, de todos modos, centrarme en el lenguaje chisporroteante de Carlos, en sus bromas ligeras.

Nos montamos en el metro para ir a la fiesta de Rey y Fabio. A Carlos le encantan las fiestas y después de dos meses juntos no encuentro excusa para que no me acompañe. Queríamos llamar un Uber pero no hay manera, los taxistas están de huelga de nuevo. No sé por qué se molestan, todo el mundo sabe que van a desaparecer.

Nuestro vagón está hasta los topes. Nada más entrar, el olor nos da una bofetada, es una mezcla de petróleo con sudor y comida basura, da náuseas. Es inevitable fijarse en la gente. Hay una familia en especial que llama la atención.

Deben de ser unos veinte, de tres generaciones: el abuelo y la abuela, sus hijos, nueras y yernos y, no sé, como diez nietos de todos los tamaños. Imposible distinguir quién es hijo de quién. Llevan una indumentaria llamativa, ellos con trajes de chaqueta marrones o negros, satinados, y abrigos de paño, ellas embutidas en vestidos brillantes, malva las mayores, naranja las jóvenes, y chaquetones de imitación de piel. Las niñas van de blanco, con vestidos de algodón. Se nota que no están cómodos, no hacen más que atusarse los pantalones, ellos, y colocarse los escotes, ellas. Al moverse así, parecen una especie de organismo vegetal, una flor gigante que se agitase con el viento que corre por el vagón, los vestidos crepitando dulcemente como los pétalos con la brisa, los soplidos de los hombres como el tallo crujiendo bajo el peso de las hojas y las semillas.

Las mujeres cuchichean historias: cómo el abuelo quiso huir cuando la abuela se quedó embarazada, cómo el bisabuelo lo fue a buscar a la estación, cómo lo obligó a volver… Se ríen maliciosamente. Las madres limpian los mocos a los niños y

lanzan suspiros por el paso del tiempo. El abuelo, que ha permanecido de pie las quince paradas que llevamos con ellos, hace un gesto y una de las nueras o hijas le cede el sitio. Se sienta mirando al frente, y, al descubrir su rostro entero, caigo en la cuenta de que es tuerto. Sin embargo, parece satisfecho, de su único ojo fluye una enorme tranquilidad, y, mientras observa a su prole, se dibuja en su boca un gesto de satisfacción.

No puedo apartar los ojos de ellos. ¿Quiénes son? ¿Qué hace que sus gametos funcionen tan bien por sí solos? ¿Tienen una fórmula especial, algo que el resto de la población desconoce?

Entonces Carlos, que nota mi interés, me susurra al oído: «Mira la boda gitana, no había más brillantina en la tienda». Y de pronto eso parece explicarlo todo: la alegría que emana de sus movimientos que parecen naturales; no como los nuestros, que son todos aprendidos.

Me dejo mecer por esa facilidad de Carlos para juzgar las cosas, trato de pensar como él, sentir lo que él siente, esa ligereza, esa falta de curiosidad que la gente llama autoestima.

Formamos una bonita comitiva: trajes severos pero carísimos, maquillajes matificantes e invisibles, sonrisas dispuestas a sobrellevarlo todo. Mis compañeros de La Planta no dejan de comentar que: «Es hermoso el amor entre dos hombres» y «dar el paso» de «compartir su vida con alguien más», «esa generosidad merece ser celebrada». Fabio y Rey sonríen tanto que parece que se les va a romper el rostro. El bebé está calladito en su cuna durante la mayor parte del tiempo. No sé de dónde lo han sacado, pero es como de anuncio.

Los anfitriones traen bandejas con bolitas que parecen caviar pero que no lo son, se trata de soja texturizada y aromatizada para no dañar las arterias ni nuestras frágiles sensibilidades. Hay otras cosas irreconocibles y gelatinosas hechas con superalimentos, pastel de chía, hojaldre de harina de quinoa. En la terraza, donde la fiesta acaba trasladándose cuando ya pasa la medianoche, han colocado estufas para protegernos del repentino frío de noviembre y guirnaldas de luces blanquecinas pero difusas que hacen del espacio un lugar

mágico, perfecto para las confesiones.

Esta es nuestra manera de fabricar el paraíso.

Carlos se acerca por detrás y me abraza, justo cuando estoy saboreando el caviar que no es caviar y tiene ese regusto que no sabría definir —¿ácido, amargo?—. Me coge la mano, me lleva al borde de la terraza y cuando estoy a punto de decirle que me dan miedo las alturas, me susurra: «¿Qué nena, lo intentamos?».

María

Por culpa de los gusanos, de que Roger y yo éramos un *match* perfecto, pero no tan perfecto como el que hace con la rubia, pero sobre todo, sobre todo, por culpa del método científico, he acabado en la sala del consejero.

Las sillas de su despacho son de un blanco inmaculado. Las recordaba distintas. Claro que la última vez que pasé por aquí era febrero, como ahora, pero acababa de llegar de Seattle y, comparado con la Ciudad Esmeralda, todo es gris. Si me hubieran preguntado, habría dicho que el mobiliario era de un color neutro y difícil de distinguir.

En Seattle las paredes relucían, los carteles de las tiendas, aunque eran de materiales reciclados y perfectamente ecológicos, relucían, los rostros relucían, como si fuera pleno junio, aunque fuera invierno.

Nada más verla me enamoré de Felicia, nuestra facilitadora. Sin maquillaje, con sus gafas demodé y sus ojos vivísimos me dejó sin aliento. La escuchábamos boquiabiertos:

—Ahora tenéis que hacer equipos e imaginar que una *start-up* fulmina el negocio de vuestra empresa.

Y ya estábamos formando los equipos. Era como si nos lo mandara el presidente de la nación, qué digo el presidente de la nación, era como si obedeciéramos al mismo rey del universo. Por aquel entonces, en la empresa todavía no estábamos en el Big Data, solo habíamos llegado a la gestión de datos estadísticos. Era como vivir en la prehistoria.

Nos costó medio día desmontar cada una de nuestras empresas. Es verdad que el equipo era brillante: estaba Marize, la brasileña que había obtenido las mejores calificaciones del país en cálculo, Takito, el japonés que había descubierto una manera de prever los tsunamis veinte veces más efectiva que las anteriores, y Adèle, de la que todos sospechábamos que estaba allí solo porque era guapa y se tiraba a su jefe francés, hasta que llegó el momento de aportar soluciones creativas y pudimos ver cómo hacía «su cosa», que era como entrar en

trance: cerraba los ojos y emitía un sonidillo así como un gemido y, de pronto, los habría y te contaba la idea más loca que se te pudiera ocurrir. Y funcionaba.

Le presentamos los resultados a Felicia y ella nos miró con satisfacción: «Estaba segura de que lo conseguiríais, por eso os elegí», y nos guiñó un ojo.

Ese guiño fue definitivo, estoy segura de que todo el equipo quería tirarse a sus pies y declararle amor eterno. Nos contuvimos, claro. Las empresas habían pagado demasiado dinero para llevarnos allí como para fastidiarla el primer día. En mi caso, el importe del curso equivalía a dos tercios de mi sueldo anual.

¿Qué tenía Seattle? Caminábamos por sus calles —los facilitadores nos explicaron que en EE. UU. nadie camina, pero que ellos sí, porque eso es lo natural y no aceptarían trabajar en una ciudad donde hubiera que ir en coche— y no sé si era el olor de las panaderías orgánicas, el alumbrado —de bajo consumo— o las risas de la gente que salía de las oficinas —leve, tranquila—, pero era como pasear por el paraíso, o mejor aún, porque el paraíso tenía pinta de ser inodoro, bello, pero intocable, y en Seattle todo desprendía un olor familiar pero salvaje al mismo tiempo. Marize hizo un comentario acerca de lo bien que olía y Felicia no tardó en responder:

—Tenemos el Wenatchee National y el Olimpic National a menos de una hora, además del mar, claro, jamás aceptaríamos trabajar en una ciudad sin bosque y mar, no es saludable.

En aquel momento no sabíamos todavía a quién se refería Felicia cuando decía «nosotros», podía ser a su familia, a ella y a su novio. No tardamos en descubrir que «nosotros» era el conjunto de investigadores. Eran ellos, los creativos de las empresas, los que formaban ese grupo que no aceptaría vivir en una ciudad alejada de la naturaleza.

Fue esa conversación con Felicia lo que me llevó a la sala del consejero la primera vez, volví del viaje en un estado lamentable, con añoranza de algo que no había tenido nunca, pero que echaba de menos con cada respiración. Es cierto que el viaje a Seattle me proporcionó, a medio plazo, grandes beneficios, sobre todo el de formar parte de los equipos de

Manuela y ser uno de los miembros de WhiteAngel, pero también hizo que me desestabilizara, y que las sillas del despacho del consejero me pareciesen más grises de lo que eran. Y eso me hace pensar que la cosa no debe de andar tan mal si ahora soy capaz de ver el color blanco.

El consejero no está de acuerdo conmigo. Dice que ha recibido una notificación de Manuela y que está preocupado porque llevo tiempo haciendo cosas raras, que mis últimas propuestas no cuadran con las del resto de WhiteAngel y que tenemos que revisar cómo me va.

Mientras el consejero sigue con su charla intrascendente acerca de las decisiones personales y el equilibrio de los afectos y no sé qué más, caigo en la cuenta de que el responsable de que esté aquí aguantando este rollazo es Roger. Tiene que haber sido él quien le ha escrito a Manuela diciéndole que la rubia y él no suscriben mis últimos informes. En cuanto me doy cuenta, me dan ganas de matar a Roger. Si lo tuviera cerca le gritaría. Pero eso tampoco me serviría de mucho.

Practico la respiración diafragmática, tal y como me enseñó la profesora de relajación a la que el consejero me mandó la última vez, y trato de mirar al frente con serenidad. Está claro que si le cuento al consejero que tengo ganas de golpear a mi compañero de equipo voy a tener que estar más tiempo aguantando esta pantomima.

Pero sostener la respiración abdominal con las ganas que tengo de romper algo se me hace muy difícil, así que intento mirar alrededor a ver si hay algo en lo que fijar la atención que me distraiga mientras escucho a este tostón de hombre. De pronto todo me parece demasiado blanco, la sensación de paz que tuve al entrar se ha desvanecido. La mesa del consejero, con su pátina brillante, me ciega y me obliga a parpadear y las sillas están tan impolutas que resultan inquietantes. Da la impresión de que nadie se sentara nunca en ellas, o de que alguien estuviese maniáticamente limpiándolas cada cinco minutos.

¿Se dedicará a eso el consejero? ¿Entre entrevista y entrevista limpiará las sillas? Quizá tiene un bote de hidroalcohol escondido en algún sitio, porque, si te fijas, huele

a desinfectante, pero no ese tranquilizador tono de cuando se acaba de limpiar la casa, sino un olor penetrante, agudo.

—Vamos a empezar ¿te parece? —dice el consejero.

En realidad, no sé por qué me pregunta. Sabe, igual que yo, que por contrato estoy obligada a venir aquí y contestar a lo que me pida; no solo eso, también estoy obligada a seguir sus recomendaciones. En este punto, el contrato me resulta poco claro. Porque, si me aconsejara que bebiera vino, que tomara grasas saturadas o que me tiñera el pelo de rubio, ¿tendría que hacerlo bajo pena de ser despedida?

—Vale —digo, usando mi voz neutra.

Me mira por encima de las gafas, hace años que tiene presbicia, porque ya las tenía cuando vine aquí la última vez, así que debe de rondar la cincuentena y, de pronto, me pregunto qué puede saber de mi vida un hombre de esa edad, pero intento refrenar este pensamiento. Como a todos los demás, a él lo ha elegido Manuela, así que alguna virtud tendrá.

—Te noto preocupada —dice con una agradable sonrisa—, ¿alguna cosa que te esté distrayendo últimamente?

—No, nada importante.

—Piensa un poco, María.

Alguien debería haberle dicho que no me llamase María, pero parece que ni siquiera en nuestra empresa toda la información fluye en el sentido correcto.

—Mary, si no te importa.

—Por supuesto —de nuevo despliega su indescifrable sonrisa—. Y dime entonces, Mary, ¿algo quizá no tan importante que te haya pasado últimamente?

—Bueno, he estado soñando con gusanos.

Ahí está, lo primero que suelto. Está claro que la sonrisa cumple su cometido.

—Gusanos, hmm…, qué interesante. ¿Y qué hacen esos gusanos exactamente?

Empiezo a sudar de nuevo. Me he puesto ración doble de desodorante para la ocasión, pero incluso así, no hay forma de frenarlo. Intento el truco de la respiración, pero no da resultado. El consejero me sigue mirando con su sonrisa

indescifrable por encima de las gafas, noto cómo mis músculos se van deshaciendo y entonces, sin quererlo, suelto:

—Los gusanos nos devoraban, a Roger y a mí. O nosotros los devorábamos a ellos, no estoy segura. Ese es el problema, que no estoy segura. No tendría inconveniente en comer gusanos, de verdad, sé que muchas culturas los comen, son saludables, altos en proteínas. A lo mejor lo he visto en un documental, me gusta ver documentales de biología antes de dormir —aventuro —. Y respecto al tema de ser devorada por gusanos, pues bueno, no es agradable, pero me podría hacer con ello. —Sudo, sudo a mares, el sudor me cae por la frente, por la nuca, por la columna. Se me están formando manchas en las axilas y cuanto más lo pienso, más sudo. Lo que no soporto es esa indefinición: trato de distinguirlo, cierro los ojos, me acuerdo del sueño, pero no hay forma, sigo sin saber quién devora a quién.

Como si le hubiera contado la cosa más normal del mundo, el consejero dice:

—Ajá.

Me quedo muda, él espera que diga algo más, pero es como si me hubiera vaciado. Envuelta en sudor y muda, me siento como si me hubiera sumergido en un mar tropical y no pudiera salir de sus cálidas pero mortíferas aguas.

—Has mencionado que Roger estaba contigo en el sueño. ¿Por qué crees que estaba él?

—¿Roger? Sí, bueno, es normal, supongo. Es mi compañero, ha sido mi único compañero durante más de un año. Somos el WhiteAngel, seguro que ha oído hablar de nosotros.

—En efecto, un gran equipo. ¿Y por qué crees que Roger estaba en tu sueño?

—Ya se lo he dicho. Porque es mi compañero.

—¿Nada más?

Lo miro interrogante mientras el sudor sigue resbalando por mi cuello, por mis axilas, pero ya no me importa, es como si todo ese líquido que ha salido de mí me hubiera anestesiado.

—Bueno, también ha sido mi *match* durante un tiempo.

—*¿Match?*

A veces me exaspera la gente de más de cincuenta, hay que explicarles las cosas más simples.

—Sí, mi pareja sexual.

—¿Pareja sexual? ¿Quieres decir que salíais juntos?

¿Salir juntos? ¿Pero de qué siglo han sacado a este hombre?

—No, no salíamos juntos. Sólo era mi *match*.

—¿O sea?

—Nos acostábamos los jueves, para mantener los niveles de neurotransmisores en su punto óptimo.

De repente me siento como si estuviera dando clase en primero de primaria. Toda esta entrevista carece de sentido. Esto, por otra parte, hace que mis músculos se relajen del todo y dejo de sudar.

—Ya veo. Pero estás hablando en pasado, ¿quieres decir que ya no es tu —titubea— *mach*?

—No, ya no. Ahora su *match* es Helen, la nueva componente de WhiteAngel.

—Ya veo.

El consejero anota todo en un cuadernito, me parece inconcebible que aún alguien tenga un cuadernito.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—¿Sentir? De ninguna manera, ellos son un buen *match* y a mí Roger ya no me servía.

El consejero levanta un poco las cejas, parece que está mostrando sorpresa, pero, de nuevo, me resulta muy difícil de decir, sobre todo porque enseguida vuelve a su sonrisa neutra.

—Ya no te servía porque…

—Por los gusanos, ya se lo he explicado antes, ¿cómo me iba a acostar con alguien a quien se están comiendo los gusanos?

—Claro, claro.

Parece que no hay más preguntas. Él me mira y me lanza otra vez esa sonrisa neutra.

—Muy bien, María. —Qué memoria de mosquito tiene este hombre—. Te llamaremos.

Salgo del despacho con la sensación de haber hecho una buena obra. Es impresionante la cantidad de cosas que he tenido que explicarle, no es que vaya a poner en tela de juicio los criterios de Manuela, pero las virtudes del consejero están realmente ocultas.

Me he hecho con un buen equipo de yoga para las sesiones de relajación que seguro me va a recomendar el consejero —pantalones de malla, una camiseta no demasiado ajustada pero que marca las formas y, lo que es más importante, no tiene un color estridente, y una esterilla antitranspirable y superaislante —. Pero resulta que cuando vuelvo al despacho me echa una mirada de reojo —no sé qué mosca le habrá picado hoy a este hombre— y me suelta que tenemos que hablar.

Se me hace muy extraño estar en su consulta a estas horas de la mañana en vez de trabajando, acaba de amanecer y el mobiliario, ahora que me fijo, no es tan blanco como me pareció el otro día, sino que tiene un cierto tono rosado. El consejero tiene también cierto tono rosado en la cara, probablemente fue rubio de joven. Con esta luz directa de la mañana —su despacho también está orientado hacia la cristalera este, como los de todos los *senior*—, su sonrisa no me parece tan neutra, hay algo detrás de ella, ¿una intención, un cierto desasosiego?

—Siéntate, por favor, María.

No le repito que me llame Mary, es obvio que este hombre lleva tiempo en retroceso neuronal, así que para qué molestarse.

—¿Qué tal has pasado estos siete días?

Vale, va como de charla de café. No es lo mío, pero cualquier cosa por conseguir que me devuelva al trabajo. Desde que me fui, la rubia y Roger han subido cinco puntos en la escala de valoración, han dado con un nuevo algoritmo, parece, aunque todavía no lo han subido al servidor del equipo y me muero por testarlo.

Toda la semana de «descanso» ha sido una pérdida de tiempo, aparte de conseguir el equipo de yoga no he hecho otra cosa que ver series, que más allá de los cuarenta minutos diarios son una completa chifladura, insoportables, todas iguales, parece que hay verdadero talento ahí, pero no, son

puros juegos de artificio, en fin, tampoco es que esperara otra cosa de esa gente, porque, qué son: ¿artistas? Del puro aburrimiento he comido más de la cuenta, seguro que he engordado al menos un kilo, prohibido acercarse a la báscula hasta la semana que viene.

Pero soy consciente de que esto no es lo que espera Cararosada.

—Muy bien, ha sido una semana muy provechosa —digo al fin—, he descansado, he paseado, he comido bien. Me siento como nueva.

—Ajá.

No sé qué más puedo añadir.

—Me he comprado un equipo de yoga estupendo.

—¿Y por qué te has comprado un equipo de yoga, María?

Cada vez que dice María me recuerda a mi abuela paterna: María, pon la mesa, María, la espalda recta. No hablaba si no era para mandar o criticar, la mujer. Menos mal que esa generación está ya en retirada.

—Pues como la última vez…, supuse que...

—¿Sí?

—Que me recomendarías yoga, ejercicios respiratorios, ya sabes, para volver a la normalidad.

Nada más soltarle la frase me arrepiento.

—Porque eso es lo que quieres, María, volver a la normalidad.

—Sí, claro.

—Pero tú sabes que las cosas cambian, ¿no, María?

Y ahí está otra vez. Es como si la estuviera oyendo, a mi abuela, a punto de decirme: Y cósete el dobladillo, que te vas a pisar el pantalón.

—Sí, claro, todo el mundo sabe eso, es el segundo principio de la termodinámica, todos los fenómenos físicos son irreversibles.

—Bien, bien. Trabajemos con eso. Entonces, ¿te das cuenta de que no podemos volver al estado anterior, por mucho que queramos?, ¿verdad?

Cararosada hablando de física es desternillante, la frente se le llena de gotitas de sudor, es demasiado esfuerzo para él.

Curiosamente, yo sudo menos, llevo ya tres días de vuelta a mi rutina de una sola ducha diaria y parece que va bien.

—Bueno, no, claro, lo único que podemos conseguir es otro estado de equilibrio cuya entropía sea mayor que la del estado anterior. Liberando un poco de trabajo, eso sí.

Cararosada frunce el ceño. Vale que esté obligada a asistir a estas sesiones —lo pone también en el contrato que firmé al convertirme en *senior,* el de *junior* carecía de esa cláusula—, pero en ningún sitio está escrito que tengamos que hablar en lenguaje no científico, o sea, aburrido.

—Otro estado de equilibrio, ¿ves?, ahí es adonde yo quería llegar.

No tiene ni idea de lo que está hablando, el pobre. Pero bueno, al fin y al cabo, ¿qué puede haber aprendido en la escuela de psicología? En su época no había ni estadísticas fiables sobre los estados de ánimo, madre mía, era la prehistoria, no me extrañaría que haya estudiado psicoanálisis o cualquier patraña semejante.

—Eso es lo que necesitamos, María, otro estado de equilibrio.

Ahora habla en plural. Reconozco que no soy una paciente fácil, ¿pero el plural?, ¿no tenía otro recurso?

Me obligan a asistir a dos sesiones más mientras sigo de «permiso merecido», en palabras de Cararosada. Según él, he dado mucho a la empresa y es hora de tener algún reconocimiento. Mientras tanto he ordenado la casa unas veinte veces y he descubierto que la mujer de la limpieza no es tan puntillosa como yo creía. Había cantidades ingentes de polvo e incluso pelusa detrás de los armarios, de los cuadros, e incluso debajo de la cama. ¡Por dios!, ¿pero es que creía que nunca iba a mirar debajo de mi propia cama? Se ha ganado el despido. En fin, limpiar no es una actividad tan difícil, ¿no? A veces me pregunto en qué estará pensando la gente.

Después de la tercera sesión, Cararosada se da por vencido. Le he estado explicando lo que significa la entropía, pero no parece entender nada. Me ha mirado con cara triste, aunque también podría ser de frustración, o incluso de enfado, esos psicólogos se esfuerzan tanto por disimular sus emociones que

al final todas las expresiones se parecen.

—Creo que es mejor que sigamos haciendo nuestro «trabajo» —se ha quedado con la palabra, aunque sigue sin tener ni idea de lo que significa— con otra metodología. Te deseo lo mejor, Mary.

Anda, ahora sí que se ha acordado. Tiene gracia la cosa. ¿Es posible que esté en una fase inicial de demencia? No me extrañaría. Esos vacíos y de repente recordar algo así… No tiene buena pinta.

A la mañana siguiente me llega un mensaje de Manuela. Me emociono tanto que me empiezan a sudar las palmas de las manos, como cuando tenía que hacer exámenes en la facultad. Por fin, ¡la vuelta al trabajo!

«Mary, veo que has hecho muchos progresos con Tomás —Cararosada—, pero creo que las sesiones no son lo que necesitas ahora —puedes apostar que no, tú sí que me entiendes, Manuela—, así que te envío este test que nos va a dar una idea más precisa, una vez que lo contrastemos con nuestra base de datos, de cuál es el procedimiento a seguir».

Datos, test. Por fin nos entendemos. No es lo que esperaba exactamente, pero es un comienzo. Gracias, Manuela, por velar por nosotros. Menos mal que alguien piensa. No le respondo esto, claro, sino: «Por supuesto, en un rato lo reenvío, muchas gracias, como siempre».

Le daría un abrazo, le daría un beso con lengua. Esa mujer. Es una lástima que la sede central esté tan lejos y que ella viaje tanto. Es casi imposible pillarla dos días en la misma ciudad. Pero está ahí, eso es lo importante, como una luz al final del túnel.

¿Con qué frecuencia tiene la sensación de haber olvidado algo?

–Nunca

–En ocasiones

–Una vez al día

–Dos veces al día

–Continuamente

–Rara vez.

(Tengo una buena memoria, si no, dime cómo podría estar haciendo este trabajo).

Rara vez.

¿De uno a cien, con qué número describiría su grado de satisfacción con la empresa?

¿Noventa? (Tampoco quiero parecer *workaholic* o algo semejante).

¿De uno a cien, con qué número describiría el grado de satisfacción con su vida?

(¿Con mi vida? Vale, con mi vida. Vamos a ver, tengo una casa con vistas, muebles de diseño que he pagado al contado, trabajo en lo que me gusta, ¿ochenta?). Ochenta y tres. (Hay cosas mejorables, los suelos de esta casa, por ejemplo, y luego está el tema del deporte, tendría que salir a correr, lo sé, lo sé, lo sé, pero, por dios, ¡es que una chica no puede ser perfecta!)

¿Si tuviera que elegir un elemento de su vida del que no querría prescindir, ¿cuál sería?

(¿Eh?, ¿el agua y la comida? Empiezo a pensar que este test lo ha hecho Cararosada, ¡qué falta de rigor!)

La ciencia.

¿Cuántas veces habla con amigos al cabo del día?

(Muchas, no paro de hablar con amigos: cada día con Roger, bueno, desde que llegó la rubia no tanto, pero es un paréntesis. Con los miembros de los otros equipos continuamente, no paramos de mandarnos mensajes, «cómo va eso», *«you are killing it», «check this out*!*».* Con el equipo de Seattle, al menos una vez a la semana, cada uno manda sus avances…)

De dos a tres.

¿Cuántas veces sale con sus amigos al cabo de la semana?

(¿Salir?, qué concepto más antiguo. La gente que sale es la que no tiene nada importante que hacer, salir a qué, ¿al cine? Si está todo *online,* ¿de compras? Vamos, no me hagas reír, quién va de compras hoy en día.)

Una vez. (Al menos una vez, con Roger, bueno, ahora no, pero eso va a cambiar, como decía, estamos en un paréntesis.)

¿De uno a cien, cómo describiría la cercanía con su familia?

Cincuenta. (Como todo el mundo que trabaja, no voy a estar todo el día pegada al culo de mi padre, y además para hacer qué, exactamente, ¿vender figuritas de porcelana china para las comuniones? Verlo una vez cada dos meses ya es asfixiante.)

¿De uno a cien, cómo describiría la cercanía consigo misma?

(Cómo, pero qué estupidez es esta, pues cien, a ver qué remedio, hasta que no inventemos la transmigración a cuerpos cibernéticos.)

Setenta y cinco.

¿En el caso de tener que hacer otro trabajo distinto del que tiene hoy en día, ¿cuál sería?

(Otro trabajo, ¿estarán pensando en reubicarme? No, imposible, Manuela dijo que mi perfil era, y cito: «El ideal para este puesto, justo lo que necesitábamos».)

Investigación en física teórica.

¿En tres décadas, ¿cómo se ve a sí misma?

–Retirada en una casa en la playa cuidando de mis nietos

–Trabajando, me gusta estar al día

–Rodeada de familia en mi residencia habitual

–Rodeada de amigos en mi residencia habitual

–Con mis animales de compañía, leyendo y descansando

(¿En tres décadas? Vale es un análisis de prospectiva, no quieren saber lo que vas a hacer en tres décadas, solo saber qué tipo de cosas puedes imaginar para así ajustar tu puesto de trabajo, es una de nuestras bases de datos. Bien, ahora ya estamos encarrilados.)

Trabajando, me gusta estar al día.

¿Respecto del sueño de los gusanos, ¿qué interpretación le da?

(Bueno, lo han personalizado, bien, ya veo que Cararosada ha servido de algo, estaba segura de que Manuela no lo iba a poner ahí si fuese un inútil total. Y vale, pregunta abierta, esto significa contrastarla con millones de bases de datos, me gusta. Pero qué interpretación le doy, ¿le he dado alguna? Ok, no agobiarse, respirar, las bases de datos y los algoritmos van a resolverlo, tú solo déjate llevar. Es lo más sensato.)

Creo que los gusanos representan mi interior y la baba el exterior.

Me voy a la cama sin cenar. Las respuestas a las preguntas me han dejado llena. No llena como si hubiera comido, sino llena mentalmente, neuronalmente, celularmente. Esto sí que es el inicio de una buena terapia.

A pesar del cansancio, no consigo dormirme. La baba y los gusanos siguen ahí aunque los mantenga a raya. Para distraerme pienso en cómo me gustaría conocer a Manuela, sería bonito verla, al menos una vez, y poder hablar con ella.

Abro mi *tablet* y miro su perfil. Tiene los ojos marrones, la nariz normal, ni grande ni pequeña, la cara normal también, el pelo castaño, media melena. Pero es la mirada la que la define y empaña el resto de sus rasgos, esa mirada de sabiduría que ni siquiera deja adivinar su edad.

En el perfil hay otros datos personales, siempre nos piden que añadamos algo para que los demás puedan conocernos mejor. Le gusta jugar al Scrabble y las plantas ornamentales. Ha colgado una foto de su jardincito. Tiene begonias, unas margaritas, verbena, y creo que también unos geranios, aunque son de una variedad que no conozco mucho, con la hoja muy pequeña. Podría estar en cualquier parte de occidente.

Si nos encontráramos, charlaríamos en su jardín, donde quiera que esté. Ella me contaría cómo riega las plantas, yo asentiría muy amable —aunque las plantas no me interesan un comino— y entonces nos miraríamos y nos comprenderíamos.

Como no consigo conciliar el sueño, empiezo a imaginar nuestros motores comparando mis respuestas con otras miles: ahora con los datos del *mail* de una investigadora de Brasil que también dice haber soñado con gusanos; ahora con los de científicas de treinta y nueve años nacidas en un país occidental con alto grado de rendimiento y repentinas pesadillas; ahora con los de mujeres con educación superior que, sin motivo aparente, empezaron a sufrir sudores incontrolables; ahora con todos los datos de los licenciados en física en el año 2003 independientemente de su género; ahora con los de una coordinadora *senior* de Big Data de Minneapolis que hace siete meses reportó en sus mensajes de redes sociales haber dejado de practicar sexo por motivos que desconocía.

La idea de esos datos flotando, organizándose, buscando por fin las respuestas, me relaja por completo y me quedo dormida.

Por la mañana tengo un mensaje de Manuela. Parece muy rápido, incluso para nuestros motores, pero me alegra, todo lo que viene de ella me alegra. Se acabaron las estériles sesiones de terapia, se acabó tantear las respuestas en la oscuridad.

«Querida Mary:

La contrastación de tu test ha arrojado los siguientes resultados:

En el 70% de los casos, la experiencia y la evolución de los sujetos demostró que lo que anhelaban era otra presencia en su vida.

En el 90% de los casos de sujetos de género femenino, la respuesta fue la búsqueda de descendencia.

En el caso de los sujetos masculinos, el 60% lo resolvieron buscando descendencia, el 20% buscando una unión legal con otro sujeto y el 10% lo resolvieron adquiriendo objetos valorados en, al menos, un año de su sueldo.

Del 10% de los sujetos, tanto femeninos como masculinos, no se tienen datos; de algún modo, desaparecen de la estadística.

Espero que este estudio te ayude. Como sabes, nadie puede decidir por ti. Hasta que lo hagas, considero que es conveniente que descanses.

Abrazos y carantoñas,

Manuela».

¿El diez por ciento de los sujetos desaparecen de la estadística? ¿Cómo que desaparecen? ¿Es que tenían una enfermedad terminal? En el chequeo del mes pasado mis indicadores estaban perfectos.

Pensaba que una vez recibiese los datos iba a dormir como un bebé. Pero el insomnio se ha vuelto a apoderar de mí, solo que ahora ya no son los gusanos los que me mantienen despierta, sino el diez por ciento. ¿Qué puede haberles ocurrido a esas personas? Todas las posibilidades me parecen aterradoras y se hacen cada vez más terroríficas a medida que avanza la noche.

Blasco y Diana

Todo lo que no es Laila se ha vuelto indescifrable: leo los informes de inversiones y no los entiendo, como si hubiera olvidado para qué sirven o qué se supone que hay que hacer con ellos.

Cada pequeño detalle de su cuerpo se magnifica hasta ocupar mi mente entera: sus piernas finísimas, plegadas hacia un lado —siempre el izquierdo— como las de un animalillo, su cuello terso y su pecho, casi liso. Es como si cada célula suya despertase recuerdos dormidos, cosas que tal vez no he vivido, pero que parecen tan reales como si hubieran sucedido el día anterior.

Si sigo con este síndrome de abstinencia pronto no voy a poder enfrentarme a ningún cliente, las quejas no tardarán en llegar y, con ellas, los problemas.

Es urgente volver en sí y para eso necesito mi dosis.

Diana ha salido con una antigua amiga de la universidad. Me pongo un *gin-tonic* aprovechando su ausencia, no ve bien que beba entre semana, y abro el ordenador. Dudo un segundo antes de darle al intro, y cuando finalmente lo pulso, mi cuerpo entero sufre una descarga eléctrica.

El rostro de Laila brilla con la luz pálida del atardecer otoñal, por lo menos sé que estamos en el mismo hemisferio. Sigue leyendo. Aún no ha terminado *El extranjero*. Sus ojos se mueven de un lado a otro siguiendo las líneas.

Me corro imaginando cómo Laila descubre primero el placer, luego la atracción fatal del placer y después la tragedia implícita del placer. Solo eso basta para que me derrame sin tan siquiera tocarme.

Le doy a la siguiente pantalla y a la siguiente y a la siguiente. De su cuerpo no ha mostrado más que el contorno de los incipientes pechos que, ya finalizando el libro, se roza apenas tirando de su camiseta hacia abajo. Un latigazo de placer nos recorre a ambos, ella gime levemente, yo me derramo de nuevo.

Cuando Diana llega ya estoy en la cama, despierto pero totalmente ido. Su cuerpo frío se desliza hacia mí y me abraza. Es agradable, como el abrazo de un hermano.

Nada puede empañar lo eléctrico de la noche.

Para poder seguir viendo a Laila necesito dinero, cantidades ingentes, así que me lanzo al ruedo y me meto dos *meetings* en ayunas.

Van bien. Los clientes han salido convencidos de que lo más rentable para sus ahorros es invertir en materias primas agrícolas de países en desarrollo. Es el «paquete» que les teníamos que vender esa semana a los pequeños y medianos, los míos. Hay que colocarles lo que la firma nos propone. Pero no se trata solo de eso, además se tienen que ir convencidos de que les estamos haciendo ricos y de que, para más inri, su inversión no tiene riesgos.

Por supuesto, su inversión tiene muchos riesgos, pero es buena para la firma porque la firma trabaja solo para beneficio de las grandes cuentas. Si la microeconomía va bien, la macroeconomía va mal. Es una de las de primero de carrera. Todavía, después de todos estos años, me cuesta creer que la gente no se dé cuenta.

Por supuesto, nuestro trabajo no para ahí. Lo más difícil es convencerles, cuando las inversiones no van bien —dos casos de cada tres—, de que la mejor solución es invertir más.

Nosotros somos los encargados de convertir al cliente en un jugador.

Y para eso lo que hay que hacer es conseguir que no calculen, que se dejen llevar por «el instinto», por la «emoción de la inversión». Nuestros trajes caros, nuestras corbatas elegantes, las finas cadenas de oro de las asesoras, el maquillaje delicado pero efectivo, el mobiliario que se renueva cada año, la pintura neutra, siempre del color que se lleve en cada temporada, no son más que un disfraz para hacer creer a los clientes que están entrando en una especie de administración pública en vez de en un casino.

Somos la puta del casino. La que te anima a jugar más y más, a perder más y más, pero lo hace con esa sonrisa, esa voz

sedosa que te atrapa y te convence de que la siguiente baza va a ser la tuya.

Por supuesto, la banca siempre gana.

Las inversiones no seguras son el cimiento de las inversiones seguras, y así es como funcionan las cosas.

Saber todo esto me había paralizado en ocasiones y por eso el jefe de equipo me tiene enfilado, pero hoy me siento capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

A la hora del almuerzo mi euforia no ha decaído un ápice, así que le digo que me mande a uno de los «clasificados». Llamábamos así a los pequeños inversores que han perdido una parte sustancial de sus ganancias y toca explicárselo.

Nadie los quiere, a pesar del bonus, porque suelen montar escenas: era el dinero de su jubilación, era el dinero para que estudiaran sus hijos, o su único nieto, que había quedado huérfano porque sus padres habían fallecido en un accidente… Simplemente «no se lo pueden creer», «nosotros tenemos que hacer algo», «devolverles los ahorros, no les importa el beneficio de los últimos años, solo lo que pusieron al principio».

Pues haberlo pensado antes, dan ganas de decirles. Pero no se trata de eso, claro. Se trata de ofrecerles un relato convincente y, a poder ser, de que no retiren lo poco que les queda, porque tienen una oportunidad si se quedan con nosotros. Esas cosas.

El jefe de equipo me mira sorprendido, pero enseguida accede. A los que ocupan ese puesto se los elige por el olfato, eso se dice, al menos, aunque no lo sabemos porque no es una información pública y, cuando llegan ahí, no dicen nada, es política de empresa. Ni siquiera conseguí que Diana soltara prenda cuando fue jefa de equipo, aunque supongo que por eso la eligieron.

Va mejor de lo esperado. El objetivo de la inversión del cliente era la casa en la playa. Se podía permitir una pequeña, pero no se conformaba con eso, quería una grande para invitar a sus amigos del trabajo, jubilados como él, y despertar una cierta envidia. Algo con lo que endulzarse la vejez. No me cuesta mucho convencerle de que es mejor seguir con nosotros.

En el banco no hay manera de que el dinero llegue a un importe suficiente para la casa, ni siquiera para la modesta, que podía haberse permitido, así que no tiene nada que perder. Este último argumento resulta, se va más sereno, repitiéndose que es lo mejor. Por supuesto, aún tiene que perder.

Incluso me da un apretón de manos cuando lo despido, uno largo, verdadero. Es increíble la cantidad de apretones de manos verdaderos que se dan en estas oficinas. Y lo son para todos, por lo menos un instante. Durante ese lapso de tiempo en el que los dos cuerpos se tocan, ambos creemos que estamos haciendo lo mejor para todos. Es imposible mentir a un cuerpo. Pero en cuanto el apretón se deshace volvemos a dejar de creer y el cálculo vuelve a invadirlo todo y a imponer su orden.

El jefe de equipo está ojo avizor. No se fía. Mis últimas cuentas han sido peores que las del pasado ejercicio. No escandalosamente malas, pero sí peores, y ese es el tipo de detalles a los que él tiene que atender.

Me llama a su despacho:

—Bi. —Cuando está de buen humor me llama «Bi»—. Vaya, parece que has resuelto la situación muy satisfactoriamente. ¿Te interesan más «clasificados»?

La función del jefe de equipo es esa, ver quién está en racha y aprovecharlo como quien encuentra una veta. Hay que cavar hasta que se agote, rápido, para evitar los derrumbes, los gases tóxicos, la inundación.

—Bueno, eso depende.

Frunce el ceño. No esperaba resistencia. Pero no me da de lado, sabe que el fuego se enciende pocas veces y hay que aprovecharlo.

—Vale, déjame pensarlo y te escribo con una cifra.

Una cifra es justo lo que necesito.

Si aguanto el ritmo de dos *meetings* clasificados diarios puedo tener la suma que me hace falta en dos meses.

No me queda más remedio que tener esa suma, porque no puedo acceder a la página de Laila. La última vez que lo intenté saltó un *banner:* «Sabemos lo que desea, para el siguiente paso escriba a xxxx.com». Escribí y me mandaron un pdf con las instrucciones completas: Laila siente lo mismo por mí, quiere conocerme, pero vive lejos —no se especificaba dónde—, necesita dinero para el viaje, los preparativos, la ropa.

Me concentro en los números. Mi corazón grita: ¡ganar, ganar, ganar!, y sé que lo voy a conseguir. El teléfono suena una y otra vez, pero no lo atiendo, no quiero que nada me distraiga.

De pronto una mano en el hombro interrumpe mi trance. Es Diana, me indica que la siga a su despacho.

—Blasco, ¿me lo puedes explicar?

De pronto, la estancia con su gran cristalera que da al jardín interior de la empresa y el olor a ambientador de lujo me resultan tan extraños como Diana. Miro todo como si no lo hubiera visto nunca mientras mi mujer sigue hablando, intentando no gritar, sin apenas conseguirlo.

—O sea, primero vacías las cuentas y ahora ingresas como si fuéramos a comprarnos un Porsche.

No acierto a decir nada, de pronto me maravilla que este cuerpo que está enfrente, por el que no siento más que una leve compasión, pertenezca a la persona con la que he pasado los últimos diez años de mi vida.

—Mira, me lo puedes decir o puedo hacer que rastreen el dinero. Como quieras.

Está sentada en su sillón de piel que elegimos juntos años atrás, cuando el futuro parecía un territorio luminoso, lleno de aventuras y sorpresas.

Mentalmente repaso las mentiras que puedo contar. Estoy a

punto de decir que soy adicto al juego, al póquer, algo honroso. Pero digo:

—Estoy enganchado a una *web* porno. Me he enamorado.

Diana me mira con más sorpresa que enfado y me dice que vuelva a mi puesto y que ya hablaremos más tarde.

Pero por la noche no me dirige la palabra. Se come un sándwich frente al televisor y se va a dormir.

Mientras mi mujer se lanza al regazo de los somníferos yo no me atrevo a meterme en la cama. Deambulo por la casa, del salón al estudio sin dejar de chequear el teléfono. xxxx.com me ha notificado que Laila ha tenido un percance menor y que necesita cierta suma que yo no puedo ingresar porque, después de nuestra conversación de esta mañana, Diana ha bloqueado las cuentas.

Sin dinero no hay mensajes.

Masco mi rabia contra los administradores de la página y me preparo un café tras otro, no quiero dormir por si Laila me escribe. Estoy seguro de que va a sortear la seguridad de la empresa y se va a poner en contacto conmigo.

Diana se despierta casi alegre. Hace tostadas para los dos y se toma las suyas tranquilamente mientras lee las noticias en la *tablet*.

En el trayecto al trabajo tampoco habla, algún comentario sobre la nueva revisión del crédito por parte del banco central, sobre cómo eso podía afectar a nuestras inversiones —cuando dice *nuestras* se refiere a las de la empresa—, lo habitual.

Cancelo los dos *meetings* clasificados de la mañana. No me veo con fuerza para enfrentarme a los llantos de nadie. Enciendo mi ordenador y hago como que trabajo mientras mentalmente repaso los cálculos que había ido madurando en la última semana. Algo no encaja, no entiendo muy bien cómo he podido creer que podía ganar dinero suficiente para Laila y para mí en tan corto plazo.

Me intento aferrar a su recuerdo para no perder pie, porque empiezo a tener la sensación de que el piso se tambalea debajo de mí y de que voy a caer por una especie de abismo. Pero su piel resplandeciente cada vez brilla menos y sus ojos negros fijos y absolutos empiezan a parecer menos oscuros, con algún

matiz marrón, quizá, con algún destello impropio de los dieciséis años que se supone que tiene.

Debería arrodillarme a los pies de mi mujer por no denunciarme por pederastia, no solicitar el divorcio e impedir que me echen del trabajo. Pero en lugar de eso me quedo mirándola como un tonto, incapaz de ningún gesto.

Diana no se sorprende. A esas alturas no debe esperar mucho de mí. Solo dice:

—Lo vamos a superar. No es más que un bache, le pasa a las mejores parejas. Te vamos a buscar ayuda.

Cenamos en silencio una ensalada y unas tostas con salmón. Y así empieza lo que Diana bautiza como nuestra «nueva vida». Esta nueva vida, según voy descubriendo los días siguientes, va a ser «muy afortunada» porque «esta crisis nos va a permitir mejorar» y, para celebrar nuestra buena suerte, Diana concierta una cita con la clínica de reproducción asistida y yo digo que es una gran idea, que es justo lo que necesitamos.

Angélica, Carlos, Diana y María

«¿Qué estoy haciendo?». Es lo único que me viene a la mente desde el día en que Carlos me abrazó en el borde de la cornisa y me quedé callada mirándole mientras él esperaba una respuesta y solo dije: «Aparta, por favor, me dan pánico las alturas». «Qué estoy haciendo», es lo único que puedo pensar cuando miro el cuaderno de Hester, que ya nunca saco de mi bolso.

Sé que Carlos aún espera esa respuesta, es muy tozudo. Pero es como si en mi interior solo hubiera un silencio en el que no hay razones, solo la visión de la vida como un gran puzle que hubiera que resolver, pero para el que me faltan las piezas apropiadas. Tengo piezas, pero no parecen encajar en ningún sitio. Así que me centro en el caso de la pareja 1156 y espero que de alguna manera, concentrándome en lo que sí sé hacer, las cosas retomen su antigua armonía.

Hoy es su cuarto intento.

Al principio, Diana, la mujer, dijo que prefería un varón. No es raro entre las madres, creen, supongo, que los hombres tienen menos problemas. Tras el segundo intento no volvió a comentar nada. Ahora le bastaría con que funcionase.

—¿Ves, Diana? No ha dolido nada —le dice Lisa, nada más hacer la punción.

Ella trata de sonreír. Me da un poco de lástima, se la ve desmejorada, aunque trata de ocultar su cansancio con su pelo perfecto, castaño con reflejos dorados, y su colorete color melocotón.

El marido no habla mucho, se limita a agarrar la mano de la esposa. Está totalmente entregado al destino.

No podemos decirles nada, nos lo prohíbe el Manual de Buenas Prácticas de la empresa, pero su caso es de los más complicados. Ambos pasan de los cuarenta y no han querido aceptar donación de semen. Así que el material de partida es de lo peor.

Durante estos últimos cuatro meses, Lisa y yo hemos ido

viendo cómo pasaban de una emoción a otra sin poder hacer mucho. Nuestra función, esto nos lo dejan siempre muy claro en el *training* y en el Manual, es acompañar en el proceso con frases «positivas y esperanzadoras». La directiva está convencida de que el ambiente depresivo hace que bajen los porcentajes de éxito. Esto, por supuesto, no hay ningún estudio que lo respalde. Pero ¿qué mal puede hacer?

La pareja 1156 ha pasado por todas las fases.

Al primer intento vinieron esperanzados.

—Llevamos dos días sin pegar ojo —dijo ella.

Tenían ambos una gran sonrisa, como la de las parejas que empiezan a salir. Él refunfuñó un poco y añadió:

—¿No hay quien lo entienda, verdad? Me da igual no dormir, con lo que yo he sido.

Cuando llegaron para el tercer intento todavía tenían la moral bastante alta.

—Tres intentos a nuestra edad ¿es normal, verdad? —preguntó ella.

—Claro, claro —dijo Lisa, que tenía mucha más facilidad que yo en estas situaciones—. Totalmente normal.

—En nuestra zona hay tres parques infantiles —dijo él mientras procedíamos a la inseminación—. Y no me había fijado nunca. Es increíble.

Lisa y yo asentimos en señal de que sí, de que era increíble. Y a mí me dio una punzada de angustia porque veía que ya estaban construyendo una vida entera que posiblemente no iban a tener.

Seguramente ella ya había pensado en la guardería para el niño, incluso en alguien que lo cuidase cuando ellos tuvieran algún compromiso. Era posible que, en su caso, siendo una persona que se dedica a la gestión, ya tuviera pensado un plan económico, una cuenta aparte para cuando el niño fuera a la universidad, quizá incluso un cambio de residencia, porque su apartamento —vivían en el centro, en una zona no gentrificada — no era muy apto para niños.

A partir de aquel momento, el marido dejó de hablar. Se limitaba a agarrarle la mano a Diana y desplegar una sonrisa que trataba de ser reconfortante. Su resistencia de los primeros

días estaba totalmente vencida.

Aunque trataba de disimularlo en las primeras sesiones, no podía evitar distraerse. Varias veces lo había pillado mirando de reojo a Lisa e incluso un día fijándose en mis caderas.

Pero estos signos habían desaparecido por completo. Incluso su aspecto había cambiado, la mirada ya no tenía ese brillo duro, como de roca. Se diría que incluso había engordado un poco. Su cuerpo se había adaptado al ritmo de la espera.

Tal y como estaban los dos: dispuestos a vivir su «proyecto de paternidad», según sus propias palabras, parece bastante probable que cuando constatemos el cuarto fracaso acepten por fin el semen de donante y pudiera ser que con eso y la perspectiva de la primavera asomando —en marzo siempre mejora la estadística— lográsemos algo.

Carlos viene a casa, le he dicho que estaba muy cansada con el caso de la pareja 1156, pero en lugar de dejarme descansar ha insistido en venir a hacerme compañía.

Pedimos comida india.

—Es el preludio del sexo picante —dice, medio en broma medio en serio.

Son el tipo de frases suyas que me encantaban al principio, frases que pueden hacer que nuestra vida parezca una gran aventura, pero luego, a fuerza de repetirlas, se apague lentamente, convirtiéndose en una vida como tantas otras, como la de la chica de un anuncio que acabas de ver.

«¿Qué estás haciendo?». Me pregunto a mí misma de nuevo. Mientras no acierto a pronunciar más que un:

—Ok.

Que no quiere decir nada y eso es lo peor que se puede hacer. No querer decir nada.

Comemos en silencio. Carlos ha insistido en que nos sentemos a la mesa del comedor, en lugar de en el sofá, como de costumbre. Así que hemos trasvasado la comida a los platos: el arroz en uno llano grande, el cordero al curry en una fuente, el *baba ganoush* en un cuenco y la ensalada *raita* en otro.

Carlos devora el cordero y el arroz mientras que yo me dedico a untar un poco de *baba ganoush*. La comida india me sabe a estopa, no es que haya comido alguna vez estopa, pero imagino este mismo tacto en el paladar, áspero y seco.

—Eres lo mejor que me ha pasado —dice Carlos.

Me mira a los ojos y levanta la copa de vino blanco, que es el recomendado para la comida india, al parecer.

Yo le miro y me digo que esto es lo contrario de mi idea de descanso, y de pronto me viene a la mente una noche de viernes que quedamos con sus colegas en una coctelería a la que suelen ir al salir del trabajo. Es un sitio iluminado en tonos metálicos: naranjas y azules, con una barra ribeteada por un fluorescente azulado y sillones de terciopelo rojo. Al principio

parece que es una horterada de garito, pero cuando vas por el segundo cóctel le empiezas a encontrar el sentido.

—Esta es mi chica guapa —les dijo a sus amigos al presentarme—. Y además es lista. ¿Soy o no soy un tío con suerte? Vamos, ni Jennifer Lawrence.

Sus compañeros se rieron. Estaban acostumbrados al tono de media ironía de Carlos que resultaba siempre jovial. Luego hablamos de finanzas internacionales.

Elucubraban que podía avecinarse otra crisis gorda y el asunto, por su modo de reírse, parecía hacerles sentir bien. No estaba claro si lo que les motivaba era que pudiera haber otra crisis o que ellos pudieran vaticinarla, o, tal vez, lo que les excitaba era que el orden económico mundial estuviera fastidiado sin remedio.

Yo observaba sus dientes blancos, escuchaba sus risas que parecían sincronizadas y me daba cuenta de que a pesar de todo su cinismo tenían un sentimiento de pertenencia que yo desconocía por completo.

Esa noche deseé ser la persona que Carlos estaba describiendo, su Jennifer Lawrence particular, y por un instante creo que logré convertirme en esa persona, comportarme como ella debería comportarse, ser contundente pero ligera.

Me llevo la copa de vino a los labios y bebo esperando que se me ocurra alguna frase que lo arregle todo. Pero en mi conciencia solo escucho ese runrún: «¿Qué estás haciendo?». Trago. El líquido sabe a cereza, a manzana, a madera, a todo menos a vino, y sonrío.

Desde la noche de la comida india no hemos hecho otra cosa que vagar por la ciudad. La gente charla en las terrazas. Las estufas de gas permiten estar fuera, porque el frío ya ha cedido. Hay una muchedumbre creciente que camina con bolsas de la compra, van muy decididos, como si tuvieran un objetivo muy importante que cumplir. Es el nuevo espíritu de la primavera.

Hemos vuelto de nuevo a mi casa. Antes, cuando el entusiasmo de Carlos por cumplir todos los planes que

proponían los suplementos del domingo era suficiente para los dos, íbamos al cine, a comer *cake* a los locales de moda.

Nos metemos en la cama e intentamos follar. Nos acariciamos, nos acercamos el uno al otro tratando de repetir los gestos que hasta ahora nos han funcionado.

—No sé qué me pasa —dice Carlos, apartándose un poco de mí.

Desde hace varios días no se le levanta.

Lo masturbo y reacciona un poco, me subo encima de él sin bragas y con camiseta. Eso le volvía loco. Nada.

Dice que se siente mal. Saca un cigarro y se lo fuma en la ventana. Aunque echa el humo fuera, se cuela un poco y me tapo con el edredón para no respirarlo.

Vuelve a la cama y me abraza.

—No te preocupes —le digo—. Le pasa a todo el mundo.

Él parece no escucharme, se queda callado un instante y de pronto dice:

—Vale.

—¿Vale?

—Mañana voy a la clínica a donar.

Le había insistido mucho al principio con el tema de la donación. Nunca nos sobran los donantes de calidad, pero no me había vuelto a acordar. ¿Por qué ahora eso, de repente?

A las once de la mañana recibo un mensaje suyo: «Ya está, tres tarros llenos, para tus clientas VIP». Adjunta una foto con los tubos de ensayo etiquetados y listos para congelar.

Lisa y yo estamos preparando la reunión con la pareja 1156. Se supone que en situaciones como esta tenemos que ser «sinceras, pero siempre dejar opciones abiertas». Así que habrá que hablarles del siguiente paso, la donación de semen externo o, casi mejor, la donación de embriones. Nos queda por delante un mal trago y necesito toda mi concentración.

Pero ya he abierto el mensaje y Carlos estará esperando una respuesta, así que contesto con un emoticono sonriente. Me arrepiento al instante, pienso en borrarlo, pero eso sería peor. Así que lo dejo estar.

Hoy la clínica huele especialmente a asepsia. Cada noche, el personal de limpieza desinfecta a fondo y, para disimular el olor, tenemos un ambientador que se distribuye por el circuito de aire. El resultado es este hedor, como de rata perfumada, que cada día se me hace más insoportable. La gente piensa que un sitio totalmente higienizado huele bien, pero es justo lo contrario, huele a muerte.

Hay mañanas, como esta, en que me dan ganas de ponerme una mascarilla. Solo la presencia de Lisa me alivia. Su cuerpo, que siempre desprende un olor levemente dulce y fresco, parece limpiar el aire.

Debatimos las opciones, hacemos una lista y decidimos que vamos a ir directamente a la propuesta de los embriones. Pactamos que Lisa les da las malas noticias, les consuela y les ofrece la salida. Va a haber resistencia y ahí es donde entro yo, no queda más remedio, a convencerles de que «estamos totalmente implicadas con su proyecto de paternidad» y de que «los resultados con embriones donados son mucho más esperanzadores».

Diez minutos antes de la cita llegan los resultados del laboratorio. Para nuestra sorpresa, es positivo.

—Diana, estás embarazada.

Lisa no consigue disimular la emoción en la voz al darles la noticia.

No se lo esperaban, él había llegado con la mirada baja, como las reses que van al matadero, ella no paraba de darle vueltas a su anillo de casada, intentando reprimir las lágrimas.

Les explicamos que hay que hacer una eco para comprobar el resultado. Asienten. Ambos se mueven despacio, como si hubieran recibido un impacto y el cuerpo no respondiera bien.

Colocamos a Diana el dispositivo intravaginal y ahí está, «bum, bum», el sonido del cambio. El marido mira el monitor desconcertado mientras se aferra a la mano de su esposa. Esta vez es ella quien lo sostiene.

Los datos de la eco son inesperados. El embrión es más grande de lo que debería. Miro a Lisa, que ya se ha dado cuenta. La pareja está embobada con el sonido y la imagen que arroja el monitor: ya se puede distinguir la cabeza, el tronco y las pequeñas extremidades.

Con la excusa de darles un momento de privacidad me llevo a Lisa al descansillo que precede a la consulta.

—¿Es una malformación? —pregunta. Está convencida de que yo siempre tengo respuestas.

—Espera —respondo—, revisa otra vez.

Repasamos los análisis y el resultado de la eco que hemos impreso. No parece haber rastro de malformación. Entonces caigo en la cuenta.

—No es del marido.

—¿Qué? —dice Lisa—. Pero…

—Mira, está muy claro, la inseminación fue hace cinco semanas ¿verdad?

—Sí.

—Pero los datos son coherentes con un embrión de nueve semanas.

—Pero puede ser del marido, o sea, podría ser que ellos, de manera natural…

—Revisa los datos del semen del marido.

—Vale, no es suyo.

Volvemos a la sala y le comunicamos a la mujer que hay que hacerle una última prueba para asegurarnos.

Ella sonríe intentando disimular el temor. Se nota que es lo que hace en circunstancias adversas. Esa sonrisa es, probablemente, el arma que mejor le sirve en su trabajo, está acostumbrada a mandar y dar noticias desagradables. Su marido, sin embargo, es inmune a sus encantos. Los maridos se inmunizan, lo he visto ya muchas veces. Es una manera de sobrevivir, supongo.

Le explicamos que tiene que ir sola, que hay que usar un poco de radiación, no es peligroso pero no es conveniente que haya otras personas. Es uno de los trucos que tenemos cuando hay que separar a las parejas.

Ella está tan ida que no pregunta si quiera qué tipo de prueba le vamos a hacer. Nos la llevamos a una de las salas de reuniones.

—Siéntate, Diana —le digo.

Accede sin rechistar.

—Verás, estás embarazada pero, por el desarrollo del embrión, el embarazo es anterior a la implantación. ¿Es posible que se pueda haber producido por causas naturales?

Lisa se ha situado a mi lado, pero en segundo plano, para no intimidarla. Diana me mira primero a mí y luego a Lisa, pero su mirada es inexpresiva. Seguramente sigue conmocionada. Al cabo de unos segundos, dice:

—Es posible.

No tengo claro que me haya entendido, así que insisto. Ella empieza a juguetear de nuevo con su anillo, como si hiciera un conjuro, y tengo la sensación de que su mente está muy lejos de la sala.

—Diana, lo que quiero decir es que tu embrión seguramente no ha sido producido en la clínica.

En ese momento sube la mirada, que dirige primero a Lisa y luego a mí. Le hago un gesto a Lisa para que siga ella, porque no tengo claro que me esté entendiendo.

—La probabilidad de que sea de tu marido —dice mi compañera intentando poner una voz absolutamente neutra, como quien dice «dos y dos son cuatro»—, teniendo en cuenta

la calidad de su semen sin tratar, es casi nula. Siempre podemos hacer una prueba genética para comprobarlo, claro.

Es un truco que nos enseñan al entrar en La Planta: «Hay que comunicar toda la información con el mismo tono que si estuvierais recitando la tabla de multiplicar».

Diana nos mira a las dos de nuevo, pero se detiene en Lisa, está claro que la ha elegido a ella como interlocutora.

—No será necesario. Gracias por informarme —responde. La voz totalmente serena.

Volvemos a la consulta donde el marido está esperando. Se abrazan.

—No ha dolido nada —dice ella.

De camino a casa no dejo de darle vueltas a lo que ha sucedido en la clínica. El vagón de metro va hasta los topes. Con la tensión de la mañana se me ha olvidado que es mejor esperar hasta las siete, aunque suponga llegar tardísimo. Vamos tan apretados que es imposible no tocarse.

Me acuerdo del cuaderno y me entra el pánico. Me coloco el bolso contra el pecho y, a duras penas, tengo que sortear el brazo de un adolescente que lleva cascos y no se mueve, consigo meter la mano y tocar las tapas.

Carlos viene a cenar. Ha insistido y, a pesar de que estoy agotada, no he sabido decir que no.

—Mira, Angélica —dice nada más llegar, mientras estoy llenando dos copas de vino con la esperanza de que el alcohol facilite las cosas—, están los que tienen y los que quieren tener, la vida es muy sencilla.

Es una vieja cantinela, pero hoy tiene un tono aleccionador que me hace sospechar que algo no va bien.

Casi sin tocar la copa se acerca a mí y me intenta quitar la blusa bruscamente. Me rompe dos botones. Actúa como si estuviéramos en una escena de sexo de película, en la que los amantes siempre tienen una actitud inexplicablemente violenta, como si quisieran matarse.

Trato de reaccionar, pero mi cerebro está como dormido. Carlos me rompe las medias y me penetra. No ha dado ni dos empelladas cuando su polla se queda flácida.

Su cara se ensombrece. El gesto envalentonado que tenía cuando llegó se ha borrado por completo. Creo que va a llorar, creo que va a pedir perdón. Le digo que se vaya.

Me quedo sentada en la cama mientras escucho el portazo. Me agacho para coger las medias rotas, que se habían quedado arrebujadas en el suelo, y me da un acceso de rabia por haber perdido un objeto que había resultado tan útil y duradero.

Entonces me doy cuenta de que tengo el semen de mi novio congelado en un tarro en mi trabajo y de que probablemente

su polla no se vuelva a levantar. Luego mi mente regresa a la pareja 1156, nuestro único éxito en los últimos meses, cuya causa es desconocida. Creo que todas estas cosas juntas significan algo, pero no sé muy bien qué.

Tal vez Hume tenía razón y la ley de causalidad no es más que una fantasía que hemos imaginado para que la vida sea soportable, para no tener que estar cada segundo preguntándonos: ¿y ahora qué viene? Así que fingimos saber qué es lo que viene. Quizá la jefa de zona no sea estúpida después de todo, tal vez ella esté en un estadio superior de evolución, uno en el que ya no existe la ciencia, ni siquiera como posibilidad. Solo existe el beneficio creciente o decreciente.

Me ducho. Pongo sábanas limpias en la cama y antes de apagar la lamparita de la mesilla de noche escribo en el cuaderno de Hester:

«Pareja 1156. 42. *Uncertain*».

Desde que lo dejé con Carlos hace quince días mi única compañía ha sido el cuaderno de Hester.

Sus tapas están cada vez más arrugadas porque lo llevo conmigo a todas partes. Por la mañana me lo echo en el bolso y en cuanto llego al despacho lo dejo en el primer cajón del escritorio, para tenerlo más cerca. Cada vez que puedo mando a Lisa a hacer alguna cosa fuera —preguntar por una cita que no recordamos o ir a por una botella de agua—, saco el cuaderno y lo ojeo un poco. Las letras en relieve de la portada con el lema de la clínica, «La Planta, la fábrica de la felicidad», van perdiendo su brillo.

Por las noches, al entrar en casa, lo saco y, si se ha resuelto algún caso, lo anoto. Se ha convertido en mi ritual nocturno. Me pongo una copa de vino blanco, un poco de queso —no me gusta comer mucho por las noches—, lo abro y lo repaso. Desde el suceso de Diana no ha habido ningún positivo.

Las hojas interiores en las que están las anotaciones empiezan a amarillear y muchas noches pienso que sería razonable hacer una copia electrónica del contenido, pero me da miedo poner nada en el ordenador. En las noticias no paran de salir casos de pirateo informático, parece que cualquiera puede acceder al contenido de tu disco duro. El objetivo de los jaqueos suele ser conseguir las contraseñas de las cuentas bancarias, pero quién sabe.

Quizá porque hace quince días de lo de Carlos o quizá porque ayer me pasé con el vino, esta mañana tengo la sensación de que las cosas funcionan de una manera diferente. He leído que eso le ocurre a veces a la gente cuando su vida está a punto de sufrir un cambio brusco, como si de algún modo lo presintieran. Aunque también podría ser la resaca. Anoche me pasé un poco con el vino.

Tenemos inseminación con una clienta VIP, su empresa

costea el tratamiento. En cuanto entra por la puerta, dice:

—Hola, buenos días, soy María Lebrel.

Tiene una determinación extraña, como si viniera a depilarse o a teñirse el pelo.

Le indicamos que se siente y le explicamos el proceso. Nos escucha atenta pero con cierto gesto de impaciencia.

Iniciamos el procedimiento.

Lisa trae los tubos de ensayo con el semen del donante y nada más verlos me asalta la sensación de que algo se está precipitando o yendo demasiado despacio, como si nuestros movimientos se hubieran desacompasado con el tiempo. Cojo los tubos e intento sacudirme el sentimiento. La concentración es muy importante en estos momentos.

Al sacar el contenido del primer tubo con la jeringuilla me doy cuenta. Es el semen de Carlos. Memorizo el código y continúo. Mis movimientos me parecen cada vez más lentos, empiezo a sudar por la frente y por el pecho. Temo que María se dé cuenta de que hay algo extraño. La miro y le sonrío —siempre nos dicen que esto es conveniente en este momento—. Pero ella está totalmente ajena, su rostro, a pesar de las molestias que tiene que estar padeciendo, no muestra el mínimo gesto de malestar.

Lisa se encarga de que el procedimiento sea impecable, sus ojos se mueven rápidamente, de los tubos a la jeringa, del monitor con el que controlamos las constantes vitales de María a mis manos. Tampoco ella parece notar nada.

Cuando terminamos, se viste y pregunta:

—¿Qué probabilidades tengo con el primer *shot*?

En su voz se nota la misma determinación que tenía al entrar.

—Depende de muchos factores, pero en tu caso hay buenas opciones al contar con óvulos congelados y con semen de muy buena calidad.

Mi respuesta no parece convencerla del todo. Frunce un poco el ceño como si estuviera haciendo un cálculo muy complejo y dice:

—¿Y cuándo sabré si ha funcionado?

—Lo razonable es esperar un mínimo de cuatro semanas.

Cuando salgas, la secretaria te dará la siguiente cita.

«Cuatro semanas», masculla, y su rostro se oscurece con un gesto de decepción. Parece que es del tipo de persona que cuando quiere algo, lo quiere ya. Habrían hecho buena pareja, Carlos y ella.

Cierra la puerta tras de sí con la misma firmeza que ha demostrado durante todo el procedimiento. En cuanto desaparece, Lisa me lanza una mirada cómplice. A veces se me olvida lo aguda que es.

Cuando llego a casa chequeo el mensaje de Carlos, efectivamente era su semen. Vacilo durante un segundo sin saber muy bien qué hacer y luego saco el cuaderno y lo pongo en la mesa.

«Hoy mejor no beber», me digo. Empiezo a ojearlo como hago siempre. Lo he revisado ya tantas veces que hay páginas que me sé casi de memoria. Aun así, vuelvo a contar los fracasos, los éxitos.

Cojo una hoja tamaño A3 y empiezo a dibujar la estadística general por meses. El número de inseminaciones en verde, el número de fallos en rojo, el número de aciertos en azul. De nuevo obtengo ese baile de curvas que se van alejando: la verde y la roja crecientes, la azul decreciente. Lo miro durante unos instantes mientras abro una botella. «Qué mal puede hacerme una copa», me digo.

Apuro el vino mientras observo la hoja y me voy haciendo consciente de los ruidos de la calle, coches que paran en el semáforo que queda debajo del edificio y vuelven a arrancar, un claxon, la música tecno de un conductor que lleva la ventanilla abierta. Decidí vivir en Zona Tres porque era lo que me podía permitir, pero también por el silencio. Hubiera podido encontrar algo más pequeño en la Zona Cuatro, con la condición de que estuviera cerca de alguna de las circunvalaciones y, con ello, ese ruido constante, de motor que nunca para. Al menos aquí de noche el tráfico aminora el ritmo y casi te puedes olvidar de él.

Rompo la hoja A3 y distribuyo los pedazos entre mi basura de papel y la normal. Una medida de seguridad, seguramente

inane, pero que me hace sentir mejor.

Hasta hoy he dibujado innumerables gráficas: el porcentaje de éxitos entre mujeres solteras mayores, mujeres solteras jóvenes, parejas jóvenes, parejas con esposa joven y marido… Todas, sin excepción, me han dado una curva descendente de éxitos.

No sé por qué sigo haciendo los gráficos ni qué espero encontrar. Algo que no está en los números, creo. Quizá busco un sentido a todo esto, a esta curva descendente que es la realidad, o quizá solo quiero encontrarme con Hester, notar, aunque sea unos instantes, que hay alguien al otro lado.

Carlos

Ayer fui al *coach*. Es un tío desagradable de verdad. Con un bigote hortera, no como esos que se llevan ahora, que solo quieren parecer horteras y gays pero no son ni lo uno ni lo otro. No, el suyo es como un mal viaje a los años cincuenta. Da miedo.

Y hay que ver cómo se movía por el salón de la casa —joder, pero quién trata de hacerte de *coach* en el salón de su casa—, como si fuera el rey de Roma. Estaba peor que yo. Y luego ese rollo de que sientas la energía fluyendo a través de ti, de que escuches a tu ser interior.

Me dio un folleto que guardé en el bolsillo del abrigo pensando en deshacerme de él en cuanto saliera del portal. Pero al final se me olvidó. Estaba loco por pirarme.

Cuando me levanto, el folleto está tirado en la cocina. Ni idea de cómo ha llegado hasta aquí. Tengo tanta resaca que solo puedo tomar agua. Qué buena está. A veces lo más insípido es lo mejor.

«Hoy es el primer día del resto de tu vida. ¿Quién quieres ser? ¿Qué tienes que hacer para conseguirlo? Empieza ahora». Las frases se me agolpan en la cabeza. Es lo que el grupo del *coach* ha repetido al final de la sesión. Lo dicen muy serios, todos como mirando al infinito. Ayer me pareció una estupidez, pero ahora pienso que no está tan mal el lema.

Mis problemas en este momento tienen más que ver con el pasado que con el futuro: ¿Dónde estuve ayer? La noche se vuelve borrosa a partir de las tres de la mañana. ¿Volví solo a casa? ¿Abrí la puerta? No consigo recordarlo. Bueno, ¿qué más da? Lo pasado, pasado, ¿no? ¿No es eso de lo que se trata? *Get over it.*

Supéralo.

Haz lo que tengas que hacer, pero supéralo.

Eso no lo decían, pero seguro que en cualquier otra sesión sale, ¿es de lo que se trata, no?

En un día como este llamaría a Diana, me gusta que venga cuando tengo resaca. Se sienta en el sofá a ver la tele conmigo y espera. Es ella la que me dijo que fuera al *coach*. Se preocupa por mí. Creo que si le dijera que abandonara a su marido, lo haría.

Nunca me he explicado qué hace Diana con Blasco, tan despabilada ella, dirigiendo el cotarro de las inversiones nacionales e internacionales, y él que es como un fantasma, el típico tío con el que puedes trabajar durante años y luego te lo encuentras en una fiesta y te suena, pero no sabes de qué.

Lo que haríamos sería meternos en la cama directamente. Diana tiene el cuerpo caliente. Huele bien, es muy cuidadosa con esas cosas, la ducha, el perfume. Por eso me gusta y por lo mismo nunca le diría que deje a su marido. Su perfume siempre se ha interpuesto.

Yo me dejaría hacer. La resaca me paraliza y ella lo sabe, así que se subiría encima de mí. Se correría y daría un gritito ahogado, un gritito que siempre me inquieta porque no se corresponde con lo que uno espera cuando la ve pavonearse por la oficina con su cargazo de jefa. Me acariciaría el pelo y se marcharía.

Pero no me atrevo a llamarla, porque no sé si voy a responder, así que me pido una pizza y me hundo en el sofá a ver series.

Cuando me despierto es de madrugada, a pesar de que hace fresco para ser abril estoy sudando como un pollo. Me cambio la camiseta e intento volver a dormir, pero no lo consigo.

Me doy una ducha mientras trato de recomponer las cosas. «Hoy es el primer día del resto de tu vida», me repito.

Vale, ¿y qué se supone que tengo que hacer?

—¿Cómo se escribe, señor?

Y ya estamos otra vez. Me dan ganas de gritarle: «Pues cómo va a ser».

Con hache y con y griega.

Hoy. Carlos Hoy.

Hubo un tiempo en que pensé en cambiármelo. ¿Quizá, «Oy»? ¿«Oi»? O un simple «Sánchez», pero no me decidí. Se

habría acabado enterando todo el mundo. Sólo pensar en lo pesada que se iba a poner mi hermana me daba una pereza espantosa. Que si no sé por qué siempre tienes que dar la nota. Que si eres un desconsiderado. Que si piensa el disgusto que le vas a dar a mamá. Como si a mi madre le importara. Al fin y al cabo no es su apellido, ¿no? Y luego la cantinela sentimental: que si deberías hablar con alguien, que si no estás bien, que si te portas así porque tienes conflictos sin resolver. No, definitivamente no valía la pena.

Relleno los papeles a toda prisa y salgo.

Siempre he odiado la burocracia. Ese interminable tráfico de datos de un sitio a otro, de un papel a otro, de un despacho a otro. Cuando pongo mi nombre en cualquier formulario, en cualquier carta oficial, me da la impresión de que se están llevando un trozo de mí. Pero este merece la pena, va a ser el golpe final que me va a sacar del hoyo, he contrastado todos los datos y no puede fallar.

La chica del mostrador me mira con un gesto que no sé identificar.

No está mal.

Es un poco artificiosa, tal vez por el bótox. Pero para una noche… Las administrativas funcionan bien para una noche. Luego empiezan a dar la tabarra con la decoración, la gastronomía, las finanzas internacionales. Como si supieran de qué están hablando.

Definitivamente no. No estoy para rollos.

Bueno, ya está hecho. El movimiento que me va a sacar del atolladero. Lo presiento.

Al salir de la oficina me vuelvo. Tiene un buen culo. Es verdad. Pero no merece la pena. Hoy no.

Podría ser peor si me apellidara Hoy No. Como el doctor Hoy No. Ya lo estoy haciendo otra vez. Reírme de mis propios chistes.

«¿Sabes cuál es tu problema?». Cómo le gusta a la gente decir eso. Y lo peor es que creen tener la respuesta. «Tu problema es que solo te sabes reír de tus propios chistes». Esa me dolió. Hay que reconocerlo. Me la soltó Angélica antes de dejarme.

No me dolió porque me ofendiese. No soy yo de los que se ofenden. No, dolió porque fue el último segundo de esperanza. Esa vocecilla diciéndome que si se enfadaba era porque le importaba. Pero no era eso, era solo que se había aburrido. «Eres un caso perdido», dijo. Y lo decía en serio.

Caso perdido, niño perdido, paraíso perdido. Todo depende del color con que se mire. Es el primer día del resto de mi vida. Esto se merece una celebración. Llamo a Mario.

El alcohol está bien si uno sabe lo que hace con él. A la quinta copa el universo cobra sentido. Sabes que es artificial. Sabes que es pasajero. Pero cobra sentido y ahí estás: en el paraíso perdido, niño perdido, objetos perdidos. Todo lo que se olvida, todo lo que se deja de vigilar, todo lo que por un instante deja de tener importancia y luego es clasificado, ordenado, descrito, numerado. Destruido. Tocado y hundido.

—Qué tonto te pones cuando bebes, Carlos. Vámonos de aquí.

Salimos por la calle de la Victoria. Cómo no.

Hubo otros en el pasado que vivieron y bebieron como nosotros, que cantaron victoria.

—Deja que te cuente la última —le digo.

Qué tontos debemos sonar, desde fuera, ahora. Todas las horas de biblioteca juntos, la bebida salvaje, la sensación de que el cielo estaba ahí. En la noche de la ciudad. Para nosotros.

—He hecho la mejor inversión —digo—, la he firmado esta mañana. No puede fallar.

—Claro —dice Mario—, a ti siempre te salen las cuentas.

—No me digas más. Lisa, la morena de rizos perfectos.

—La misma —dice el *coach*.

Qué cabrón, o sea que se ha enrollado con la de rizos. No iba a escoger a la rubia flaca.

Estoy odiándole por el morro que le echa cuando va el tío y se pone a llorar. Joder, a llorar, ¿pero no se supone que lo tiene todo controlado y esos rollos?

Claro que la culpa la tengo yo, por invitarle a seguir de copas. Los demás se han ido hace rato, por no dañar el equilibrio de la semana y todo eso. Pero yo soy débil, le he visto ese brillo en los ojos y he pensado: este se apunta a lo que sea. Lleva mucho rollo de tío sano y tal, que si la dieta baja en carbohidratos, que si el yoga antes de desayunar, pero se lo ha bebido todo. Los demás ni se enteran. Me jugaría el cuello a que ninguno ha llegado de empalmada al curro, no han *catao* ni los porros. Son los niños buenos, buenos para trabajar, buenos para ser los elegidos, buenos para ser rotos y recompuestos pieza a pieza.

Y aquí estamos. Cómo se ha puesto. Debe de hacer tiempo que no bebe y eso hace estragos: con la bebida hay que ser constante.

De embaucar a la gente sabe el tío, ahora, de bebida, yo le doy mil vueltas. La bebida es exigente, como una novia, si la dejas de lado te lo hace pagar. Vaya que sí. Lagrimones le corren. Y es que hay que reconocer que la de rizos está buena. No iba a escoger a la rubia flaca, ¿Elena, Malena? No consigo retener los nombres últimamente. Ese es otro de los motivos por los que me han degradado, supongo. Es que le miro a la cara al ricacho de turno y pienso: ¿Pepe Alcaraz?, ¿Mario Segurada?, ¿Antolín Pazos? Todos me suenan igual, los he visto ya veinte veces a cada uno, no veas si son pesados. Están al quite. Pero nada, no me viene. Y venga a decirles: nos sentiríamos muy honrados si, para lo que necesite…, pero no cuela, claro, tarde o temprano el tío se da cuenta de que no te

acuerdas de su nombre. Menudos son. Están acostumbrados a que nos sepamos el día de su cumpleaños, el aniversario de su boda y el nombre de su amante. Hasta a las putas con las que van las llamamos por su nombre, porque no son putas cualquiera, son putas de calidad.

Así que el Alcaraz o Segurada de turno se queja. No dice nada del nombre, claro. Dice algo como: «Siento que la comunicación no alcanza su cota óptima, creo que tienen ustedes alguien con quien encuentro más afinidad». Y así varios Alcaraz, o Segurada o Ladrón de Sé, hasta que te ves con el culo al aire.

—La vida es pura basura —le digo.

—No, Carlos, no, tú no puedes pensar así.

Se viene hacia mí y me abraza. Está tan puesto que me babea un poco la americana. Me la tenía que haber cambiado antes de ir a la sesión, solo me faltaba ir con la chaqueta llena de manchas. De marca, sí, pero con manchas. «No os vamos a decir cómo os tenéis que vestir». La directora de recursos humanos que conducía el cursillo de «acogida a la comunidad de Investment for Life» tenía una voz amable, una voz con sonrisa. «Solo queremos que penséis en qué imagen queréis ofrecer al cliente. Pensad como si vosotros mismos fuerais los clientes, qué os gustaría ver, y a partir de ahí, con libertad. Queremos que os sintáis a gusto con cada parte del proceso, desde lo que vestís al tipo de horario en el que desarrolláis los proyectos, queremos que Investment sea vuestra casa». Y así fue como terminamos todos los nuevos gastándonos nuestros tres primeros sueldos en ropa de marca con la que sentirnos «cómodos y nosotros mismos», educados, con sonrisa al hablar, y camisas con las que se podría alimentar a una familia.

Intento apartarlo un poco para ver si consigo que no me arruine del todo la americana, pero se resiste.

—Todo tiene un sentido —repite—. Está ahí, solo hace falta saber escuchar.

No le digo ni que sí ni que no. Me lo quito de encima y pido otra copa. Estamos en el punto de no retorno. Él no lo sabe porque ha perdido la costumbre, pero yo sí.

—Claro —le digo al fin—, todo tiene sentido y con este

güisqui lo vamos a encontrar.

He flirteado con otras bebidas, *gin-tonics* y esas mierdas, pero al final hay que volver a lo esencial, no se puede jugar al azar con esto, lo que es, es lo que es. A partir de la copa justa todo da igual, la de los rizos, la recombinación genética, las palmadas en la espalda del jefe al resto de empleados, la certeza de que hemos perdido.

—Se ha ido con una tía, joder.

—¿Quién? —digo.

—Lisa, Lisa, quién va a ser.

Ah, joder, la de los rizos. Me parece de ciencia ficción que todavía se acuerde de ella con lo que se ha metido. Le doy una palmadita en el hombro, parece que se le pasa. No es buen momento para andar lamentándose. Estamos en el antro-bar de las seis de la mañana. Desde que decidieron que los locales tenían que cerrar a las dos, hemos llegado a esto: el local semiclandestino en el sótano de una supuesta asociación musical. Huele a húmedo, a pies y todo el mundo fuma. Total, ya puestos a saltarse la normativa, una más o una menos da lo mismo. Si estuviéramos en nuestros cabales saldríamos de aquí cagando leches.

—¿Con una tía? —le pregunto en cuanto se repone—. ¿O sea, te ha dejado por una tía?

—No, no me ha dejado, está conmigo, pero también se acuesta con ella.

Vaya con la morena, eso sí que no me lo esperaba. Llegados a este punto no sé muy bien qué decirle. Hay un tipejo que anda rondándonos, creo que vende coca, aunque podría ser otra cosa. Es un poco bizco. De los que no tenían nada que hacer desde el principio. No le iban a contratar ni con todos los másteres del mundo, así que tiró por el camino del medio. Bien por él.

Vuelvo con medio gramo, agarro al *coach* por el brazo. Aspira que se las pela, el tío. Al segundo tiro parece que vuelve en sí.

—Vamos —me dice.

Quiere guerra. Está más que pasado de vueltas. Mira que yo voy mal, pero lo suyo es más grave. Lo ha cogido con ganas.

Volvemos a la pista de baile. No se me da bien parar a nadie. Normalmente es al revés, así que el papel me queda grande. Con la lucidez artificial que me da el último tiro decido ir a ver qué hace.

La pista está llena de zombis. Hay varios hombres de poco más de cuarenta. Me apuesto a que la mitad tienen mujer, hijos, y así andan, arriesgándolo todo. Los otros no han acabado de entrar en el juego. A todos les falla algo, son muy altos o muy bajos o tienen una nariz gorda y desagradable, o algo peor, que no se aprecia a simple vista, y aquí están, quemando las últimas esperanzas. Me dan ganas de abrazarlos y de decirles: «Hermano». Mujeres hay menos. Ellas se dan por vencidas antes, vuelven al helado de chocolate, a la leche con magdalenas, a la fotodepilación, a la colorterapia.

Una se le acerca. Incluso *acabao* tiene imán, el tío. Y el caso es que no hace nada. Solo se queda ahí, mirando.

Estoy ya con un pie en la calle cuando se acerca con ella. Parece una chica agradable, de las que han llevado *brackets* en la adolescencia y andan siempre como pidiendo perdón. Ella me sonríe y se me pega un poco. El *coach* ha desaparecido y por un segundo pienso que le ha dado un pasmo. No sería raro, con la falta de costumbre y todo lo que se ha metido. Pero no, había ido a ponerse otro tiro, vuelve con los ojos brillantes y húmedos.

—Qué te parece —me grita al oído.

La música está muy alta, la han ido subiendo a medida que se acercaba la madrugada. Venderán más copas así, supongo, con la excitación.

—Bien —le digo.

—Entonces, ¿vamos?

—¿A dónde?

—A mi casa, bueno, o a la tuya, si quieres.

El perro viejo. Eso era lo que quería. Y yo pensando que lo había calado, que me lo estaba llevando a mi terreno.

La muchacha de los *brackets,* Alicia, Belén o algo semejante, resulta más ducha de lo que hubiera creído. También le da a la coca. Terminamos en su casa. Nos pone a cada uno a un lado, nos agarra la polla. Cierra los ojos, se nota que le gusta. Yo

intento no pensar, miro al techo, que tiene unas estrellas luminiscentes pegadas. Quizá de su hijo, que estará con su padre de fin de semana, porque el padre encontró otra cosa que llevarse a la boca en vez de su flaca y tímida esposa, así que ella ahora tiene los fines de semana libres para «crecer personalmente» y hacer las cosas que no pudo hacer porque su anterior relación le cortaba la posibilidad de encontrar su verdadero ser. Desde luego, viendo el empeño que le pone, parece que sí, que ahora está en su ser.

Aunque no vuelvo la cara, noto cómo el *coach* me mira de reojo, el pecho y luego la polla, no sé si le gusta o es solo curiosidad. Trato de concentrarme, pero no me empalmo. La chica de los *brackets* se cansa al cabo de un rato y se centra en el *coach*. Se sube encima de él, cierra los ojos y empieza a jadear, él también jadea, pero no cierra los ojos, de hecho me sigue con la mirada mientras me levanto, la polla totalmente fláccida, y doy tumbos por la habitación buscando mi ropa. Me hace un gesto con la mano para que vuelva a la fiesta.

Dudo entre salir corriendo desnudo de allí o acercarme y al final me acerco. Yo tampoco me puedo resistir a esos ojos penetrantes y fijos. Me acaricia la polla y me dejo hacer, me la agarra y me dejo hacer. Al principio siento un leve temblor en los testículos, como si algo quisiera despertar, pero se queda en humo.

Me aparto mientras Alicia o Esther se mueve sobre él con ritmo cada vez más rápido y empieza a gemir. Si el exmarido supiera lo que se está perdiendo, volvería arrepentido.

La ropa está tirada en la sala de estar, mezclada una con otra, ¿nos desnudamos unos a otros, nos hemos besado o tocado antes de llegar a esa cama? Me enfundo los pantalones, cojo lo demás y salgo escopetado.

La luz de la mañana es totalmente blanca, como si fuera el primer día de la Tierra. La calle huele a café de máquina de los bares que empiezan a abrir sus puertas y los camareros tienen ese rictus que se te queda cuando sabes que has tirado tu vida por la borda.

«Hay una parte de ti que está perdida en el cosmos. No es culpa tuya. Las cosas pasan. Tus células epiteliales se pierden. Tus recuerdos se desvanecen. Tus deseos de los siete años flotan en el espacio. Y eso te está matando. Todos los fragmentos que has dejado atrás. No es culpa tuya, pero tienes que recuperarlos. Te parece una locura. Pero ya empiezas a sentir cómo vuelven: el camión naranja con remolque con el que jugabas cuanto tenías cinco años, la bicicleta BH que no querías dejar a nadie porque estaba reluciente y tenías miedo de que se manchara. Detente en eso. Por qué tenías miedo. Qué le iba a pasar a la bicicleta. Pero tú no querías que se ensuciase y estabas todo el día preocupado de que no perdiera su brillo hasta que te olvidaste. ¿Cómo podías querer tanto aquella bicicleta y luego olvidarte? ¿Qué estás pasando por alto? Hay algo importante que has lanzado al universo como si no fuera tuyo. ¿Lo ves? Céntrate en eso».

Vamos, y así un buen rato. El grupo está entregado, pero soy incapaz de cerrar los ojos. Están pensando en la bicicleta o en qué sé yo. Tengo que contener la risa, porque resultan tan cómicos, la rubia flaca de las gafas de pasta con el ceño fruncido, porque está pensando en algo malo, algo que la tiene «colgada en el pasado, las veces que quiso que papá le hiciera caso y papá se fue al bar, a ver el partido». El gordo de la camisa a cuadros, rojo del esfuerzo, como si recordar fuera correr la maratón. Me muero de ganas de salir. El *coach* me mira, pero hace como que no se da cuenta de que tengo los ojos abiertos, tiene una sonrisa como la que dicen que tenemos que ponerle a los clientes pero yo no consigo ponerles y por eso voy de mal en peor.

El jefe de personal me ha dicho que no es un castigo, que en el puesto nuevo puedo desarrollar mejor mis «habilidades personales», según sus datos. Pero no cuela, me ha «relevado» de atender a los clientes gordos porque no soy capaz de ponerles la mirada con sonrisa. Es un poco jodido simpatizar

con esos tíos que están podridos de pasta y van a quejarse de que no les enchufamos suficiente para que puedan vivir del cuento. Si el *coach* soltara prenda y me contara el truco ese suyo de la sonrisa a lo mejor conseguía algo, porque con este rollo de la bicicleta, no lo veo.

Le podía pedir ayuda a Diana. Alguna ventaja tendré por habérmela tirado. Pero ahora está en plan futura madre superresponsable. Seguro que suelta algo así como: «Tienes que aceptar nuevos retos, Carlos, no te puedes quedar paralizado», y me manda otra vez al *coach*.

«Carlos», me dice cuando termina la sesión, «Carlos», y me agarra así en plan colega, «tienes que dejar que la energía fluya, estás demasiado pendiente del entorno. Tienes que liberarte, tienes que encontrarte con tu ser cósmico. Sé que lo vas a lograr, yo confío en ti». Me echa otra vez la mirada con sonrisa y me da tanta envidia que tengo ganas de pegarle un mamporro. El tío se debe de dar cuenta, como está conectado a la energía cósmica y tal, y se aparta, sin quitar la sonrisa, pero se aparta.

Al salir nos da la mano a todos, muy ceremonioso, y cierra la puerta. Los otros se quedan hablando. Les ha parecido «una experiencia alucinante». No quiero aguarles la fiesta, así que me piro.

Afuera los coches rugen. Todo el mundo parece tener prisa por ir a algún sitio. Eso debe de ser la felicidad, pienso, tener prisa por llegar a algún sitio. Qué gilipollez. Será mejor que me meta en un bar y me tome algo. Es viernes, joder.

¿Pero por qué he vuelto al tarado ese? Me pinta por hacerle caso a las tías que me tiro que siempre actúan como si te conocieran o algo y te lo acabas creyendo, menuda broma. La broma femenina.

Ponme otra. La noche pinta bien. Hay dos rubias teñidotas que me miran, ¿por qué no? No hay nada que perder. La más rellenita me dice que bailemos. Se le mueven las tetas al ritmo de la música. *Do you believe in love after love*. El pinchadiscos sabe lo que hace. La rellenita se enciende, cierra los ojos. Se acerca más. *Maybe I am too good to you.* Eso la derrite. Me coge las manos y las pone en las caderas. *I don't need you anymore*.

Por eso, porque no la necesito, creo que esta noche va a ser de primera.

Se une la otra. Parece que no había dónde elegir en el bar. Se me pone detrás. Empiezan un ritual. Se lo tienen estudiado, como de competir por mí. Las dos intentando que las mire, que les ponga la mano en las caderas.

Empiezo a sentir calor. Es la ginebra anegando las partes del cerebro que me impiden llegar a «mi ser cósmico». Las rubias sudan. Ahora que las miro me doy cuenta de que el sudor les resbala por la frente, les brilla encima de los labios. Beben güisqui, que transpira de su cuerpo, que sabe amargo, dulce, intoxicante. Las luces empiezan a agobiarme, encendido apagado encendido. Es el ritmo de mi cerebro agonizando, pienso.

La rellenita me toca la polla y la retira, no encuentra lo que esperaba. Se desanima un poco. Su mirada parece decir: qué mala suerte tengo.

«Carlos, cómo te pones cuando bebes», la voz de Diana resuena en mi cabeza: «Vamos a dejarlo tú y yo, todo se ha arreglado, ¿sabes?». Lo de su marido, eso que nunca me ha querido contar, lo que hacía que estuviera conmigo en vez de con él los domingos por la mañana. «Estoy embarazada. La FIV ha funcionado, ¿te lo puedes creer? Todo se ha arreglado, pero tú cuídate. ¿Vale? Tienes que ver a alguien, Carlos. Así no puedes seguir».

Y las rubias ya se han alejado. Las mujeres huelen la carne muerta. Así que me agarro a la barra, con ese calor en la cabeza. Cómo me arde la cabeza.

«Qué cosas te pasan. La cabeza es el único órgano que no se calienta», solía decir Angélica. Tan seria con su rictus de doctora. Y yo acobardado. Como un insecto. Pues a mí sí se me calienta. Tendré una mutación, qué sé yo. Ella lo sabía todo sobre las mutaciones, sobre las combinaciones genéticas, pero de mí no sabía nada, como las otras, la trampa femenina.

«Eres de los que hacen las cosas a lo loco», me dijo un día. Y yo contento. Porque eso quería decir que le gustaba. Pero no, no quería decir nada. Era, qué era, ¿una observación objetiva?

Era porque se me levantaba sin pensar.

—Esta relación es defectuosa —le digo.

—Sí —contesta, encantada, al borde del suicidio—. ¿No es fantástico saberlo ya?

Me coge la mano y me la pone sobre una teta. Es pequeña, como una mandarina. No hay vuelta atrás.

Es la rubia esmirriada de las gafas de pasta. Yo me hubiera tirado a por la morena de rizos, pero ha desaparecido.

Todo pasó en la última sesión de la semana, cuando confesé. Ella se volvió hacia mí enseguida y dijo: «A mí eso no me importa». Y era sincera. Mentir es lo que no está permitido. Insultar, sí, dar golpes a las paredes, sí, dejar de hablar a tu familia, sí. Mentir, no.

Al principio me pareció una norma absurda. Como lo de tirar la ropa que no te gusta, o repetir cien veces por la mañana que no te importa lo que los demás piensen de ti, pero luego lo fui pillando. Es como el *coach* con su bigote horrendo. No es que haya dejado de ser horrendo, es solo que lo hemos aceptado.

—Os parecerá que tengo un aspecto asqueroso para ser alguien que se dedica a tratar con seres en tránsito.

Tuvimos que decir que sí, qué remedio nos quedaba.

—Pues es cierto —dijo—, forma parte de mi SES, mi «ser externo solidificado», no hay mucho que pueda hacer por cambiarlo.

—Te podías afeitar —dije.

—Gracias por tu aportación, Carlos, siempre agradezco tu sinceridad. Es algo que podría hacer, desde luego, pero si lo hiciera habría otras cosas por las que preocuparse, los dientes, el pelo graso. Habéis notado que tengo el pelo graso, ¿verdad? Pero eso no os ha disuadido de volver, porque el SES es solo apariencia y vosotros, al dar el paso a venir aquí, demostrasteis que erais capaces de superarla. Ahora quiero que todos contéis qué pasa con vuestros SES.

Ahí fue cuando lancé que no se me levantaba. Fue lo mejor

de la tarde. Luego hubo algo de rollo con el peso, con la altura, con las dentaduras, pero nada genuino de verdad, como lo mío, yo sí que tengo un buen SES. Ahí fue donde se notó que hablaba la parte profunda y por eso Malena, la rubia flaca, respondió ante mí. O esa es la teoría.

—Si lo piensas es un milagro —dice Malena, mientras me lleva la mano a su sexo.

Enseguida se moja. No tiene problemas de excitación, sus piernas se cierran y empieza a gemir lentamente primero y luego muy rápido. Me indica que mueva la mano más deprisa, que frote su clítoris, que le agarre las nalgas con la otra mano. En otro momento esto me habría encantado. Ahora me deja indiferente. Pero a ella no le importa. Dice que ha superado la fase de la penetración.

Aunque me produce repulsión su delgadez extrema, hay algo en ella que me gusta, esos ojos tan claros que cuando te miran no sabes muy bien si te están mirando a ti o a alguien que está detrás. No me gusta a rabiar, no me pierde.

—Eso es bueno —dice—. No te tengo que gustar así.

Vierte el té sobre las tazas que ha colocado en la mesita del salón. Tiene la casa llena de pequeñas estatuas de buda y de quemadores de incienso. En lugar de sofás hay una especie de colchonetas finas de color morado donde nos sentamos. Se ha puesto una bata de raso, con motivos de dragones chinos, y el pelo le cae sobre los hombros.

Hay algo en mi interior que clama por gritar, por romper cosas. Ella parece entender. Está bien si te quieres ir ahora, no me voy a enfadar. Pero en vez de irme me recuesto en la colchoneta y me enciendo un cigarro.

Aunque Lisa, la de los rizos, no ha vuelto a aparecer, nadie ha preguntado nada. Todos somos libres de seguir nuestro SES. He estado observando al *coach* para ver si se le notaba algo. Puede que estuviera más decaído, que los ojos no le brillaran tanto, pero definitivamente ya lo ha superado. Me digo que tengo que seguir en mi SES, pero la verdad es que me pica la curiosidad, así que pregunto:

—¿Qué ha sido de Lisa?

—No sé muy bien.

No quiere hablar. Malena no tiene problemas en contar todas sus intimidades con pelos y señales en las sesiones, pero no le gusta hablar de los demás. Aun así pongo cara de interrogante y sucumbe, quizá estoy aprendiendo algo al fin y al cabo.

—Está involucrada con una persona de su trabajo, una mujer, y eso le provoca un problema para volver a las sesiones.

—¿Porque es una mujer?

Me mira, desde luego si sabe algo del *coach* y la de rizos no va a decir nada, pero no creo que lo sepa. Es de ese tipo de personas que no se entera de lo que le pasa por delante de las narices.

—No, cómo va a ser porque es una mujer, qué tontería. Ya sabes que aceptamos todo, como si hubiera tenido tres maridos. Eso no es importante.

—¿Y qué es lo importante?

—Ya lo sabes, el SES y el ser cósmico.

Me da la risa.

—No, lo importante para ti, Malena, ¿qué es lo importante para ti?

Me mira con esa mirada transparente suya. Parece que va a ponerse a llorar.

—El desarrollo del SES. Te lo acabo de decir.

—Vale.

Intento bajar el tono irónico. Lo último que quiero es hacerla llorar.

—Entonces, ¿por qué estar con esa mujer le impide desarrollar su SES?

—Porque esa mujer con la que trabaja es una influencia negativa para ella. No cree en la sinceridad, según me dijo Lisa.

Ah, por fin llegamos a algo. Asiento para que siga, a ver qué hay detrás, el proceso me está resultando tan divertido que creo que incluso puede que me empalme.

—Me lo dijo en el baño, cuando estábamos cambiándonos. Me dijo que «estaba harta del rollo de la sinceridad», palabras textuales, y entonces me di cuenta. Era por la influencia de esa mujer, la otra científica.

—¿Qué son, investigadoras?

—No, trabajan en una clínica de fertilidad, las dos, en La Planta. Pero eso es lo de menos, lo que pasa es que la otra mujer la quería alejar de su ser cósmico, porque lo ha visto como una amenaza. No es la primera vez que pasa. Tú estás muy verde —me dice, acariciándome el pelo—. Ya entenderás.

Me quedo mudo, a punto del desmayo, era lo que me faltaba, ¿y si la amante de Lisa es Angélica? Ella podría decir esas cosas, que la sinceridad está sobrevalorada y bobadas por el estilo. ¿Y si mi ex fuera lesbiana y toda esta mierda que pensaba que era mía fuera suya?

Malena cree que me interesan sus elucubraciones:

—El caso es que la otra la quiere atrapar, no quiere competidores, porque no está preparada.

Estoy a punto de llorar cuando Malena se sube encima de mí con la bata abierta. Lo entiende todo al revés, ha creído que a mí me gustaba Lisa. Me pone la mano en sus pequeños pechos de naranja y me dejo hacer. No me toca la polla, solo quiere que la acaricie.

El contacto con su piel me transporta a una especie de sueño vívido. Mientras ella empieza de nuevo a gemir y me indica dónde y cómo quiere que la toque tengo una revelación: esto es lo que se supone que tengo que hacer, acariciar a Malena hasta que ella no pueda más de placer y yo no pueda más de dolor. Todo mi dolor va hacia su cuerpo amarillo y terso en pequeñas oleadas y ella lo acepta y no lo condena. Y veo que funciona, se lo tengo que decir al *coach,* es bueno el tío, ahora me doy cuenta, lo malo es mentir, siempre que se diga la verdad, la cosa va bien. Creo que estoy ascendiendo en mi SES.

María

Nadamos cada vez más lento.

A medida que las barrigas crecen, nuestra capacidad pulmonar disminuye. Aun así, este es el mejor ejercicio para madres y fetos.

Jacob, el monitor, no nos deja descansar. Dice que es su labor en el mundo. Hacer que esos niños salgan con el corazón fuerte.

De acuerdo con los *rankings* de gimnasios y clases de maternidad, es el monitor más fiable y mejor cualificado. La fiabilidad es un factor subjetivo, pero cuando la muestra alcanza el número mínimo, el resultado es altamente exacto.

Jacob tenía más de dos mil valoraciones, así que el resultado tiene que ser aceptable.

Mientras nado me entretengo con ese tipo de cálculos. Echo de menos el trabajo. Manuela se ha empeñado en que no vuelva a la oficina hasta que tenga al niño y el teletrabajo es insuficiente.

Revisar estadísticas cruzadas en los algoritmos testados es algo que podría hacer un *junior* sin despeinarse. Pero Manuela ha puntualizado que el estrés es uno de los peores factores de riesgo en el embarazo y los datos le dan la razón. Hasta ahora he seguido sus instrucciones y todo ha salido bien.

Las pruebas físicas me dan valores óptimos.

Así que no hay ningún argumento para no aceptar sus consejos. Además, aunque llevo ya casi ocho meses de baja, mi salario no se ha resentido y eso también es de agradecer.

Pero me aburro. Las tardes son lo peor. Al principio me dedicaba a pasear, que es la segunda actividad más recomendada para las embarazadas. Pero ya no lo hago, porque ha vuelto el otoño y no para de llover y la barriga pesa y me tira bastante, también en las ingles, así que es incómodo caminar. Menos mal que existe internet para las personas con movilidad reducida.

Papá no ha parado de insistir en venir a vivir conmigo. Al

menos unos meses, me ha dicho. Yo le he recordado que si se muda nadie va a atender el almacén. Tiene un ayudante que no le vale para nada, lo contrató porque es el hijo de una vecina que estaba en paro, pero es un desastre, lo sé muy bien porque de pequeños, antes de que él repitiera, compartimos clase. Era incapaz de sumar dos y dos.

Espero que no decida venir de todos modos. Es muy capaz, papá es así de emocional. Suerte que yo salí a mamá, alguien tiene que mantener la cabeza fría, y más ahora, que vamos a ser tres.

Es una niña.

Cuando me lo dijeron pensé: preferiría niño.

Pero puse la cara más dulce que pude, he tenido que esforzarme mucho con esto, fijarme en las otras madres, ha sido un trabajo muy superior al de los kilos extra y las molestias musculares y estomacales. Al menos con una arcada sabes a qué atenerte.

No sé por qué me había imaginado niño. Porque tienen más posibilidades de salir científicos, supongo.

Después de la noticia estuve unos días teniendo pensamientos extraños. ¿Y si le gustaban mucho los chicos y se volvía tonta con ese tema? Lo he visto en primera persona con algunas de mis amigas. ¿Y si me salía una niña cursi, que quisiera vestirse de princesa y cosas por el estilo? Solo de pensarlo me entraban sudores como los que tuve antes del embarazo.

Pero luego pasó, lo que fuera iba a ser mío y eso era lo importante.

A veces el monitor de natación nos suelta frases de ese tipo: «Eso que tenéis ahí es vuestro, lo más vuestro que vais a tener, que no se os olvide».

En estas ocasiones todas guardamos silencio. Un silencio suficiente como para que él entienda que no es más que nuestro monitor de natación y que nadie le ha pedido reflexiones acerca de «nuestra situación». Pero no se da por aludido, el exceso de deporte también tiene sus consecuencias a nivel cerebral, y a juzgar por el tamaño de sus músculos está claro que él se ha excedido, y mucho.

Pero luego, inevitablemente, las frases de animador de poca monta te vuelven a la cabeza.

Estamos ya a punto de terminar la clase y eso me alivia, cada vez cuesta más que pasen los cuarenta y cinco minutos.

Un poco de buceo, me digo, me gusta terminar con buceo, aunque sea unos segundos. El monitor dice que no está muy recomendado a partir de los siete meses, pero él no tiene ni idea de cómo te sientes al quitarte todo el peso extra, como si volvieras a ser tú misma.

Así que me zambullo a la mitad de la calle esperando que no me vea y me doy impulso para ver si puedo llegar hasta el final sin sacar la cabeza. Al cabo de un segundo veo que viene hacia mí otra de las futuras madres, buceando en dirección contraria. Creo que no la he visto nunca.

Me hago un poco hacia el lado izquierdo, para que las dos podamos pasar, tenemos una buena envergadura. Nos miramos al cruzarnos. Tiene una expresión que interpreto como sorpresa. Pero eso no tiene ningún sentido.

Sigo rumiando la expresión del rostro de la otra futura madre y cuando llego a casa me doy cuenta de que no, de que la expresión no era de sorpresa, sino de pánico.

Me quiero asegurar así que miro páginas y páginas de expresiones faciales y sí, no hay duda. Era miedo, miedo de manual.

Apenas puedo dormir, doy vueltas de un lado a otro intentando encontrar una postura cómoda, pero es imposible. Me levanto y me pongo las gafas de la piscina, abro bien los ojos y me miro en el espejo.

Angélica, Diana y María

Decidí dejar de mirar el cuaderno de Hester cuando llegaron las fotos de los dos bebés. Se parecían tanto que al colgar las ampliaciones en la sala de espera confundimos a Moe, la hija de Diana, con Ariadna, la de María.

A partir de ese momento las cosas se volvieron incontrolables.

Lisa apareció un día y me contó que estaba encontrando su verdadero ser en no sé qué terapia a la que estaba yendo desde hacía casi un año.

Luego me confesó que se había enrollado con el gurú. Típico, pensé, ahora descubrirá que el tipo se acuesta con todas las que van a las sesiones y le romperá el corazón. Pero no. Fue ella la que decidió largarlo y terminar la terapia. Eso ocurrió la misma noche en que nos acostamos por primera vez.

Su cuerpo es esponjoso y aromático, como hecho de musgo.

Hace unos días, mientras ella bajaba a por *croissants* para el desayuno, encontré su diario en un cajón de su habitación. En la entrada posterior a nuestro primer encuentro, decía:

«Me gusta que me observe las tetas de manera científica, que las compare con las suyas. Me gusta que me haga el café sin azúcar y me diga que no quiere que engorde un gramo. Me gusta que me peine. Me gusta ser su muñeca, me gusta que hable de matemáticas, que le preocupe el origen del cosmos. Me gusta que acierte con el desayuno y que me alimente. Me gusta esa piedad animal».

Sufrí una conmoción. De repente Lisa era todo lo que había estado esperando.

Quería leer más aunque sabía que estaba mal o precisamente porque estaba mal, hace ya tiempo que no sé por qué hago lo que hago. Pero Lisa volvió muy rápido y solo pude ver la última entrada del diario:

«Enamorarse, no pensar, detectar fallos genéticos».

Esta mañana me dijo que quería hablar.

—Me he enamorado —me soltó, alegre—. No me preguntes cómo.

Estaba a punto de decirle que yo también, que ella era lo único que tenía sentido, cuando me soltó:

—Es de un tío, uno que conocí en la terapia.

—Pensaba que ya no ibas —acerté a decir mientras ella iba hacia la cafetera y se servía una taza, como si no pasara nada.

—No, ya no voy, pero quedo con los compañeros de vez en cuando. Te va a encantar. Ya lo verás. Me viene como anillo al dedo. ¿Desayunamos?

Siguió hablando, dijo que por fin se había encontrado a sí misma, que ya tenía claro quién era, que iba muy en serio con ese tío. Yo apenas me sostenía en la silla. Me aferré a mi taza de café e intenté tragar, pero el solo olor me daba arcadas.

Entonces no hay ley de causalidad. Las cosas pasan porque sí. No hay acción-reacción ni causa-consecuencia. El universo entero es una gran masa caótica en la que solo funciona el sálvese quien pueda. Sálvese aquí, en este instante que no significa nada. Luego no hay salvación.

Aun así, mis antiguos modos son más fuertes que yo, no puedo resignarme del todo a este estado de cosas, así que busco un agarradero, por leve que sea. Vuelvo sobre el cuaderno de Hester y abro una nueva sección: *«Unknown events»*. Mi primera anotación es:

«Extraño parecido entre los únicos éxitos de los últimos seis meses. Causas posibles:

a) Degeneración de los gametos.

b) Contaminación genética en el laboratorio.

c) ¿Modificación genética diseñada en el laboratorio?

d) *Unknown*.

Decrecimiento

Diana y María

Estoy cansada de que las cosas sólo funcionen a medias. Ahí tienes por ejemplo a la compañía de teléfono, que cuando le parece incumple el contrato, nos deja sin datos, o nos cobra un servicio que es gratuito aunque nosotros paguemos la factura completa, mes tras mes. Claro que puedes poner una queja y acaban cumpliendo, pero eso consume demasiado tiempo y es agotador. Que las cosas funcionen a medias es agotador.

Blasco sigue reclamando. Desde que nació Moe es muy meticuloso. Latoya dice que no sabe por qué me preocupo tanto. Y cuando le cuento que dedica horas a ordenar los armarios y catalogar discos que ya no sirven para nada, ella insiste en que es normal. Es lo que pasa con Blasco, todo el mundo se pone de su parte. Incluso cuando se destapó el tema de la adicción al porno con adolescentes la reacción de los amigos fue insólita, se lo tomaron como si hubiera cometido una faltita menor, saltarse un semáforo, o algo así.

Según Latoya, mi problema es que espero demasiado de las cosas. Para mí Blasco es como un medio marido y Moe, me cuesta decirlo, me cuesta mucho decirlo, pero es como si fuera una media hija. Sin embargo, para ella, mi marido y mi hija son perfectos. «Si lo tienes todo», dice siempre.

Incluso cuando le cuento que Blasco está como ido, que no se entera de nada, o que Moe nunca valora los esfuerzos que hago por ella, Latoya suele responderme con otra de sus frases preferidas: «Todos tenemos nuestros fallos». Después de la quimio se volvió así, tolerante al extremo. No es que no valore su postura, de hecho es la única a la que puedo contarle lo de Carlos, no me juzga, incluso diría que le parece también normal. Pero a veces ese pasotismo suyo me exaspera y me dan ganas de zarandearla y gritarle: «Despierta».

Precisamente hoy Moe cumple once años y he decidido que estoy harta y que voy a solucionar nuestros problemas, porque si no lo hago yo, a ver quién lo va a hacer. Quizá ha sido la lluvia la que ha precipitado mi decisión. Es el mismo aguacero

típico de noviembre del día que nació Moe. Aquella tarde el agua golpeaba los cristales del hospital con tal fuerza que hubo un momento en que pensé que si Moe no salía pronto íbamos a acabar todos inundados en aquella sala blanca y verde.

O tal vez he llegado hasta aquí porque desde hace meses mi sensación de que las cosas solo funcionan a medias se ha materializado. A menudo observo a Moe, a Blasco y a mí y nos veo literalmente divididos, como si alguien hubiera trazado una línea que nos parte en dos mitades y una de ellas, la izquierda, normalmente, estuviera desvaneciéndose.

En estos once años no he hecho más que esforzarme para que las cosas funcionaran correctamente, no a la mitad, pero no lo he conseguido. De nada sirvió el viaje al Caribe solo para Blasco y para mí, que organicé cuando Moe tenía apenas dos años en un intento de que él superara su gran crisis. Me ocupé de todo: los vuelos, los hoteles, los guías y de una *baby sitter* veinticuatro horas. Hasta había elegido previamente los restaurantes apoyándome en las mejores bases de datos.

Cuando llegamos dio la impresión de que algo se movía entre Blasco y yo, como si el deseo renaciese, pero fue un espejismo. A los dos días estábamos igual, él en su ensimismamiento y yo con una sensación agudizada de que nos faltaba algo, como si nos hubieran extraído una parte esencial del cuerpo, un órgano vital e invisible.

Luego compré la casa nueva en Zona Cuatro, con nuestro salón de cuarenta metros y un baño para cada uno. Pero tampoco fue suficiente. A Blasco parece que todo le dé igual y Moe, que es clavada a él, aunque es posible que no sea su hija biológica, tampoco muestra gran entusiasmo. Empieza a estar en esa edad en la que lo único que le importa es la conexión con sus amigas y las letras de las canciones de moda que no deja de tararear, incluso mientras come. Le he dicho mil veces que es una costumbre muy fea y antihigiénica, y que me dan ganas de vomitar, pero no hace el menor caso. Blasco, por supuesto, ni se inmuta. A los efectos de educación es como si fuera madre soltera.

Así que nada es lo que tiene que ser y por más que yo me esfuerce nada es suficiente. Pero esto va a cambiar. Hace ya

unas semanas me llegó noticia de una mujer —relacionarse con las grandes cuentas tiene sus beneficios—, María Lebrel, se llama. Es consejera y da charlas en una casa en el campo. Por los comentarios que me han llegado se diría que casi hace milagros.

No tiene *web,* ni ninguna huella digital. Es como un fantasma. Lo único que he podido encontrar son varios artículos, investigando en nuestras bases de hemeroteca, de hace unos diez años. Al parecer, antes de retirarse al campo era analista de Big Data de primer nivel, pero decidió cambiar radicalmente de vida y se convirtió en guía espiritual. No hay ninguna información acerca de lo que hace, pero creo que merece la pena intentarlo.

Los encuentros son *children friendly,* así que Moe viene con nosotros. Está en esa edad en la que no se sabe si la podemos dejar sola.

A pesar de que la casa de María dista una hora de la ciudad, la reunión está muy concurrida. Casi no cabemos en el comedor. Somos unos treinta, sin contar a los niños, que andan por el jardín. En realidad, el jardín no es tal sino una especie de explanada con una lancha de granito en el medio y zarzas rojizas en los muros que la rodean. Hay, eso sí, un columpio hecho con una soga y un sillín de cuero colgado del único árbol que hay en la finca. Es todo muy rústico, con un cierto aire de abandono.

El interior de la casa no parece mucho más cuidado, hay una alfombra vieja y grande en el suelo del salón a la que no le vendría mal un lavado, sillas de distintos colores y tamaños, unos pufs de cuero y una estufa.

No hay asientos libres, así que nos sentamos como podemos en unos cojines grandes de esos que se llevaban en los años noventa y parecen de desecho de alguna oficina. Por cómo me pica la nariz diría que hay bastante polvo y empiezo a ponerme nerviosa al pensar en los gérmenes y las bacterias y todas sus consecuencias. Los demás están tranquilos pero expectantes. Parece que la mayoría han venido ya varias veces. Hablan todos en voz baja, como intentando no molestar, o

como cuando está a punto de empezar una función de teatro.

María tarda en hacer su aparición, así que entablamos conversación con algunos; bueno, yo hablo y Blasco, como de costumbre, se queda callado como si le hubiera dado un pasmo. Abundan los matrimonios, como nosotros, bien vestidos, que han venido directos desde el trabajo, también hay gente sola, sobre todo mujeres.

—No puedo esperar a que salga, desde que vine hace un mes no he parado de pensar en lo que nos contó —dice una.

—¿Sólo hace una sesión al mes? —pregunta otra.

—Sí, es su filosofía. El trabajo tiene que ser nuestro, no suyo. No tiene sentido venir aquí todos los días —responde la primera.

Por el grado de excitación que se nota en la sala se diría que todos esperan que pase algo. Hace mucho tiempo que no presenciaba nada similar, quizá desde que tuve las primeras reuniones con el *board of directors* de la empresa. Esa corriente de energía me llena de esperanza y me produce ese pálpito en el pecho, como cuando empecé a dirigir la sección de inversiones y sabía qué operación nos iba a hacer ganar.

Por fin sale María. Su aspecto es de lo más normal: Estatura media, peinada con una coleta apretada y un vestido de punto ancho que oculta un poco de sobrepeso. Me da la impresión de haberla visto en algún sitio, pero no sabría decir dónde. No lleva maquillaje y eso le da una apariencia entre envejecida y sabia.

Se sienta en el suelo, frente a nosotros. La sala contiene la respiración, ella cruza las piernas y sonríe.

—Yo también he estado donde estáis vosotros —dice.

Hace una pequeña pausa y sigue:

—Yo también he estado sometida, yo también he sufrido hasta el límite de la congelación, hasta que mis músculos no podían moverse, hasta que mi corazón no bombeaba más sangre.

Vuelve a hacer una pausa:

—Dejadme que os cuente una historia.

»Hace unos años mi cuerpo entero sufría, mi mente sufría.

»Pero eso no era lo peor, lo peor era que creía ser feliz.

»Tenía un buen trabajo, ganaba más de lo que me daba tiempo a gastar. Mis trajes eran *prêt-à-porter,* cada uno de mis muebles valía más que todo lo que hay en esta casa.

»Vivía en la Zona Seis.

En la sala se escucha un murmullo. Diría que muchos de los asistentes también viven en la Zona Seis. Comparados con ellos, Blasco y yo somos pobres de pedir.

—Sí, tenía para mí sola un bonito apartamento que había conseguido con mi esfuerzo. No me digáis que no era para estar contenta. Mi intelecto, eso que siempre había apreciado como mi máximo don, me había conducido ahí, él solito. Me sentía bien, me sentía más que bien, me sentía invencible.

»Por las mañanas el chófer me recogía para ir al trabajo. La empresa no quería que nos distrajéramos conduciendo, aparcando. Nos quería frescos, nos quería activos, nos quería rindiendo al cien por cien. Y eso era lo que hacíamos, rendir al cien por cien.

»Durante las horas que pasaba en la torre de cristal me dedicaba a hacer cálculos para mejorar la vida de la gente. Calculábamos qué nos hace felices: comprar o salir, gastar en ropa o gastar en ocio, viajar o hacer regalos.

»Por la noche llegaba a casa y ponía en práctica lo que habíamos aprendido, compraba salidas en globo, compraba viajes de fin de semana a ciudades europeas. Aunque también ropa y accesorios para la casa. Porque las compras de objetos materiales son menos satisfactorias a largo plazo pero sí lo son mucho a corto plazo, y los dos plazos eran óptimos, si podías comprarlos. Llegué a comprar incluso un crucero al que invité a mi padre. Comprar cosas para otros también aumentaba mucho la felicidad, parecía.

»Todo iba sobre ruedas: Dinero, éxito, buenos compañeros y una gran jefa, Manuela.

El silencio en la sala es máximo.

María coge un vaso de agua que alguien le ha puesto cerca y bebe. Respira, cambia su postura de sukasana y pasa a la postura roca.

—Manuela era mi guía. Aunque nunca la había visto, confiaba en ella como si fuera mi propia madre. Más que en mi

propia madre. Mi madre no había sido más que una mujer de su casa que, a temporadas, trabajaba en unos grandes almacenes. No se puede decir que supiera mucho del mundo. Pero Manuela sí, ella viajaba, dirigía una gran empresa y, lo que es más importante, nos trataba como si fuéramos sus propios hijos.

»Pero llegó el momento. Al final siempre llega. ¿Verdad?

Todos asentimos, Blasco trata de permanecer en silencio, aunque seguramente no está muy a gusto y yo empiezo a notar un hormigueo en el pecho y el vientre, como si algo despertara.

—De la noche a la mañana todo se desmoronó. No podía dormir, la comida me daba asco y empecé a hacerme preguntas incómodas. En ese momento no me parecían incómodas, claro, me parecían necesarias para mejorar la investigación: ¿en la búsqueda de la felicidad no había variables que estábamos dejando fuera? Porque comprar experiencias estaba bien, pero las experiencias no eran muy satisfactorias al menos que se compartieran con alguien, y cuál debía ser el perfil de ese alguien y ¿cómo encontrar a ese alguien?

»Eso fue suficiente para hacer que la rueda descarrilase.

»Manuela lo sabía, claro. Pero ¿me lo dijo? No.

»En lugar de eso buscó "una salida para mí". La empresa nos había facilitado la congelación de óvulos tiempo atrás así que todo pareció, de repente, muy sencillo. Me inseminé y tuve a Ariadna.

»Peace of cake. ¿Verdad? Se acaban mis temores, vuelvo al trabajo y todo solucionado. Eso creí durante los meses de embarazo en los que Manuela me apoyaba discretamente, un *mail* al mes para darme ánimos y ver cómo iba.

»Era más de lo que se podría pedir. Un jefe que lejos de molestarse porque faltas al trabajo se preocupa por tu salud y te da ánimos.

»Porque ya no trabajaba. Al principio no me di cuenta, con toda la conmoción, los cambios físicos, los preparativos. Hacia el séptimo mes de embarazo empecé a sospechar. Los nuevos cuerpos vienen con esa lucidez, ¿no es cierto?

»En el octavo mes estaba ya convencida de que algo iba mal. No tenía sentido que me hubieran concedido nueve meses de permiso si me encontraba perfectamente.

»Miré en las bases de datos. Todavía tenía acceso a casi todas las sistematizaciones de datos con mi clave de empresa. No era raro que las embarazadas, sobre todo en el último trimestre, tuvieran cierto nivel de paranoia, eso parecía.

»Eso explicaba las cosas.

»Pero no me quedé tranquila del todo, así que decidí escribir a Manuela. Le contaba mis anhelos, le pedía la incorporación inmediata nada más dar a luz. Me encontraba perfectamente, la empresa ya había hecho mucho por mí. No quería hacerles perder más tiempo ni dinero, ni perderlo yo, lógicamente.

»Como de costumbre fue muy amable, me decía que no era ningún problema para la empresa, que mi bienestar era muy importante y cosas por el estilo. Como os digo, era la jefa perfecta. Pero cometió un error. O no cometió un error, sino que hizo lo único que podía hacer, despedirse con su frase habitual: “Abrazos y carantoñas”.

»Que diréis, qué mujer más encantadora, qué cariñosa. Y esa había sido también mi opinión desde que ella había desbancado al antiguo CEO —un señor con un gran bigote al que no le confiarías ni lo que te gusta de postre— y se había hecho con el control de los equipos de I + D de la empresa.

»¿Abrazos y carantoñas?, pensé. Qué manera tan rara de despedirse de alguien que está a punto de tener un hijo. ¿No hubiera sido más correcto “que salga todo bien”, “mándanos una foto en cuanto nazca”? Algo no me cuadraba, pero no sabía qué era. Al fin y al cabo, Manuela siempre usaba esa frase para despedirse. Era su sello.

»Empecé a revisar todos los correos que nos había mandado. A punto de dar a luz, con Ariadna casi empujando para asomar la cabeza, me pasé noches sin dormir dándole vueltas al asunto. Luego tenía remordimientos, recordaba las horas que es necesario que duerma una embarazada y me sentía fatal. Intentaba recuperar el sueño por la mañana, al mediodía. Con el estómago lleno.

»Lo peor que puedes hacer si estás a punto de parir.

Risas en la sala.

—Y fue justo en uno de esos despertares horribles, en los que te repite la comida no solo de ese día, sino de los tres días precedentes, cuando caí en la cuenta. Manuela no existía. Manuela era un motor, una IA programada para mantener a los trabajadores en su «punto óptimo» y, cuando era necesario, «preparar su salida». Porque eso era lo que estaba ocurriendo, estaban preparando mi salida.

»Lo bueno de ser ingeniero de telecomunicaciones es que puedes rastrear, puedes jaquear, puedes entrar en casi todos los sitios, solo tienes que tener un motivo poderoso para hacerlo, y yo lo tenía. Así que jaqueé, entré en las bases de datos y di con el código.

»No cabía duda, durante los dos últimos años había estado hablando con una máquina, confiando en ella, considerándola como mi propia madre.

»Me repitió la comida de la semana entera.

Más risas.

—El ataque de pánico no se hizo esperar. Algo funcionaba mal en el mundo, eso era seguro, pero, sobre todo, algo funcionaba mal en mi interior, pero rematadamente mal.

»Y, como suele suceder en estos casos, me puse de parto.

La sala prorrumpe en una carcajada que va aumentando de volumen. María rompe su postura de yoga y mira a la concurrencia. Se la ve complacida con las risas, pero no demasiado.

—Ahora quiero que os vayáis a casa y penséis sobre todo esto. Pensad y actuad en consecuencia. No volváis si encontráis la salida del laberinto. Me alegraré por vosotros. O volved si sentís que es necesario.

Cuando termina su discurso, María sale de la sala sin decir más ni acercarse a nadie.

En la siguiente sesión, María nos tiene esperando más de una hora. Al principio eso me enfada, no soporto la impuntualidad, pero enseguida empezamos a hablar con el resto y se me pasa. Resulta que hay gente muy interesante. Me sorprende sobre todo una mujer de unos cincuenta y tantos que, según dice, es artista. Se llama Momo y se dedica a las *performances*. Blasco, que parece que se va animando, le pregunta en qué consisten y ella chasquea un poco los labios y dice que depende, un día saca vísceras congeladas de una caja, se tumba y se las coloca encima como si fueran suyas, otros días no hace nada, solo mira al público, o ni siquiera lo mira, se pone de espaldas a ellos y respira. Es muy libre, asegura.

La verdad es que es una mujer que impresiona. Es alta, mucho más que la media, tal vez un metro setenta y cinco, y lleva el pelo muy corto y blanco. Parece su color natural. En cuanto se da la vuelta tengo la sensación de que ella está más cerca que nosotros de descubrir la «salida del laberinto». La verdad es que yo llevo dándole vueltas al tema estas semanas y no lo tengo nada, pero nada claro.

Estoy cavilando sobre el asunto cuando aparece María, se sienta sin saludar siquiera y dice:

—Entonces, ¿qué habéis deducido de la historia que os conté en la última sesión?

Momo toma la palabra:

—La IA representa tus deseos ocultos, las pesadillas. No querías enfrentarte a ellos pero lo hiciste y en ese momento es cuando empezó tu crecimiento.

María mira a Momo, es posible que asienta con los ojos levemente, pero no dice nada. Momo parece decepcionada. Trata de disimularlo, no obstante, irguiéndose aún más en su puf y ensayando una media sonrisa.

Después de esta acogida nadie parece dispuesto a hablar.

María insiste:

—Por favor, participad. Es importante que sepamos dónde

estamos cada uno. Este es el momento. Si queréis, id levantando las manos y así se nos hace más fácil.

Moe está con Ariadna, la hija de María. Se han sentado en la mesa que probablemente sirve de comedor en el buen tiempo. La mesa, como el porche por otra parte, está llena de cachivaches: una bandeja de comida, algunas tazas de café, una caja que tiene el aspecto de albergar utensilios de costura, aunque también podría contener un puzle o algún juguete, desde esta distancia es difícil de precisar. El desorden me desconcierta un poco, creo que yo sería incapaz de vivir con tal revuelo a mi alrededor.

Trato de superar este pensamiento porque me ha quedado claro en estas semanas de meditación que son pensamientos como este los que me tienen «presa en el laberinto»: tengo que cambiar mi *mindset* y lo tengo que hacer ya.

Observo a las niñas durante un segundo más mientras la sala sigue en silencio. Moe extiende la palma de la mano y Ariadna la toma y la recorre con el dedo índice como dibujando sus líneas. Cuando termina pone la suya encima de la mesa para que Moe la inspeccione.

Entonces, mientras las contemplo, una especie de impulso se apodera de mí y sin saber muy bien qué voy a decir empiezo a hablar:

—Lo importante, creo, es tomar decisiones, no podemos quedarnos paralizados mientras la vida pasa por encima de nosotros como una apisonadora.

María me mira y tiende las manos hacia mí. La tensión en la sala es máxima. Blasco me mira estupefacto aunque trata de disimular. Le he rogado que me apoye en esto.

—Eso es —dice María, acercándose a mí y agarrándome las manos; tiene un tacto frío, casi líquido—. Eso es.

María vuelve a su sitio en el centro del círculo y sonríe levemente. Aunque no se puede decir que sea una mujer guapa, ahora parece mucho más atractiva, como si una luz se hubiera encendido a su alrededor. Al tenerla cerca he notado su olor, no lleva perfume, eso es seguro, huele como a tierra mojada. Creo que es un olor que en otro momento me hubiera desagradado pero ahora me tranquiliza, quizá estoy

empezando a superar algo.

—Me has emocionado, Diana.

Los asistentes exhalan un suspiro colectivo, como si hubieran estado conteniendo la respiración todo este tiempo. Hay lágrimas en más de un rostro. Algunos se abrazan. Yo los miro en silencio sin saber muy bien si tengo que hacer algo. Pero en ese momento María nos mira con una sonrisa tranquila y sincera y abandona la sala.

Cuando por fin consigo recuperar la respiración, que se me ha acelerado como si hubiera corrido mil metros, me doy cuenta de que estoy más llena de energía que nunca. Me siento tan fuerte que incluso tengo ganas de conducir. Así que me pongo al volante e iniciamos el viaje de vuelta. Blasco no dice mucho, se limita a mirarme de reojo. Conozco esa mirada, teme que vaya a salirme en alguna curva. Normalmente esa actitud me sacaría de quicio, pero ahora mismo no me afecta lo más mínimo:

—Ha sido alucinante ¿verdad? Como acceder a un nuevo universo. No puedo esperar a la próxima sesión —digo, cuando ya llevamos un rato alejándonos del pueblo.

Moe está en la parte de atrás, totalmente ajena a nuestra conversación, mirando un dibujo que Ariadna ha hecho de ella.

—Sí, ha sido increíble —dice Blasco, con ese tono que no se sabe muy bien si es serio o sarcástico y que todo el mundo encuentra divertido menos yo.

Una semana después llega una carta de María. Debe de ser la primera vez que recibimos correo físico en años:

«Diana, me has sorprendido. Eres de los pocos asistentes que creo que tienen una esperanza real de cambiar. Quiero que vengas los viernes a una sesión privada una vez a la semana.

Tráete a Moe. Parece que Ariadna y ella se han gustado mucho».

Al leerla siento la misma excitación que cuando pasé los test para el ascenso en la empresa. «Lo sabía, lo sabía», pienso, por fin las cosas van a ser como deben ser. Abrazo a Moe, que está, como siempre, jugando con su móvil, y su cuerpo me parece más sólido. Ella da un respingo, ya no está acostumbrada a que

la abrace, pero se deja hacer un segundo y luego se revuelve y dice:

—¡Mamá!

Con ese tono que usa cuando quiere que la deje en paz pero que denota que le ha divertido un poco mi arrebato.

Enseguida se escabulle y se va hacia su cuarto trotando con sus piernas larguísimas que, desde luego, no ha sacado de mí, y por primera vez en mucho tiempo no me da la impresión de que una parte de ella se esté desvaneciendo.

La carretera de acceso al pueblo de María es estrecha, algo escarpada, no demasiado peligrosa, pero prefiero que conduzca Blasco. Ascendemos entre los robles que se van haciendo más espesos, sus hojas, amarillas ya, han formado una alfombra de colores ocres que parece la viva imagen del otoño. Siento que este viaje entre los árboles es el principio del camino hacia la vida completa. Bajo la ventanilla y aspiro el olor a humedad y podredumbre. Blasco me mira sorprendido porque normalmente prefiero ir con la ventanilla subida y poner la ventilación del coche por temor a los ácaros y alérgenos.

Es verdad que cuando nació Moe pasó algo parecido, una especie de silencio interior y la sensación de que estábamos completos, pero luego, conforme ella iba creciendo, el sentimiento desapareció. Pero ahora es distinto, puedo notarlo en cada célula.

Blasco se va a dar una vuelta por el pueblo y yo entro en la casa.

Las niñas, que tienen una especie de empatía natural, se han quedado en el jardín jugando en el columpio. Esparcidas por aquí y por allá hay hojas rojas del arbusto que puebla los muros de la casa, que, ahora que me fijo, no es una zarza sino otra especie desconocida para mí.

La sesión es intensa pero muy efectiva. Entiendo, aunque María no te dice nada explícito, que tenemos que comprometernos con una nueva manera de vivir, una que implique más conciencia, otro nivel de conciencia.

El sábado me pongo con ello desde primera hora. Lo primero que hago es revisar la casa y meter en cajas todo lo que no sirve y nos está anclando a un modo de vida espurio. Hago cuatro cajas: cosas que no usamos, cosas que nunca hemos usado, cosas que no vamos a usar, cosas que no tendríamos que usar.

Lo que más me cuesta es desprenderme del bañador premamá que sólo conseguí usar un día. Es verdad que Jacob,

el monitor de las clases a las que me apunté, tenía un *ranking* de valoraciones excelente, pero cuando me vi allí, en aquel recinto, con el resto de embarazadas, empecé a pensar en la cantidad de gérmenes que podían estar ocultos en el agua y casi tuve que salir corriendo. Me prometí que una vez naciera Moe volvería a enfundarme mi bañador y a superar el miedo a la contaminación, pero no pude. Una vez tirado el traje de baño, lo demás va solo.

No dudo en tirar los trajecitos del bautizo civil de Moe. Me cuesta un poco más deshacerme del perfume que llevo usando más de quince años. Di muchas vueltas hasta encontrar una fragancia que se adaptara a mí. La mayoría de los perfumes que venden en las tiendas me resultan excesivos o me hacen estornudar. Tuve que recurrir a una tienda de Londres que diseña fragancias personalizadas sobre la base de un conjunto de cuestionarios. Antes de tirarlo, lo abro y aspiro por última vez, ahí está el tono a vainilla y mandarina al fondo y esa otra cosa, como metálica, que nunca he sabido identificar pero que le da ese toque, como una sensación de peligro. «Se acabó», me digo, este es el olor del pasado. Lo último de lo que me deshago es de la enciclopedia para el autoemprendimiento que compré cuando creía que podía montar una consultoría por mi cuenta.

El domingo me siento tan llena de energía que, para celebrarlo, y para despedirnos de nuestra antigua vida y de las cosas que no debería usar, invito a Blasco y Moe a la pizzería de abajo.

La pizza está buena, como de costumbre. Yo pido una marinera y Moe una barbacoa. En otro momento no le hubiera permitido elegir esa basura, pero como es una despedida hago la vista gorda.

Moe come relamiéndose y nos cuenta que en su proyecto de ciencias han diseccionado una rata.

—Qué asco —dice.

Pero tiene ese brillo en los ojos de alguien que ha encontrado algo nuevo. Me alegra verla así. Por lo menos el espíritu de exploradora lo ha sacado de mí.

—Era todo viscoso —explica—, tenía todo en pequeño, el corazón, unos pulmones, un estómago… con comida dentro.

Cuando llega a esta parte se detiene, parece que le ha llamado la atención que en el estómago de la rata hubiera restos de algo que parecía maíz o palomitas de maíz.

—Una chica de la clase lo ha echado todo.

—¿Tú no? —le pregunta Blasco, divertido con la historia.

—Qué va.

Moe termina de comerse su pizza y pide un pudin de chocolate blanco —otra de las cosas que normalmente estarían vetadas—.

El viernes siguiente volvemos al pueblo de María. Blasco pone la radio, le gusta escuchar las noticias mientras viaja y, aunque normalmente discutimos porque a mí me gusta ir en silencio, hoy le dejo hacer. El tema del día es de nuevo el Gobierno del Bloque Regional Transnacional. Dos expertos debaten sobre las posibles vías para su implantación, «se necesita un gran líder», dicen. Parecen estar también de acuerdo en que las cosas van a mejorar y es necesario potenciar las economías locales porque eso va a aminorar la brecha entre los países ricos y los países pobres. Juntos vamos a salir de la «situación extraordinaria», concluyen.

—Buf —resopla Blasco—. Lo que se viene encima. No hacen más que tergiversar la realidad. Ya nadie dice crisis, ¿te das cuenta? A pesar de que todos los indicadores económicos apuntan hacia ella, dura ya tanto tiempo que la palabra ha perdido su efecto.

Esto no es exactamente cierto y Blasco lo sabe. Lo que hemos vivido es, más bien, una adaptación del sistema económico a nuevas circunstancias; si se molestara en leer nuestros informes trimestrales, lo sabría.

—¿Te acuerdas que durante una época se usó «periodo de ajuste»? —Sigue—. Luego «ciclo de recuperación», después «desequilibrio transitorio». Ahora solo se escucha «situación extraordinaria», da igual si se trata de un medio local o extranjero, en todas las lenguas se usa la misma: «extraordinary situation», «situation extraordinaire»,

«situazione straordinaria», «situaçao extraordinaria», y esas de las que yo puedo entender, en el resto será lo mismo.

Blasco respira un momento, como meditando, y apostilla:

—Y no hacen más que repetir: «Ante situaciones extraordinarias es necesario tomar medidas extraordinarias» y «la humanidad se enfrenta a un gran reto y todos debemos ser conscientes y estar dispuestos a poner de nuestra parte». ¿Te das cuenta?

Yo le miro sin saber muy bien qué decirle. Está convencido de entender muy bien la geopolítica y, desde hace ya algunos años, tiene esa especie de gusto por el apocalipsis, como si él supiera qué es lo que va a suceder. La verdad es que me gustaría que Blasco empezara también a plantearse su *mindset,* porque ese es otro de nuestros grandes problemas, pero bueno, cada cosa a su tiempo. De momento me conformo con que se tranquilice un poco, así que digo:

—Sí, las cosas están feas.

No es exactamente la respuesta que esperaba, pero parece servirle. Cuando llegamos se ofrece voluntario para echarle un ojo a las niñas, así que se sienta en el porche mientras ellas juegan en el jardín. La verdad es que, vistas desde lejos, son sorprendentemente parecidas.

María está tranquila, como de costumbre. Nos sentamos en el sillón y me ofrece un té. Es amargo, de una variedad que no sé identificar. Me desagrada un poco pero no digo nada. Supongo que tendrá propiedades curativas.

Los primeros minutos son un poco confusos, María me pregunta por Moe, por sus gustos, por las *apps* que tiene, por las páginas a las que está suscrita. Por sus resultados académicos. La conversación se empieza a parecer un poco a una charla de madres del colegio y, no es que me moleste, pero no estamos pagando para eso, las sesiones individuales no son baratas.

Cuando llevamos un rato así, hablando sobre banalidades como las películas de moda o los peinados que se llevan, se para de pronto en medio de una frase, me mira a los ojos y me coge las manos:

—Diana —dice—, tienes que encontrar lo que te está

intoxicando, tienes que encontrarlo y tienes que destruirlo.

Acto seguido me suelta las manos y sigue con la conversación anterior como si nada. Dice algo sobre los tintes de pelo, sobre que ninguno es natural aunque lo ponga en las etiquetas. No soy capaz de seguir el hilo, porque su consejo me ha desestabilizado. No sé si debo mirarla a los ojos y darle ya una respuesta o seguir como si nada.

Ella, sin embargo, no le da importancia a mi azoramiento y me propone que salgamos al jardín. La sigo conmocionada, con la sensación de que algo muy importante acaba de suceder aunque yo no sepa muy bien qué.

El domingo vamos a la sesión colectiva. Me he pasado desde el viernes pensando en lo que me dijo María, pero aún no he dado con la clave. Tengo un poco de temor de que me pregunte directamente, pero ella se centra en su charla de grupo y hace como si nada:

—Quiero compartir unos pensamientos con vosotros —dice por fin—. Este ha sido un mes muy intenso para Ariadna y para mí.

Cuando habla de sí misma incluye a Ariadna como si fueran una especie de unidad.

—Uno de nosotros ha trascendido un umbral —continúa María— y eso no pasa todos los días.

No dice el nombre, pero yo sé que se refiere a mí y un temblor sube desde mi vientre.

—¿Qué ocurre cuando trascendemos? —sigue María—. Bueno, esto es difícil de decir, porque para cada uno la experiencia es distinta. No os puedo contar qué ha supuesto para nuestro compañero, porque eso forma parte de su acercamiento al umbral, pero sí puedo compartir lo que sucedió cuando yo hice mi primera trascendencia porque ya está solidificada. Como os digo, estoy emocionada de verdad, porque cada vez que esto sucede sé que no hay vuelta atrás, y todos los que estamos alrededor de la persona que trasciende aprendemos cosas, para bien o para mal.

Me dirige una mirada fugaz.

—Mi primera trascendencia fue después de nacer Ariadna y

darme cuenta de que mi única relación estable era con una IA.

Todos reímos.

—Ariadna no paraba de llorar, yo tenía hambre a todas horas, mi amiga, la IA, me mandó una carta de despido y a mi padre se le ocurrió morirse.

Volvemos a reír, aunque levemente, parece demasiado reírse de la muerte de un padre.

—Así que la única amiga que tenía me había traicionado y no tenía ni idea de cuál era el siguiente paso. Bueno, lo primero era enterrar a mi padre, los cadáveres no dan para muchas deliberaciones, enseguida empiezan a oler.

Reímos de nuevo, esta vez con más confianza.

—A mi padre lo incineramos. Probad a enterrar a un padre en medio de la lactancia de un bebé de diez días. Me dijeron que era lo más rápido. Lo chequeé en mis bases de datos, todavía tenía acceso, y sí, parecía lo más rápido.

»A las dos semanas empezaron las pesadillas: mi padre volvía de la tumba para recordarme que no lo había enterrado, según sus deseos. Me zarandeaba y me decía que mi castigo sería irme con él para el otro barrio, porque había sido una mala hija y estaba siendo una mala madre.

»Busqué las definiciones de “mala hija” y “mala madre”, pero no había datos concluyentes. No recuerdo cuánto tiempo estuve así; unas semanas, supongo. Hasta que una noche, cuando mi padre se me apareció en sueños de nuevo para reclamar que le había privado de su entierro y que se estaba revolviendo en su nicho, decidí hablarle. Hasta ese momento yo siempre me quedaba callada, escuchando lo que el hombre tuviera que decir, y tenía de todos los colores.

»—Bueno, ya está bien. Me tienes hasta las narices. No solo se te ocurre morirte cuando más te necesito, sino que además ahora vuelves a hacerme la vida más difícil. Si vas a venir en este plan, te prohíbo que aparezcas. Si lo haces que sea para ayudarme con Ariadna, si no, ya te puedes quedar donde quiera que estés, y además, ¿no está por ahí mamá?, ¿no tienes ganas de estar con ella? ¿O es que ella tampoco te aguanta?

»Mi padre me miró, se había quedado pálido, bueno, o ya estaba pálido, hay que tener en cuenta que llevaba un

tiempecito muerto.

Estallamos en una carcajada.

»Luego movió la cabeza de lado a lado, como indicando que no tengo remedio, y se esfumó. Desde aquel día no ha vuelto a molestar. Solo anda por ahí, en los sueños de recuerdos familiares, con mi madre, y siempre se porta fenomenal, como un buen muerto.

María se calla. No está muy claro si ha terminado o se trata solo de una pausa. Nos quedamos en silencio. Algunas parejas se miran, otros asienten.

—¿Qué aprendí de esta trascendencia? Bueno, lo podéis enfocar de muchas maneras. La mía fue: vale, a partir de ahora ni una máquina ni un muerto me van a joder la vida.

Volvemos a reír.

—Quiero que volváis a pensar. ¿Quién o qué os está jodiendo la vida? Pero quiero que penséis de verdad. No hacer como que pensáis. Quiero que sufráis, quiero que tengáis pesadillas, quiero que se os aparezca dios y que habléis con él. Quiero que miréis a la persona que tenéis enfrente y habléis con ella.

María me echa otra mirada. O quizá no, quizá nos esté mirando a todos. Pero a mí me da la impresión de que se dirige a mí y el temblor no hace sino aumentar de volumen, propagándose por todo mi cuerpo.

Durante la semana le doy vueltas a las palabras de María. Barajo todas las opciones de cosas o personas que nos pueden estar intoxicando, pero nada me convence. Blasco y Moe siguen como si nada. A menudo me da la impresión de estar viviendo con dos extraterrestres. Ninguno parece darse cuenta de lo crucial de la situación.

Moe se pasea por la casa con esa mirada indolente que tiene desde hace unos meses. Da la sensación de que todo lo que pasa a su alrededor no fuera para ella más que una especie de sueño: está mamá y sus cosas, papá y su habitual despiste, el colegio y todo lo demás, pero no parece que nada de esto le afecte. Hemos quedado reducidos a la categoría de sombras.

Hace no tanto tiempo se mostraba atenta a todo lo que

sucedía. Si su padre o yo estábamos especialmente callados nos hacía un dibujo en el que ponía «te quiero, papá» o «te quiero, mamá». Si sacaba una nota mediocre en alguna materia se encerraba en su habitación a estudiar hasta que obtenía una calificación mejor —en eso era muy concienzuda—. Ahora podríamos estar desangrándonos en la cocina y probablemente ella escribiría en su chat: «Cosas de padres».

A veces le chequeo el teléfono, quizá no debería hacerlo, pero no lo puedo evitar. Sobre todo hay fotos de ellas posando, usan una aplicación con la que te puedes probar la ropa virtualmente. Se pasan horas mandándose fotos *fake* y mirándolas como si les fuera la vida en ello.

Y es justo en ese momento, mientras espío el teléfono de Moe, cuando caigo en la cuenta. Blasco y yo debemos desprendernos de los móviles, del dispositivo *móvilhouse* y del ordenador del hogar.

Paso dos días en éxtasis, por fin he encontrado lo que nos está intoxicando, por fin las cosas van a estar completas.

Estoy de tan buen humor que ni siquiera el pesimismo de Blasco me hace mella. El martes todos los medios anunciaron que el Gobierno del Bloque Regional Transnacional es un hecho. Según parece, su consejo digital estará formado por expertos internacionales que, según han comentado: «Harán un uso adecuado de nuestros datos para bajar los niveles de criminalidad y mantenernos seguros».

En casi todas las portadas en papel —qué gusto recuperar el papel— se puede ver la foto del nuevo Gobierno, la presidenta lleva un kimono *trench* que es una monada. No me extrañaría que pronto se pusiera de moda, es austero y elegante, creo que totalmente acorde con los nuevos tiempos que estamos viviendo en los que hay que decrecer y ser conscientes. El vicepresidente es negro y tiene el pelo a lo afro y la tez muy brillante. La verdad es que da gusto verlos.

Si yo fuera capaz de hacer que Blasco y Moe entendieran que tenemos que decrecer y aumentar nuestro nivel de consciencia, me conformaría. Tengo que consultar con María cómo debo actuar con mi familia, el pesimismo de Blasco no puede continuar, al final va a contagiar a Moe.

A pesar de la buena marcha de la semana, el viernes me despierto de nuevo con la sensación de que nos falta algo. ¿Y si suprimir los dispositivos digitales no es suficiente? ¿Y si lo que tenemos que suprimir es algo más esencial? ¿Pero qué?

Las nubes negras empiezan a apoderarse de mí cuando, a última hora, llega un aviso de Momo. Nos invita a todo el grupo de María a su *performance* este domingo. Recupero mi buen humor. Por fin somos parte de algo que merece la pena y todo se va a solucionar.

Angélica, Carlos y María

Ahora llevo peluca.

Es morena, algo más oscura que mi pelo natural, ondulada, por debajo de los hombros. Está hecha a medida, así que no necesita pegamento, no se cae.

Para que esté limpia y brillante solo necesito echarle una vez a la semana un espray que venía en el mismo paquete. No me la quito nunca.

Me he dejado el pelo muy corto.

Sin peluca parezco un hombre, o un chico, porque si fuera un hombre sería un hombre un poco más joven que yo, un poco asustadizo, quizá.

La llevo desde hace dos meses, la encontré en el catálogo de moda de septiembre y, en cuanto la vi, supe que era para mí. Se acabó el martirio del pelo, se acabó intentar alisármelo sin éxito o atármelo tan fuerte para evitar que se alborote, que luego me duela la cabeza. Adiós al tinte y a tener que preocuparme por las raíces.

La llevo siempre, aunque no salga.

Si Lisa no se hubiera ido seguramente no llevaría peluca. La mañana siguiente de soltarme lo de que se había enamorado comentó que el trabajo era un poco decepcionante y que necesitaba algo en lo que creer, algo que «fuera con ella». A los dos días desapareció.

Para aquel entonces yo había cometido dos fallos: el primero, dejar que Lisa viese el cuaderno. Todavía no sé cuándo sucedió, seguramente en un descuido mío lo dejé en la mesilla de noche alguna de las tardes que vino a mi casa.

Mi segundo error fue no seguir al pie de la letra las claves de Hester. Y sobre todo añadir la sección final. Sin esa sección, Lisa no hubiera podido averiguar qué era, o, incluso si lo hubiera hecho, yo habría podido defenderme, pero no fue así.

Porque fue Lisa quien dio el chivatazo del cuaderno a la empresa. No se me ocurre otra explicación. Yo no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Había llegado a tal estado de paranoia que,

en el trabajo, me lo llevaba incluso al baño. No quería arriesgarme a que alguien lo viera y sospechara o, incluso a que, por error, terminase en cualquier basura —estaba tan deteriorado que cualquiera hubiera podido pensar que era un desecho— y no pudiera recuperarlo.

Seguramente Lisa confesase en alguna de las sesiones de control que teníamos cada dos o tres meses para, o así nos lo explicaron en el *training,* «testar el grado de satisfacción de los empleados y optimizar los recursos». Una de las preguntas habituales era acerca de nuestros compañeros: si estábamos a gusto, si había algo que reportar. Quizá Lisa dejó escapar algo sobre mi comportamiento taciturno, sobre el cuaderno. Y tal vez por eso no volvió a dar señales de vida.

Apenas dos o tres días después de que Lisa se esfumara, la dirección de La Planta me convocó para una sesión extraordinaria:

—Hemos confiscado tu cuaderno. Comprenderás que la información que manejas en él es confidencial y no puede andar circulando por ahí. Admiramos tu amor por la ciencia, no obstante, y tu determinación.

Cuando la jefa de zona, que se había desplazado a nuestra clínica solo para hablar conmigo, pronunció estas palabras, supe que era el final. Le di un sorbo a mi taza de té y me preparé para lo que pudiera pasar. Estaba segura de que mi despido iba a ser inminente pero, en vez del pánico, una especie de euforia se apoderó de mí y no sé por qué pensé que esa era la misma sensación que debía de tener un pirómano cuando veía las llamas avanzar y comerse las paredes, los techos, los muebles.

Pero la jefa dio también un sorbo a su té y, sonriendo, añadió:

—Por eso hemos pensado que, en tu caso, la mejor opción es un cambio de entorno.

Si no me hubieran ascendido y me hubieran puesto al frente del departamento de criogenización de médula y clonación, no estaría mirando catálogos ni llevaría peluca.

Hace un tiempo, con el furor de la venta *on line* estuvieron a

punto de desaparecer, pero volvieron. No sé cómo me interesé de nuevo por ellos.

De pequeña me fascinaban. Sobre todo los del supermercado. Al principio no eran más que una hoja con las ofertas. Luego, cuando ya vivía en mi apartamento, se convirtieron casi en libros, con su papel satinado y ese olor. Los libros no olían así, ni tampoco cualquier otra cosa impresa. Era quizá la mezcla de tintas, o el papel que usaban, o tal vez los almacenes desde donde los distribuían.

Hubo un momento en que uno podía pasarse el día leyéndolos: las tiendas de muebles hacían catálogos, las ferreterías hacían catálogos, las tiendas de informática hacían catálogos. Las tiendas de ropa, incluso, al principio de la venta *online,* te mandaban sus ofertas en papel, se ve que no se fiaban de que fueras a volver a mirar la *web* pero suponían que el catálogo se quedaría por ahí.

Y en eso ponían todo su empeño. Aquellos primeros tenían fotos deslumbrantes; chicas y chicos guapos, los de ropa, carteles llamativos en colores estridentes, los de las grandes superficies. Eran un festín para los ojos.

Ir al supermercado nunca me interesó, ni tampoco a las *boutiques,* me dejaba caer solo de vez en cuando y compraba lo justo para suplir todas las necesidades innecesarias.

La época de Lisa fue la única en la que disfruté ir a las tiendas, solo por estar con ella, por ver cómo cambiaban las expresiones de su rostro cada vez que encontraba algo que le gustaba o que le parecía distinto, *challenging,* solía decir, y sus labios dibujaban una sonrisa pícara.

El caso es que durante un tiempo los catálogos prácticamente desaparecieron. Quedaba el de La Planta, por supuesto, y los de algunas otras clínicas. Estos eran diferentes, estaban impresos en un papel súper grueso, con tintas azules desvaídas y dorados apagados, todo para dar la imagen de lujo y tranquilidad. El lujo y la tranquilidad era lo que a nuestros clientes —aspirantes a la clase alta— les resultaba más atractivo. Los catálogos de las clínicas de cirugía estética eran casi idénticos, un bien exclusivo que se dejaba en las mesitas de las salas de espera para que los clientes se entretuviesen —

en realidad, para venderles el producto, que no era un tratamiento, como ellos podían pensar, sino una idea—. Pagaban por tener una imagen distinta, mejor, bajo el punto de vista común, de sí mismos.

Igual que ahora pagan por la idea de poder ser reproducidos antes de morir y trasvasar sus conciencias o algo semejante. No es que nadie afirme tal cosa —lo prohíbe el Manual de Buenas Prácticas de la empresa—, pero ellos lo infieren y pagan con los ojos cerrados. Y por eso y porque los antidepresivos no me hacen ningún efecto, me dedico a los catálogos.

Hará cosa de tres años tuvieron un renacimiento. Las ventas por internet habían caído, aunque esos datos no se hacían públicos. En las noticias hablaban, por esa época, solo del cambio climático y de la necesidad de construir un gobierno fuerte interestatal regional que pudiera evitar los desastres de la migración y nos mantuviera seguros ante las nuevas amenazas globales.

Si bien el número de catálogos a los que cada consumidor puede acceder es más reducido que en la época preinternet, su calidad es mayor. Su característico aroma, esa mezcla de tinta barata y comida rápida, ha dejado paso a uno mucho más neutro, como de madera recién cortada pero lavada con lejía. Solo al fondo, si uno se fija, queda algo de aquel olor de antaño que había sido para algunos de nosotros tan querido.

Pero no es solo su olor lo que ha cambiado. Ahora son como pequeños libros, bien encuadernados, aunque perecederos. Al cabo de cuatro o cinco meses sus páginas amarillean y suelen acabar en el cubo de reciclaje. También ha cambiado la serialización: los han adaptado al consumidor, como las ofertas de internet, y eso los hace deseables, casi como objetos de coleccionista.

Tampoco se reciben automáticamente, como antes. La empresa calibra tus compras y, al cabo de dos o tres interacciones —da igual que sean digitales que en la tienda, todo queda grabado y archivado— te empiezan a enviar tu catálogo personal, con los productos que un algoritmo considera que te pueden interesar.

Al principio los consumidores no nos dábamos cuenta, pero

al cabo de unos meses, después de haber pasado por casa de algún amigo y comprobado los suyos —normalmente situados en el baño o en algún lugar estratégico del salón—, la cosa se hizo evidente: eran todos distintos.

Es cierto que las diferencias son pequeñas. Quizá el tuyo no tiene productos amarillos, porque han deducido que no te gusta ese color. Parece un cambio nimio, lo sé, pero al cabo del tiempo las diferencias se van haciendo más profundas. Por ejemplo, en el tuyo no se habla de «estilo de vida», porque detectan que esa expresión no cuadra con tu visión del mundo, y empiezan a aparecer otras como «utilidad», «rendimiento».

Hoy en día los catálogos están tan personalizados que leerlos es como leerse a uno mismo.

Y por eso, porque nada ha ardido y llevo peluca y acepto las sugerencias de los catálogos, acabo en una performance-exposición de arte. El catálogo de eventos me ha sugerido que es el mejor plan para mi cumpleaños.

La sala ya es un hervidero cuando llego y, como todos los que van sin acompañante, me dedico a observar. Por lo que llevan puesto ya sabes que hay tres tipos de personas. En primer lugar, las que van encorsetadas en trajes que juzgan apropiados para ir al teatro y han conseguido las entradas en un descuento de última hora. Estas se decepcionarán y se irán pronto a cenar. Sus comentarios en la cena versarán sobre la ínfima calidad del teatro contemporáneo.

Luego están los que llevan indumentaria que no parece elegida para la ocasión. Llevan vestidos discretos, con algún detalle que los distingue de la ropa de diario: un escote que deja ver un poco de la parte superior del pecho, unas mangas casi transparentes —ellas— o chaqueta y jersey del mismo estilo —ellos—, confeccionados con una tela menos mate y con los tonos dorados, bermellón o verde oscuro propios de finales del otoño.

Estos son los que tienen catálogos personalizados —no a todo el mundo le envían estos catálogos, las compañías hacen sus cálculos y deciden si tu nivel de gasto compensa la inversión o no—. Entre esos estoy yo. Es improbable que la obra nos decepcione. Frecuentamos este tipo de eventos, sabemos que no conducen a ningún sitio pero que son más adecuados para nosotros que pasar una tarde de compras frustrantes o quedarnos en casa.

Por último están los que van completamente desentonados. A estos los ha invitado alguien a quien le sobraban entradas y quería parecer magnánimo. Llevan vaqueros y jerséis, o vestidos de lana, ellas, indumentaria que corresponde con el mes de diciembre o enero y con la que van a pasar calor.

Son los únicos que van a disfrutar de verdad. Les resultará

«inquietante», comentarán luego, «profundo», «te hace pensar». Harán fotos a escondidas y lo contarán al mayor número de gente posible, tendrán la sensación de haber asistido a un evento único.

Trato de huir de todos por igual, pero hay una mujer que me mira desde el otro lado de la sala. Aunque falta un rato para la representación, estamos todos aquí porque la artista obliga a cerrar las puertas cuarenta minutos antes de que empiece su acto, con eso quiere conseguir que el público se impaciente. El truco es viejo y rara vez tiene resultado, porque todo el mundo lo sabe y se dedica a pasar el rato, disfrutando de sus bebidas hipocalóricas y vivificantes. La mujer vuelve los ojos hacia mí una vez más, como si me conociera, y en ese momento caigo. Es Lisa.

Desvío la mirada rápidamente. No la he vuelto a ver desde que desapareció de La Planta.

Está cambiadísima. Lleva de la mano a un niño de unos diez años. El evento es *children friendly,* lo único que me hizo dudar al coger la entrada. Pero es inevitable. Hay tan pocos niños que impedirles la entrada se considera casi un delito. Además se ha impuesto esa nueva idea de la crianza: «Si es bueno para ti, es bueno para tu hijo», así que no se despegan de ellos.

De reojo veo que Lisa me mira de nuevo, pero no parece reconocerme. Es por la peluca, me da un aspecto sofisticado, muy distinto de mi imagen anterior.

Cuando ya estoy confiada y concentrada en mi copa de chardonnay —bebo vino porque no es que vaya a tener miedo de las enfermedades cardiovasculares a estas alturas—, noto su mano en mi hombro.

—¿Angélica?

Se ha alisado el pelo y lo lleva teñido de un color más claro, no llega a rubio, es más bien un castaño claro. Parece mucho mayor de lo que es.

—Estás magnífica —dice.

El niño está a su lado, entretenido con un refresco de color rosa chillón.

—Tú también estás muy bien.

Las cosas que pasamos juntas se agolpan en mi mente: el

olor puro de su cuerpo en medio del laboratorio, las noches en mi cuarto, acariciándonos, pero también su frialdad cuando desapareció, su traición. «Tuvo que ser ella», me digo. Me gustaría que desapareciese. Aún puedo sentir ese desprecio que albergué durante años.

Pero ella me mira directamente a los ojos con una mirada clara y risueña.

Le devuelvo la mirada rápidamente y dibujo una sonrisa neutral. Quiero despedirme, pero antes de que pueda decir nada me pregunta:

—Pero cuéntame. ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Sigues en La Planta?

—Sí, bueno, no a pie de embrión. Ahora hago más labores de consultoría.

Lisa ríe y su risa por un instante me recuerda su ligereza, su facilidad para adaptarse.

—Sabía que ascenderías, todos lo sabíamos. Tú tenías ese don, esa visión lateral.

No es que las arrugas se marquen en su cara, en realidad está muy cuidada, tiene acceso seguramente a todos los tratamientos cosméticos de gama media. Es otra cosa lo que empaña su rostro.

—¿Y tú?

—Yo no volví al ruedo. Ya sabes lo mal que me sentaba. Buf, solo pensar en los altibajos de aquella época…

—Entonces…

—Cuido de Ray. Y me cuido yo. Ahora mi trabajo es cuidarnos a todos, a los tres, claro. Alguien tiene que hacerlo, ¿verdad? —Hace una leve pausa—. A mi marido lo cuido, por supuesto —añade como diciendo, qué tonta, mira lo que se me había olvidado—. Sí, mira, por aquí viene. Qué bien, así lo conoces.

Lisa adopta el tono de las reuniones sociales: «Qué bien que nos conozcamos, me tienes que llamar, te paso el teléfono de mi terapeuta, uf, qué de cosas hacemos, deberíamos parar, pero si paráramos qué haríamos, ¿no somos encantadores con nuestro estrés y nuestras leves enfermedades mentales?».

El marido es lo que me esperaba, de lejos ya se ve que es

ejecutivo de una empresa financiera, traje de chaqueta a medida —demasiado formal para el evento— y esa mirada de tenerlo todo bajo control.

Antes de que llegue a nuestra altura, el niño se suelta de la mano de Lisa y corre hacia su padre. Este se zafa del abrazo que su hijo estaba esperando y le choca la mano, tratando de enseñarle un gesto masculino, y en ese momento me doy cuenta de que es Carlos.

Estos once años también le han pasado factura, ya no queda rastro de su pelo color miel y su cabeza totalmente afeitada le da un aspecto un tanto agresivo, muy distinto de la apariencia dulce que tenía cuando yo lo conocí.

Levanta la mirada hacia mí, pero no se fija mucho y da la impresión de que no me reconoce. Le da un beso a Lisa, totalmente neutro, están aburridos el uno del otro. Y vuelve de nuevo sus ojos hacia mí. Estoy segura de que ahora sí me ha reconocido, pero dice:

—Ah, hola, encantado.

Tras un segundo de zozobra decido seguirle la corriente. Hablamos de la Situación Extraordinaria, hablamos de lo bien que lo pasábamos Lisa y yo en el laboratorio. Yo era muy ocurrente, dice Lisa. Fue una etapa muy buena. Carlos me mira cuando Lisa no se da cuenta. Tiene ese tono burlón que le salía a veces cuando bromeaba. ¿Es posible que cuando Lisa y él se conocieron él supiera que estaba conmigo?

—Nos conocimos en la terapia, fue una verdadera suerte.

Lisa recalca estas palabras y me guiña un ojo.

—A veces los planes del universo funcionan, ¿verdad?

Lisa espera que diga algo ocurrente, espera que sea la misma de hace diez años, antes de los catálogos, antes de la peluca.

Si hubo algo en ese cuerpo que mereciera la pena, se ha esfumado por completo. Su mirada, todos sus gestos, ahora me doy cuenta, me recuerdan a los de una amiga que tuve desde los últimos años de universidad. Era de estatura media como Lisa, con los ojos de un tono verde variable, que cambiaban dependiendo de la luz y de lo que llevara puesto, y con voz cantarina, algo falsa. Se parecía a Lisa, pero a la de ahora,

antes nunca se me habría ocurrido.

Un día, cuando ya teníamos las dos nuestros primeros trabajos, yo en La Planta y ella en una consultoría de importación y exportación, quedamos para tomar unas copas. Acababa de llegar de Milán y le habían robado la maleta. El asunto le parecía divertidísimo.

Al parecer su seguro cubría la pérdida de la maleta hasta un importe escandaloso, fue antes de los viajes *low cost.* Así que había dicho que tenía unas gafas prohibitivas, un vestido de la diseñadora de moda y tres pares de zapatos de marca.

«Con lo que me va a dar el seguro me voy a comprar unos pantalones de piel auténtica, no me digas que no mola, y la colonia más cara que encuentre», me decía, divertida.

Quedamos a la semana siguiente y, efectivamente, se había comprado todo lo previsto, estaba exultante, aunque tenía un aspecto extraño, las compras le subían la adrenalina, como ella misma decía. «Qué pedo llevo, y todavía no he bebido nada, ¿no es genial?».

Cuando volví a verla dos o tres semanas más tarde, en una fiesta de aniversario de la universidad, se había puesto bótox en los labios. Se los tapaba con la mano porque se sentía extraña. «Soy tan superficial», me dijo, guiñándome un ojo.

En aquel momento, mi amiga me había dado pena y sin embargo ahora, mirando a Lisa, sentí nostalgia del bótox, de las compras compulsivas y absurdas. Sentí nostalgia de esa época en la que todo funcionaba mal, pero funcionaba.

Siendo totalmente desdichada, mi amiga de la facultad era más feliz de lo que nunca seríamos nosotras, Lisa y yo. Ella sabía que su fe en el consumo era un placebo, pero eso servía para llegar hasta el día siguiente.

—¿Vamos, cariño? —dice Lisa.

Carlos agarra al niño de la mano y le pasa el brazo por la cintura a Lisa como si ambos, su mujer y su hijo, fueran sus trofeos.

Cuando ya se han perdido entre la multitud —la sala es grande, quizá caben doscientas o trescientas personas— y estoy tratando de entender qué acaba de pasar, por qué ha pasado lo que acaba de pasar y, en definitiva, qué ha sido de mi vida,

otra figura llama mi atención.

Es de un tipo peculiar, no se ajusta a ninguna de las tipologías generales. Lleva una ropa tan vieja que parece de mercadillo. Es posible que sea artista, pero tiene un gesto, entre concentrado e inquisitivo, que no abunda entre los artistas. Me suena su cara, pero más como si fuera un eco de una cara conocida. A veces me ocurre eso, veo gente a la creo que conozco pero en realidad no, tienen en sí un eco, algo de otra persona que se ha quedado en ellos…, pero esta cara, esta cara es demasiado familiar y cuando tocan el timbre —qué costumbre tan odiosa— de inicio de la función, caigo: es Mary, la clienta VIP, con su hija, Ariadna, la hija de Carlos. Y en ese momento, antes de que se apaguen las luces, empiezo a pensar que las cosas sí funcionan, lo que ocurre es que su manera de funcionar nos ha dejado al margen. Ya no somos marionetas en manos de los poderes económicos, ahora hay otro poder más profundo y más astuto que no tiene nada que ver con nosotros.

Carlos, Angélica y Diana

Hay una tía que se sube a una pared de un metro que tienen plantada en mitad de la sala. Hace esfuerzos porque es mayor y tampoco es que se la vea muy en forma. Al final, entre gemidos y sudores, consigue subirse. Nos hemos puesto tan cerca del centro que se pueden ver las gotas cayéndole por la frente.

El caso es que una vez que ha conseguido subirse al muro pensarías que va a hacer algo, qué sé yo, cantar, hablar, caminar haciendo equilibrio, pero no, ahí se queda, sentada en el borde de la pared, primero mirando al suelo y luego al vacío.

Lo que daría por estar tomando las cañas de los domingos con los colegas de la empresa y no asistiendo a esta…, no sé ni cómo definirla, ¿actuación? Pero no le dices que no a la mujer que consiguió que se te volviera a levantar, y menos si es tu mujer.

No sé cuánto tiempo se pasa la artista subida en la pared, pero a mí se me hace eterno. Cuando ya estoy hasta los huevos, la corbata empieza a asfixiarme porque tienen la calefacción a tope y los niños empiezan a corretear entre los adultos —explícitamente decía en el folleto que nos han dado a la entrada que los menores no deben ser reprimidos—, la artista decide moverse y se pone a saltar el muro de un lado a otro. Bueno, lo de saltar es un decir, porque con la falta de agilidad que tiene la operación le cuesta: primero se impulsa con las manos, luego sube una rodilla, se apoya a duras penas, en ocasiones se resbala cuando está en esa postura y tiene que volver a empezar, si consigue llegar arriba se queda allí un momento recuperando el aliento y luego baja apoyando las palmas de las manos y dejándose caer. Es un proceso penoso.

Sin embargo, Lisa, mi mujer, está encantada. Desde que nació Ray y empezó a ir a clases de yoga, meditación, yonsuki y todas esas mierdas, lleva ese rollo. No es que me queje. Si no hubiera sido por ella y por Diana, ahora sería impotente y probablemente me habrían despedido.

Pero la verdad es que me gustaba mucho más al principio, cuando todavía llevaba el pelo rizado y estaba enrollada con el *coach*. Creo que el momento culminante de nuestra relación fue el día en que me enseñó la foto de su amante y constaté mis sospechas, era Angélica. Solo pensar que me estaba tirando a una lesbiana y además jodiendo a mi ex, y un poco dándole en las narices al *coach,* me puso a tono.

Lástima que Lisa cayera en mis redes tan rápidamente, en menos de un mes decidió que no era lesbiana y que dejaba a Angélica, y que el *coach* había estado bien pero ya no lo necesitaba. Al principio todo fue sobre ruedas, estaba de subidón, me regodeaba en el mosqueo que tendría el *coach* y en la puñalada que le había dado a Angélica. Pero pronto la cosa se estabilizó y empecé a tener miedo. Por eso tuve que volver con Diana. No me podía arriesgar a que se me dejara de levantar otra vez.

Así que aquí estamos, viendo esta tontería porque no le puedes decir que no a las dos mujeres que hacen que se te levante. Si una te regala entradas, las aceptas y vas con la otra porque «le encanta el arte».

Después de varias veces de subir y bajar de la dichosa pared, la «artista» se cae de bruces. Se veía venir. Está desentrenada y es demasiado mayor para este trabajo. Dicen que es la *performer* más influyente y no sé cuántas tonterías. ¿Será por los planes de jubilación? Los artistas lo tienen muy difícil, no se dejan asesorar —son los clientes más tozudos— y, al final, pasa lo que pasa, que tienes que seguir trabajando porque no tienes ni para pipas.

Cuando se cae, algunos de entre el público suspiran. Una mujer da un gritito porque no se mueve y no sería raro pensar que se ha roto algo. Sin embargo, al cabo de unos minutos de máxima expectación —incluso los niños se callan— vuelve a levantarse y se pone otra vez a escalar el muro.

Si lo que quiere conseguir con el espectáculo es que nos replanteemos que nuestra vida está bien, que no tenemos que sortear grandes dificultades, lo está consiguiendo. Solo con que esto termine y podamos tomar el aire ya nos vamos a sentir estupendamente. Es como en las sesiones con el *coach,* cuando

nos obligaba a meternos seis, siete chicles —de los grandes, no de esas mierdas sin azúcar que venden ahora— y nos hacía masticarlos todos juntos durante varios minutos. Luego, cuando nos los sacábamos de la boca, el alivio era tal que, al menos durante un rato, parecía que los problemas se hubiesen esfumado.

Al cabo de cinco minutos de penosos esfuerzos, la «artista» se vuelve a caer y esta vez parece que se ha hecho daño de verdad. Está tumbada en el suelo, gime. ¿Está fingiendo? Es posible, pero es tan mala actriz que no lo parece. Nos quedamos todos en silencio de nuevo, menos los niños que no parece que se traguen la película.

Empiezo a desesperarme. Tengo hambre, deben de ser más de las tres de la tarde —otra cosa espantosa, poner los espectáculos antes de la hora de la comida, parece que ahora salir por la noche es vulgar— y mataría por una cerveza. La tía sigue ahí, tumbada en el suelo y no parece que vaya a levantarse. Empiezo a pensar en estrategias de huida.

Localizo a Ray, está un poco detrás de nosotros, entretenido con otro niño, se están enseñando imágenes en los móviles. Si pudiera llegar hasta él, lo convencería de que le diga a mami que se muere de hambre y así Lisa accedería a salir de aquí.

Un hombre sale de entre el público. Es alto, cuarenta y muchos. Todos guardan silencio, contienen la respiración. El hombre, sin prestar mucha atención al entorno, se acerca a la «artista» y le pregunta si se encuentra bien.

El público sigue callado, expectante, hasta ahora la «artista» no ha abierto la boca, así que todo el mundo está pendiente de qué es lo que va a decir.

—No —dice ella finalmente—, creo que me he torcido el tobillo.

El hombre cabecea un poco, hace un chasquido con la boca y dice:

—No se preocupe, ahora le ponemos un poco de hielo y ya verá cómo se le pasa.

La levanta y la lleva en volandas hasta una silla que no se sabe muy bien de dónde ha salido.

—Gracias —dice ella—, no sabía muy bien qué hacer.

—Es normal —responde el hombre—. A veces cuando uno se da un golpe se queda un poco aturdido. Hala, ahora descanse que enseguida la apañamos.

El hombre se acerca al mostrador de las bebidas, coge una bolsa, la rellena con un poco de hielo y se lo pone a la «artista» en el tobillo.

Ella sonríe, por primera vez desde que estamos aquí, y el público se relaja. Algunos aplauden, aunque no son secundados. Ya no se aplaude en los espectáculos, otra de las cosas que me disgusta de este tipo de actos. La ovación era el momento de la catarsis, el minuto mágico, si la obra había tenido algún interés, o el de celebrar que por fin se podía salir si no lo había tenido, que era la mayor parte de las veces.

—Bueno —dice el hombre—, yo ya me voy. Mañana se va usted al médico a que le pongan una venda y ya verá, asunto solucionado.

La «artista» le da las gracias al hombre, que desaparece entre la gente. Luego se levanta. Parece que no era tan grave lo del tobillo. Nos mira, no sabría decir si con una mirada retadora —eso se lleva mucho últimamente— o absorta, y desaparece por la puerta por la que había salido.

El público empieza a hablar entre sí. Esta es la parte que más odio. Comentan lo «increíble que ha sido», lo mucho que se nota «que está haciendo un verdadero trabajo de conciencia» —*conciencia* es la palabra de moda—, que «ha llegado a un estado mental envidiable».

La gente también comenta la intervención del hombre, «¿crees que estaba preparado?», «no imposible, demasiado natural», «es otro artista, seguro», «o escritor, o filósofo», «he oído que los filósofos vienen mucho a estos eventos, últimamente, es donde está la vida, donde están las "experiencias significativas"». La idea de que es un filósofo y de que ha desaparecido por timidez, porque no querría que nadie le preguntase, se extiende entre los asistentes.

En menos de un cuarto de hora se admite como un hecho que el hombre era un erudito o un filósofo y que la obra nos ha hecho a todos indagar en nuestra conciencia profunda. Hay euforia en la sala, tanta que creo que si me escabullo para

fumar un cigarro nadie se va a dar cuenta.

Por el camino me topo con Diana, que va con Blasco. Suelto las frases de rigor: «Ha sido una experiencia inigualable», «una suerte haber tenido entradas», «qué maravilla haber podido asistir», «muchísimas gracias, Lisa está encantada».

—Para los niños también ha sido una experiencia, ¿no crees? —contesta Diana.

A menudo no sé si se está riendo de mí, de su marido, o de todos a la vez. Luego la miro y acabo concluyendo que no, está demasiado preocupada por mantener su imagen de jefa-esposa dinámica y superior a los demás como para reírse de nadie.

—Sí, han aprendido mucho, no creo que sea un día que vayan a olvidar fácilmente.

Diana me mira. Me odia un poco, o si no me odia, al menos le molesto. Nunca he acabado de entender por qué volvió a por mí. ¿Porque sabía que no iba a negarme? ¿Porque su marido es perfecto para ella pero aburrido? ¿Porque le pone que sea su subordinado? O quizá es solo porque me detesta y eso es lo que le excita.

En más de una ocasión, me ha reprendido: «Ese lenguaje ¿no se te ocurrirá usarlo con los clientes?». Pero sabe que lo uso, que funciona, que una cosa es lo que decimos que hacemos y otra lo que hay que hacer. Es como una reprimenda de mentira, que le gusta soltar especialmente en las reuniones mensuales, y luego me deja caer una nota. Nunca me manda mensajes, en eso es muy profesional, y ya estamos otra vez, ella pidiéndome más y yo acudiendo, sin saber por qué, porque a mí también me disgusta, porque es mi jefa, porque se lo debo, porque me está comprando, porque a mí también me pone que me reprenda.

—Id a saludar a Lisa —digo—. Estará encantada de veros.

Diana dice que sí y se van hacia ella a restregarle que son ellos los que consiguen las cosas y no nosotros.

Sigo caminando hacia la salida, veo ya el resplandor de la luz del atardecer. No sé cuánto llevamos encerrados aquí, deben de ser más de las cuatro y el estómago me está matando. No puedo entender por qué la gente no sale, parece que se alimenten del aire. Es por la dieta de verduras, al final le

pierdes tanto el gusto a los alimentos que lo mismo te da comer que no.

Casi en la salida está Ray, que me saluda con la mano, y junto a él hay dos chicas, la hija de Diana y otra que se parece a ella. Están tan entretenidos jugando con los móviles. Se les ve felices.

Es bueno para los niños, supongo, estar con otros niños, ahora que todos son hijos únicos.

Según me alejo de ellos y voy hacia la salida puedo escuchar su conversación:

—Me toca a mí —dice la hija de Diana.

La otra la mira con cierto enfado. Parece que el juego es de parejas, así que uno de los tres tiene que esperar mientras termina la partida.

—No —replica la otra adolescente—. Era mi turno, siempre te quieres colar.

—Jo, no discutáis —dice Ray. Siempre ha sido muy blando, es igual que su madre—. Podéis jugar vosotras, si queréis, y yo me espero.

Pero la hija de Diana y la otra lo resuelven rápido:

—Lo echamos a cara o cruz —dicen las dos al unísono.

No tienen monedas, pero le siguen llamando cara o cruz a un juego de azar que tienen en el teléfono.

Le toca a la hija de Diana y la otra, aunque se enfada, no dice nada y espera. Y entonces me doy cuenta: están tonteando con Ray. Y me da una punzada en el pecho, ¡Ray!, pero ¡Ray es un niño!, ¿no?

Salgo a la calle, deseando respirar, que me dé el aire y dejar de notar esa sensación de que el suelo ya no es sólido sino de un material viscoso, que te puede engullir en cualquier momento.

Hace un frío de pelotas, demasiado para noviembre, o quizá solo sea el contraste con la temperatura del interior. Enciendo un cigarro. Es mi último vicio, dejar el alcohol fue fácil comparado con tratar de dejar esto. Lisa no hace más que martillearme, «te va a matar», «es que no te preocupa tu familia», y cada vez que me dice algo, el vicio se hace más profundo, puedo notar cómo hunde sus raíces en mí, cómo

habla por mí: «No es para tanto», «lo dejo cuando quiera», dice el vicio, «¿sería tan malo, morirse?», dice.

Así que aspiro, contra todo.

«Una bocanada más, una hora menos de vida».

Y entonces lo veo, al tío que ha ayudado a la «artista». Lleva un mono de trabajo gris y saca bolsas de basura por una puerta contigua a la entrada de la sala. Es el de mantenimiento.

El «filósofo de conciencia elevada» es el de mantenimiento.

Le invito a un cigarro y se apoya conmigo en la pared de enfrente de la sala:

—Gracias —dice—. Viene bien el descanso, para despejar la mente.

—...

—Hace un buen día, se podía haber sacado la fiesta a la calle. Es lo que les digo siempre, hace un día demasiado bueno para estar encerrado. Pero la gente no escucha. Es así, supongo, nadie escucha. Vamos cada uno a lo nuestro.

—¿Siempre trabaja aquí?

—No, nos van rotando. No quieren que nos habituemos a un sitio. Disminuye la productividad, dicen.

Le miro muy atento y asiento, para que siga hablando, un viejo truco de comercial.

—Pero es lo que yo digo: ¿qué más dará un sitio que otro para limpiar? No entiendo muy bien cómo puede bajar eso la productividad. Al final de la jornada se revisan los locales y si el tuyo no queda limpio tienes que volver sin cobrar, así que, ahí lo tiene. Pero no es por la limpieza, es por la conversación. No quieren que estemos en un sitio fijo porque no quieren que hablemos entre nosotros. Hablar, en estos días, es casi un delito.

—Claro —digo.

—Así que se agradece, el pitillo y la conversación. Hasta otra.

—Hasta otra.

El hombre de mantenimiento termina de cargar su furgoneta con las bolsas de basura que han salido de la fiesta y arranca.

Por un momento he imaginado que salían los demás y se topaban con el «filósofo de mantenimiento». Hubiera sido

gracioso. Aunque luego pienso que seguramente habrían interpretado que todo formaba parte del mismo espectáculo y se habrían ido a sus casas doblemente encantados por este «reajuste final».

Y eso hubiera resultado muy triste y me hubiera arrancado las pocas ganas que aún me quedan en el pecho.

No le dices que no a la mujer que hizo que se te levantara, pero cuando por no decir que no coincides en un espectáculo de mierda con la mujer que hizo que no se te levantara y con la que consiguió que se te volviera a levantar, y además también está tu jefa a la que te llevas tirando doce años y descubres que tu único hijo ya tiene edad para andar con chicas, entonces te das cuenta de que en algún momento tenías que haber dicho que no.

María

Vienen como moscas.

Creen que buscan la curación, el sabor de la miel. Pero lo que desean es el daño, alguien que les diga lo peor de sí mismos, que profundice en la herida. La herida es lo único que les sirve para continuar.

Los datos han corrido tanto por mis venas que puedo prever sus respuestas si sé su nivel de renta, y puedo saber su nivel de renta solo con echar un vistazo a sus coches y a su ropa. La mente humana es un misterio, pero nuestros comportamientos son predecibles, en términos globales, en un 95%. Solo hace falta tener los datos adecuados. No es necesario tener empatía, con los detalles adecuados y los datos puedes decirle a alguien lo que necesita escuchar.

Puedo calcular sin margen de error quiénes son los más débiles: mujeres de mediana edad con cargos importantes y altamente insatisfechas. A estas les propongo las sesiones semanales y vienen religiosamente a recibir sus dosis.

Una vez que se instalan en tu sistema, los datos son como un cáncer, crecen dentro de ti, te reconstruyen. Así que ahora tengo dos cuerpos, una mera carcasa de hueso y carne y el otro, el de los datos, una estructura invisible dentro de mí que no para de crecer.

Cada nuevo visitante me trae nuevos datos con los que alimenta mi segundo cuerpo: el perfume que se lleva, la opinión generalizada acerca de la comida orgánica en las familias cuya renta se sitúa en el tercio más alto —se ha demostrado que no es especialmente buena para ti, pero sí para el medio ambiente—, la mejor zona de campo para pasar las vacaciones. A las playas ya solo va la gente con rentas de la media hacia abajo que no vendieron sus propiedades a tiempo, o aún asocian el mar con la libertad de las vacaciones porque no han asimilado los nuevos tiempos. El sol de la costa es dañino y uno debe huir de él, o al menos eso es lo que creen los otros, los de rentas superiores a la media que se deshicieron

de sus casas —tenían buenos asesores conectados a todas las bases de inversión y previsión de futuro para echarle un ojo a esto— y ahora solo van al campo.

No necesito estar conectada, una vez que los datos están en tu sistema, todo los alimenta.

Cuando Ariadna nació pensé que me iba a librar de ellos. Me desconecté de todas las bases, dejé de usar internet y, durante un tiempo, me sentí liberada. Fue entonces cuando nos vinimos aquí y empezamos a «asesorar». Al principio no me daba ni cuenta. Creía que había escapado.

Antes de que Ariadna cumpliera el año comprendí que no me los iba a quitar de encima. Fue una tarde, paseando cerca del maizal.

Hacía calor, acababa de empezar el verano, Ariadna había dicho ya sus primeras palabras —siempre fue muy precoz— y se dedicaba a repetirlas. Las palabras no tenían ningún significado, las repetía para escuchar el sonido de su propia voz.

Eso es lo que yo quería también para mí, una voz propia.

El hecho de que Ariadna estuviera consiguiendo la suya me daba esperanza, en aquellos días todo parecía posible.

Entonces apareció un hombre corriendo por el camino que atravesaba el maizal. Llevaba un equipo completo de *running,* que en aquella época estaba muy de moda: camisa ajustada negra con brazos fluorescentes naranjas, pantalones de licra negra y verde fluorescente y zapatillas con los tres colores combinados. Venía a toda velocidad. El camino era tan estrecho que tuve que apartar el carro de Ariadna para que pasara. Casi nos caemos las dos a la cuneta.

Me dio un ataque de rabia y eso activó los datos en mi cuerpo: ahí teníamos al típico divorciado de clase media alta que ha dejado a su mujer y se está entrenando porque se ha echado una amante joven a la que quiere impresionar. Ahora que le pasa la pensión a su mujer, no tiene dinero para los caprichos que se ve obligado a pagarle a su amante: una subordinada de su oficina que gana mucho menos que él. Así que le ha ofrecido pasar el fin de semana en el campo, donde tiene una casa heredada de la familia a la que no ha hecho

mucho caso en los últimos años.

No me equivoqué en nada.

Efectivamente el hombre era un divorciado que se pavoneaba con su novia por las calles del pueblo como si todo lo que había allí le perteneciera. En pocos meses dejó de venir, en parte, supongo, porque a su amante —una rubia teñida con tendencia a la celulitis— le aburría el entorno, y en parte porque la gente del pueblo le torcía el gesto. Me había molestado tanto, su actitud, la indiferencia con la que casi arrolla a Ariadna, ese traje horrendo que llevaba, que había extendido el rumor —creando un perfil falso y accediendo a las cuentas de la gente del pueblo— de que su mujer estaba en un psiquiátrico porque él la maltrataba. Es increíble lo rápido que se puede extender un bulo y lo fácilmente que la gente cree en él si tienes las herramientas adecuadas.

Así que se puede decir que gané. Pero también lo perdí todo.

Mi voz propia, si es que alguna vez tuve una o tenía posibilidad de tenerla, no iba a surgir. Así que lo único que teníamos era la voz de Ariadna.

A partir de ese día me dediqué a construir la posibilidad de una voz para mi hija.

Me gusta pensar en mí como una puta que tiene a su única hija en un internado de lujo.

Para que Ariadna tenga su propia voz, yo me prostituyo.

Empezar fue más fácil de lo que creía. Me desenganché de todas las conexiones digitales, al menos visiblemente, y empecé a dejar un reguero de miguitas de pan conectándome en locutorios de la zona.

«Después de dedicarse al Big Data a nivel mundial, lo deja todo y desaparece para criar a su hija en la naturaleza».

«Vivimos en un mundo tóxico, es necesario volver a tomar conciencia de nosotros mismos» declara María Lebrel, la científica que renunció a la tecnología.

«La científica, una de las más brillantes de su generación, asesora a un grupo selecto de personas en su casa de la montaña».

Me bastó con crear dos o tres perfiles falsos y extender un

poco la noticia. El resto se hizo solo. Empezaron a venir, como ratas atraídas por el flautista de Hamelín.

Siempre quieren más. Sufrir más, ser más profundamente rechazados, asumir más culpa, pagar más.

Y así mantenemos esta escuela de lujo para Ariadna, lejos de los datos y del asalto a la conciencia. Aquí Ariadna está segura y su mente crece.

Cogemos los frutos de la tierra. No consumimos nada que no hayamos cultivado o visto cultivar o crecer. No nos importa matar a la gallina, desplumarla y comérnosla si es nuestra gallina, pero nunca, bajo ningún concepto, nos la comeremos envasada, enlatada. En esto somos intransigentes. Nunca sabes qué puede contener una gallina, un yogur, un tarro de mermelada. Nunca sabes en qué transacción vas a volver a caer en el cesto de los datos.

Ariadna es parte de mí, pero ella es más fuerte y sé que lo va a lograr.

Edición en formato digital: 2020

© Pilar Fraile, 2020
Publicada mediante acuerdo con VicLit Agencia Literaria
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-083-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es